

Sin mirar
ATRÁS



Vega Manhattan

Sin mirar
ATRÁS

Vega Manhattan

Sin mirar ATRÁS.

© Vega Manhattan.

1º Edición: Octubre, 2020

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor, revenderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos son producto de la imaginación del autor.

Como cualquier obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia y el uso de marcas/productos o nombres comercializados, no es para beneficio de estos ni del autor de la obra de ficción.

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Epílogo

Prólogo

—¡Argh!

A ver, que aquí lees esa simple y corta onomatopeya y piensas que o bien Adele, quien había emitido ese quejido, se sentía asqueada (la verdad es que en general era así) o es que la pobre muy bien de la cabeza no estaba.

Empezando... Pobre, lo que se dice pobre, no era precisamente. Tampoco es que le sobrase el dinero. ¿A qué persona, en los tiempos que corren, le sobra? A muy pocos, la verdad. Y Adele no estaba incluida en esa lista.

Tampoco es que pasase necesidades.

—Necesidades no, pero penas... ¡Semejante calvario estoy pasando!—refunfuñó, haciendo alarde de su exageración innata—. Oh, ¡mierda! —gruñó por el dolor.

Y es que, como decía antes, rica no. Pobre, lo que se dice pobre, pues tampoco. Pero sobre lo de estar bien de la cabeza... Ahí lo dejo, que cada uno saque sus propias conclusiones.

—¡Me estoy acordando de toda vuestra estirpe! —lanzó el grito mirando y señalando al cielo como podía al sacar la mano por la ventanilla, con las cejas casi juntas en una mueca de mala leche tremenda.

Se lo decía a todos los dioses, por si aún no quedó claro.

Puso los ojos en blanco y volvió a mirar al frente. Se frotó la frente dolorida tras haberla golpeado contra el volante y resopló. Volvió a girar la llave, a ver si esa vez había suerte.

—Joder — dejó caer la cabeza hacia atrás, apoyándola en el asiento.

Eso no arrancaba. Se había quedado tirada en medio de la nada.

Suspiró y cogió el bolso que estaba sobre el asiento del copiloto y rebuscó en lo que parecía ser el maletín de Mary Poppins.

—Ni el bolsillo de Doraemon —refunfuñó. Y es que había sacado de ahí cosas que ni sabía que tenía—. ¿Pero qué es esto? —preguntó en voz alta al coger... ¿Eso era un chicle con moho? No, espera. ¿A los chicles le salen moho? Porque de no ser así, miedo daba meter la mano ahí de nuevo—. ¿Desde cuándo no lavas el bolso? —se preguntó a sí misma— Por Dios, Adele, ¿que tienes más de uno! ¡Puedes cambiar de vez en cuando! —tiró el chicle por la ventanilla abierta y con un poco de grima, siguió buscando— Por fin —el móvil en la mano, el bolso también a la mierda. Lo lanzó sin importarle dónde cayera.

Puso la huella para desbloquearlo, pero...

Adele maldijo y cerró los ojos al ver que el móvil no tenía cobertura. Abrió la puerta del coche y salió, intentando no pisar los enormes charcos de agua que había. Dio una vuelta alrededor del coche y comprobó que el problema no era, como había pensado en un principio, que se hubiese quedado estancada por el mal estado de la carretera de tierra y la lluvia.

El problema era del coche en sí.

Con el móvil en la mano, elevándolo y moviéndolo, a ver si en algún sitio de donde estaba lograba encontrar un poco de señal.

Pero ¿qué señal iba a haber en el quinto coño?

—Pues ninguna, obvio —masculló.

Y tan obvio.

Se apoyó en el capó del vehículo y suspiró pesadamente. Un brazo alrededor de su cintura, el otro apoyado sobre este, la cabeza sobre la palma de la mano. Sus hombros caídos, su cuerpo intentando abandonar la tensión para poder pensar.

Pero sería complicado estando en medio de la nada. Sola.

Lo de en medio de la nada era literal porque Adele sabía muy bien dónde estaba. No el punto exacto para marcarlo en el mapa, pero se hacía una buena idea.

Y es que aunque hacía años desde que se marchó, su mente le demostraba que aquel lugar que ella creía haber olvidado, aún latía con fuerza en su memoria.

Era eso, precisamente, lo que había temido cuando tomó la decisión de ser ella, en persona, la que volviese para solucionar lo que debía ser un error.

—Siempre fue un error —susurró, cerrando los ojos con más fuerza antes de volver a abrirlos cuando el sonido no muy lejano de un motor la puso en alerta.

Levantó la cabeza y se incorporó. Miró alrededor, ubicando el lugar de donde procedía el ruido, ese que cada vez se escuchaba más cerca.

No tardó demasiado en vislumbrar una camioneta blanca que se acercaba a ella.

Aliviada, miró al cielo.

—Gracias —después de todo, no la habían torturado demasiado.

Claro que ese pensamiento le duró más bien poco...

El viejo vehículo paró a algunos metros de ella y el hombre que lo conducía no tardó en abrir la

puerta y salir.

Adele vivió ese momento a cámara lenta.

Seth cerró la puerta de la camioneta de un manotazo y se acercó a la mujer que parecía tener problemas con su coche. Porque no había otra razón para que una extranjera anduviese por allí.

Y era evidente que esa mujer no pertenecía a aquel lugar, solo había que ver su ropa.

Por su postura corporal podía adivinar que estaba tensa.

Normal, estaba en medio de la nada con un desconocido. Entendía su reacción. No debería de ser así, pero la vida se había convertido en eso. En miedo para ellas.

Maldita vida. Las cosas deberían de ser muy diferentes. Pero, por desgracia, no lo eran. Ojalá pronto.

—¿Problemas con el coche? —preguntó mientras acortaba la distancia que los separaba. Levantó una mano, señalando el vehículo.

Ella permanecía recta, en tensión, mirando cómo él se acercaba.

Y él... Él tenía una extraña sensación. No sabría explicar qué, solo que observándola mientras se acercaba, había algo en ella que le resultaba familiar.

Adele lo había reconocido nada más verlo. Porque ella conocía muy bien a ese alto moreno que estaba a punto de pararse frente a ella. Y aunque creía estar preparada para el encuentro, no era así. Su cerebro tenía que asimilar que ya lo tenía delante y que todos esos hipotéticos encuentros que había imaginado solo se quedarían en eso, en supuestos.

Como la apariencia que se había figurado que tendría él tanto tiempo después. Nada que ver con lo que había imaginado en su mente.

Era jodidamente peor.

Seth logró que su rostro no mostrase lo que sintió cuando la reconoció. Joder, ¿cómo no lo había hecho antes? Porque por muy cambiada que estuviese, él siempre sabría que era ella.

Se paró y la miró a los ojos. Por lo que le decían los suyos, ella también lo había reconocido.

Seth no pudo evitar mirarla de arriba abajo, sin perder detalle de la mujer en la que se había convertido.

—Seth...

A Adele le tembló la voz, no pudo evitarlo. Ni el carraspeo previo había servido para eludir la agitación que sentía en ese momento.

Seth levantó la mirada lentamente, de nuevo, hasta sus ojos. Sin ocultar el examen al que la había sometido.

Si en algún momento había tenido alguna duda sobre su identidad, que no fue el caso, su voz se la habría aclarado.

Él apretó la mandíbula con fuerza, las aletas de su nariz se ensancharon.

—¿Qué haces aquí? —masculló, enfadado.

Era evidente que sabía quién era ella, como también lo era que no quería verla. Adele tampoco había esperado una “bienvenida” mejor.

La verdad era que no sabía ni qué esperaba.

Adele tragó saliva, levantó un poco la barbilla en un intento de mostrarle con ese gesto una seguridad que para nada sentía y lo miró a los ojos, obligándose a mantener la mirada fija en esos iris grises que la contemplaban con una frialdad que Adele nunca antes había visto en ellos.

Cogió un poco de aire e intentando no temblar, habló.

—Necesito el divorcio.

Capítulo 1

Adele

Días atrás.

—Se está quedando conmigo, ¿verdad? —consiguió decir Adele cuando salió de su estupor, lo que tardó un poco. Ignoró las cejas enarcadas en el rostro de la funcionaria que tenía frente a ella y sonrió cuando su mente, después de haberle dado vueltas y vueltas al asunto, se iluminó— Ah, ya entiendo —asintió con la cabeza repetidamente y se agachó un poco, apoyando su codo en la madera del stand y acercando su rostro al de la seria administrativa para hablar en un susurro—. Es una cámara oculta —cuchicheó.

Claro, cómo no. Menos mal que había caído, un poco más y se lo cree y hace la tonta delante de todo el país. Porque ese tipo de programas era de los más vistos. Lo sabía ella bien que no se perdía ni uno.

Y si era así, iba a matar a su mejor amiga. ¡Porque eso no debía saberse! Y estaba segura de que era cosa de ella, nadie más podía haber hecho algo así porque casi nadie lo sabía, básicamente.

Así que menos mal que la habían llamado a ella y no le habían buscado un problema mayor.

La empleada pública apoyó la espalda en su silla y levantó aún más las cejas. Adele no pensó que eso fuera posible, las tenía ya casi en el nacimiento del pelo.

Aunque bueno, reparando en los extraños rasgos de esa mujer... Porque era rara, ¿eh? Y su ropa también, ahora que Adele se fijaba. Toda negra, ahí, tétrica.

Y la verdad es que con esa mirada daba hasta un poco de miedo.

—¿Me ve cara de payasa?

De eso precisamente no, pensó Adele. A no ser que seas prima hermana de It, claro.

—Esto... —carraspeó, intentando dejar a un lado sus pensamientos— No quise decir eso —negó rápidamente con la cabeza—. ¿Pero en serio no lo es? —porque tenía que ser una broma. Es que no había otra explicación para todo aquello.

—No lo es —dijo con seguridad—. Y ahora, si me disculpa... —le hizo un gesto para que se marchase.

—No, ¡espere! ¡Es que debe de serlo! —el tono de voz de Adele algo más alto. Se estaba

poniendo nerviosa al ver que aquello que le había dicho podía ser real.

¡No podía serlo!

La funcionaria no tenía, precisamente, un buen día. Y Adele no estaba ayudando a mejorar su humor. Pero tenía que tener paciencia...

—Ya le dije que no. Ya le expliqué...

—Pero tiene que haber un error —insistió Adele—. Se deben de haber perdido los papeles o no está actualizado. Eso puede ser, ¿no? Porque a ver, papeles, administración... Claro, se extraviaron.

Un poco más de paciencia...

—Le he dicho que...

—¡Que hay un error! —exclamó Adele, perdiendo los nervios. ¡A ver si así se enteraba! Y le daba igual si con ello también lo hacía todo el edificio.

¡A la mierda la paciencia!

Porque joder, ¿cómo no iba a estar nerviosa con lo que acababa de saber? Lo que no entendía era cómo aún no le había dado el siroco.

Está a punto de darte, así que respira, se dijo a sí misma.

La administrativa la miró de muy mala manera. Su mandíbula apretada. ¿Quién se creía esa rubia que era para gritarle? Iba a perder los papeles si no echaba de allí a la que parecía corroborar el mito de rubia tonta.

Y loca.

—¡Siguiente! —exclamó la mujer, esperando perderla de vista.

—Oiga, no, ¡espere! —Adele se apoyó mejor en el stand y miró a la gótica mujer— ¿Me está diciendo que esto es real?

—¿También tengo cara de fantasma? —la amenaza implícita en su tono de voz.

Bueno, quizás... Porque mala cara tenía la pobre.

Pero era mejor guardarse el comentario para sí misma y no encabronar más a la funcionaria.

—No, por Dios. Pero discúlpeme, es que hay una confusión. Usted está confundida. Quiero decir, ¡el papel la confunde! —*joder, qué bien te expresas, Adele*—. No que usted haga mal su trabajo —intentó explicar al ver la mala cara que le puso la señora—. Pero otro sí lo hizo. Mal, quiero decir. Y ahora me encuentro con esto —lo de explicarse, evidentemente, no iba con ella—. Por

favor, me cuesta creerlo, entiéndame. Aquí falta algo.

—Lo que falta es que se quite de en medio —la mujer enfadada ya, lo que tenía que aguantar de cara al público no lo sabía nadie, ¡si es que ese trabajo no estaba pagado!—. ¡Y me deje seguir con mi trabajo!

—Pero señora, tiene que escucharme —había un error, ¡uno enorme!

A la trabajadora se le estaban empezando a hinchar los ovarios.

—No tengo nada que escuchar. Le he explicado por qué se le requería. Si no me entendió, se lee la documentación que le di, ahí se lo explican muy bien. Y con eso... —se había levantado de la silla y hacía señales con la mano— ¡Josh, por favor! —Adele se giró y pegó un bote al encontrarse con ese armario empotrado con porra y con pistola— Acompaña a la señora a la puerta.

La funcionaria suspiró de alivio cuando su compañero llegó. Menos mal que tenían seguridad porque hacía mucho que una no podía trabajar tranquila con la cantidad de locos que había sueltos. Como la rubia que tenía enfrente. Que parecía ser inofensiva, sí, pero tanto Abigail, que era así cómo se llamaba la funcionaria, como sus compañeros, al mínimo indicio de problemas, se deshacían de quien fuera. Y con esta había tardado, ¿eh?

Que la gente estaba muy mal y uno nunca sabía lo que podía pasar.

Y si no, que se lo dijeran a Adele. Quien, además de encontrarse aún anonadada, se veía con un rottweiler intentando echarla de allí ¡cuando le estaban jodiendo la vida!

Porque era eso lo que estaban haciendo. Y ella tenía que terminar con aquella discusión.

—Pero ¡si tengo que arreglar esto! —enfadada también por ver que la querían largar, se deshizo del agarre del seguridad y casi se cae al otro lado del stand al intentar hablar con la empleada del registro civil.

—Señora... —la advertencia en la voz del guarda.

—Todavía señorita —gruñó—. A ver, señora —Adele miró a la que tenía cara de mala hostia—. Que aquí hay algo mal, tiene que escucharme. ¡Porque este no es el papel que necesito para casarme! —gritó, la poca paciencia que le quedaba, si es que le quedaba alguna, ya perdida.

Porque en ese papel decía. Decía...

—Para casarse con otro no. ¡Porque ya está casada! —gritó la empleada, perdiendo las formas por completo.

Respiró profundamente, tenía que controlarse. Pero qué difícil se le hacía a veces.

Adele creía que le iba a dar algo, no iba a casarse pero porque le iba a dar un jodido ataque al corazón.

—¿Pero qué casada ni qué ocho cuartos?! ¡¡¡Que no me toque!!! —gritó deshaciéndose, de nuevo, del agarre del seguridad.

Con lo tranquila y educada que intentaba ser ella... No le gustaba perder el control y no solía hacerlo. Claro que nunca le había ocurrido nada así.

—Vamos a ver —la nariz de Abigail hinchada, le quitó a Adele los papeles que aplastaba en una de sus manos y leyó—. Usted es Adele Sanders, ¿verdad?

—Ya sabe que sí —resopló Adele.

—¿Y conoce a un tal —miró de nuevo el papel— Seth Marshall?

—Sí, pero...

—¿Y alguna vez —la interrumpió— firmó un acta de matrimonio con él?

Adele cerró los ojos con fuerza. Los abrió de nuevo.

Era pesada esa mujer, aún no se enteraba.

—De eso hace tiempo, pero...

—Pero nada, ¡¡¡está casada con él!!! —a pleno pulmón— ¿Qué es lo que no entiende?!

—Que ¡¡¡ese matrimonio se anuló!!! —si una gritaba, la otra más.

—Señora... —para eso servía el guarda de seguridad.

Abigail le ofreció los papeles, Adele los cogió.

Abigail puso las manos en el stand y se echó para adelante. Adele se echó para atrás.

Abigail respiró hondo. Adele también.

—Señora... —la funcionaria levantó un dedo cuando Adele fue a saltar, evitándolo— Por si aún no lo entiende... No hay ninguna anulación. No la hay aquí, no la hay en el registro civil del lugar donde contrajo matrimonio. No la hay ¡ni la hubo nunca! ¡Sigue casada! ¿O es que cree que yo no sé hacer mi maldito trabajo y no me he informado de todo antes de llamarla a usted?!

Adele negó con la cabeza, no entendía. Bueno, sí que lo hacía, pero ¡es que eso no podía ser!

—¡Pues alguien no hizo el trabajo bien! —la desesperación estaba apoderándose de ella porque con error o sin él, con falta de papeles o no...

—No me toque las narices —resopló la mujer—. ¡Siguiente!

—Joder, que no puede ser, yo...

La funcionaria apretó los dientes.

—¿Usted tiene los papeles de la anulación? ¿Los vio alguna vez?—Adele abrió la boca, pero no supo qué decir. Porque bueno, tampoco le hizo falta verlos, ¿no?— Ya me lo imaginaba... — resopló— Se lo repito, no está divorciada y hasta que no lo haga, olvídense de su otra boda. ¿Lo entiende ya, señora Marshall? —la pregunta de Abigail con retintín.

Señora Marshall... ¡Oh, Dios!

Adele miró fijamente a la irritada mujer que tenía frente a ella. No estaba bromeando. Todo aquello era cierto.

Y ella no podía creerlo. Como tampoco podía demostrar que esos papeles existieran alguna vez porque jamás los vio. Nunca había necesitado hacerlo.

Y ahora...

Con un largo suspiro, Adele dejó caer sus hombros.

Mierda, Adele. Esto no puede estar pasando.

Capítulo 2

Adele.

—No me lo puedo creer —Alisha dejó sobre la mesa los papeles que acababa de leer, apoyó la espalda en la silla de la cafetería y miró a Adele.

Esta, la que era su mejor amiga desde hacía años, tenía los codos apoyados sobre la mesa, la cabeza dejada caer sobre sus manos abiertas y una expresión de “Esto no me puede estar pasando” en su rostro.

Pero sí, sí estaba ocurriendo. Tal cual.

—Ya somos dos —Adele suspiró, se pasó las manos por la cara en un gesto nervioso y cambió de postura, sentándose mejor mientras mantenía la mirada sobre su amiga, quien tampoco le quitaba la vista de encima.

—Estás casada —Alisha necesitaba decirlo en voz alta para que la ayudase a ella misma a creérselo, además de para confirmarle a Adele que toda aquella locura estaba ocurriendo y que no era un mal sueño.

Porque joder, la pobre tenía que sentir que vivía una pesadilla y con razón.

—Desde hace catorce años —una mueca en su rostro.

—Joder —Alisha terminó riendo, Adele no le veía la gracia por ningún lado.

—¿Te hace gracia?

—¿A ti no? —Adele la miró con las cejas enarcadas, Alisha sonreía— A ver, Adele, sé que es una faena para ti, pero es gracioso.

—Uy, sí, me parto de la risa —la ironía en su voz.

—Vamos, olvida por un momento que es a ti a quien le está pasando. Chistoso, ¿eh? —Adele enarcó las cejas, sus ojos café matándola con la mirada. Alisha puso los ojos en blanco— Está bien, es una putada.

Eso es quedarse corta, pensó Adele, resoplando.

—Alucino.

—Al menos sabes que está vivo.

—Claro que está vivo —Adele, indignada.

—¿Lo viste en tu bola de cristal?

No, pensó Adele. Ella solo lo sabía.

—Casada, Alisha. ¡Estoy casada! —exclamó, las manos elevadas en un gesto de incredulidad.

—Si gritas un poco más, a lo mejor se entera el de la mesa de la esquina que es el único que no ha mirado —rio Alisha, negando con la cabeza.

—Joder, es que no me lo creo —resopló y habló más bajo, la piel de sus mejillas teñida de rojo al ver decenas de pares de ojos sobre ella—. No entiendo cómo puede ser.

—Suele ocurrir cuando alguien dice “Sí, quiero” delante de un sacerdote o de un juez, un alcalde, un funcionario y ya sabes, firmas un papelito en el que te unen a la otra persona de por vida o hasta que se muera o tú te mueras o firméis ambos el divorcio.

—La situación no, pero tú eres graciosísima, ¿eh? —Adele usando la ironía.

Alisha sonrió. No podía evitar divertirse un poco con la situación porque cómica era. E inverosímil también.

—Vamos, solo intento eliminar un poco de tensión —cogió la mano de su amiga por encima de la mesa y le dio un apretón.

—Pues no funciona —Adele suspiró.

Alisha la miró con un poco de tristeza.

—La verdad es que yo tampoco entiendo cómo puede estar pasando esto.

—No tengo ni idea. Llevo desde esta mañana que salí del registro civil dándole vueltas a la cabeza y te juro que cuanto más pienso, menos entiendo nada. Los papeles debieron de extraviarse en algún punto, un error, no sé. Pero esa mujer me aseguró que en el registro del pueblo tampoco constaba ninguna solicitud de anulación. Y tampoco se van a culpar a ellos mismos de ser así.

—¿Y tú crees que se extraviaron?

—¿Qué más si no?

—Quizás es como te dijeron y esa solicitud nunca se llevó a cabo.

—¿Crees que mi padre me engañó en algo así? —Adele no podía creer eso.

—Yo no creo nada. Solo intento pensar en todas las opciones posibles.

—Vamos, Ali. Conocías a mi padre y cómo era conmigo.

Sí, en eso tenía razón Adele. Su padre era un poco peculiar, algo controlador también, por esto la

relación entre ellos, a veces, había sido un poco tensa. Sobre todo después de esa boda años atrás. Su padre habría pagado lo que fuera y habría luchado lo que fuera por lograrlo. No la quería casada con ese hombre.

—Sí, lo sé. También sé que no te quería con él. Pero joder, a mí me extraña que esto sea un fallo burocrático, la verdad.

—Es que no me entra en la cabeza que pueda ser otra cosa. Llevo desde esta mañana que salí del registro civil dándole vueltas al asunto y te juro que cuanto más pienso, menos entiendo nada.

—¿Le preguntaste a tu tía?

Porque a su padre no podría hacerlo. Había fallecido hacía poco más de un mes de una larga enfermedad que lo unió un poco más con su hija.

No es que tuvieran una mala relación, pero las pocas asperezas que podían existir entre ellos se limaron durante la convalecencia de su padre.

—Lo primero que hice al salir del registro civil fue llamarla. Pero no contesta, no tendrá cobertura.

—Qué casualidad que le dé por desaparecer ahora, ¿no?

El tono de desconfianza no le pasó desapercibido a Adele.

—No malpienses. Necesitaba un descanso de todo, la muerte de papá le afectó demasiado.

Era entendible porque su tía, la hermana pequeña de su padre, se había ocupado de Adele desde que esta quedó huérfana de madre. Había sido una gran ayuda tanto para su hermano como para su sobrina. Un pilar muy importante en esa pequeña familia que solo componían ellos tres.

El perder a su hermano la había dejado hecha polvo. De nada servía que supiera cuál sería el desenlace desde que le diagnosticaron esa horrible enfermedad, una persona nunca puede estar lo suficientemente preparada para enfrentar la muerte de alguien a quien quiere.

—No se trata de malpensar, Adele, solo te muestro todas las posibilidades. No debemos descartar nada. Por muy imposible que nos parezca.

—Creo que eso sí porque no tiene ningún sentido y lo sabes.

Adele estaba segura de que su padre se había asegurado de que ese matrimonio se disolviese. Más que nada porque era la persona que más deseaba esa separación.

Y físicamente logró alejarlos después de casi morir del susto al enterarse de la noticia.

Podían poner sobre la mesa mil hipótesis más...

Quizás que la anulación les fuese denegada. Pero de ser así, ¿por qué no el divorcio? Incluso aunque una de las dos partes se hubiese negado y el caso hubiese llegado a los tribunales, el juez habría roto esa unión tarde o temprano, ¿no?

Y el padre de Adele habría movido cielo y tierra hasta lograrlo. Si no se pudo de una manera, su padre y sus abogados (porque estaba bien asesorado económica y legalmente) encontrarían otra.

Habría hecho lo necesario para separarla legalmente de ese hombre. Como lo hizo, en su día, físicamente.

—Esperaré a poder hablar con mi tía. No creo que me solucione mucho, la verdad.

—¿Tardará en volver?

Adele afirmó con la cabeza, su abundante y rizado pelo moviéndose a la vez.

—Sí, llegará un par de días antes de la boda.

Boda, de la que por cierto, tanto su padre como su tía estaban felices de que se celebrara. Tanto que aunque su padre ya no estuviese, él le hizo prometer que los planes de boda seguirían su curso.

Habían ayudado a Adele, en la medida de lo posible, a preparar el enlace de sus sueños y como lo había dicho su padre, no quería que ese momento estuviera empañado por nada.

Lo único que él había querido siempre era la felicidad de la niña de sus ojos.

De ahí que lo único factible para Adele fuese el error en el sistema. Nada más tenía lógica alguna.

Y Alisha, pensándolo, sacaba las mismas conclusiones que su amiga.

—A ver si ella sabe algo —suspiró Alisha.

Adele lo dudaba.

—A ver.

—Sea como sea, no es que te sobre precisamente el tiempo.

Adele miró desesperada a la mujer pequeña y morena de descendencia hindú a la que quería como a una hermana. Se conocieron cuando Adele llegó a la ciudad. Aunque no habían estudiado la misma carrera, las dos compartían facultad y desde el primer momento compartieron todo el tiempo que podían. Comían juntas, estudiaban juntas, dormían juntas.

Alisha era hija de una familia trabajadora dueña de un conocido restaurante siatelita de comida hindú. Local que muchas veces se convirtió en el centro de reuniones de negocios del padre de Adele, quien al igual que su hija, había entablado una buena amistad con la familia de Alisha,

afianzando aún más la estrecha relación que existía entre las dos pequeñas.

Que ya no lo eran tanto.

—Ya... La boda es dentro de dos semanas. ¿Qué demonios voy a hacer? —levantó las manos, desesperada.

—Arreglar esto. No hay de otra.

—Que tengo que solucionarlo es evidente. ¿Pero cómo?

—¿El cómo no es evidente? —Alisha miró a su amiga con las cejas elevadas— Lo primero es asegurarte de primera mano de tu situación en el registro de ese pueblo. Si la anulación de verdad no existe, o la pides ahora que no tengo ni idea de cuánto tiempo puede tardar o vas a necesitar la vía rápida.

—Pedir el divorcio.

Alisha asintió mientras miraba a la rubia que tenía enfrente.

—Un divorcio exprés.

Adele suspiró.

—No me hace gracia contar con un divorcio en mi “expediente” sentimental días antes de volver a casarme.

—Menos gracia te hará cumplir las bodas de plata con un marido al que no ves. Y al paso que vas... —Alisha tuvo que reír de nuevo, no puedo evitarlo.

—¿Los hindúes sois todos tan divertidos? —otra vez la ironía.

—Solo con las americanas sosas como tú —sonrió Alisha.

Ella y Adele se conocían muy bien como para burlarse la una de la otra y no tomarse nada personal. Ventajas de tener una amiga así.

—Mierda, Ali. Con lo poco que me gustan a mí las sorpresas.

—Por eso te casas con Jack.

Adele puso los ojos en blanco, ya iba a empezar.

—Me caso porque lo quiero.

—Y le quieres porque es como es.

—Claro. Es así como se debe de querer a alguien, ¿no?

—Jum.

Alisha hizo un sonido extraño con la garganta. Ese que solía usar cuando quería dar por zanjado un tema del que no quería seguir hablando, pero no lo haría sin dejar constancia de alguna manera de su desacuerdo. En esta lo hacía con el tono que usaba.

—Jum nada. Y ese no es el tema ahora.

—Ya... El tema es cumplir el sueño de muchas.

Adele pestañeó, su ceño fruncido.

—¿Qué sueño?

—Pues el deshacerse del marido, claro.

Lo dijo tan seria, tan segura. Mirándola tan convincentemente que Adele olvidó su problema y no pudo más que soltar una sonora carcajada.

Alisha sonrió, una sonrisa torcida en su moreno y divertido rostro. Por fin había logrado que su amiga sonriera un poco.

—¿Quieres tomarte el tema en serio? —la regañó Adele, pero aún reía.

—Oh, créeme, lo hago —Alisha bebió un poco de su café—. Llevo semanas buscando el vestido perfecto para la boda de mi mejor amiga y resulta que ella está casada desde antes de conocerme —suspiró dramáticamente.

—Tú no te preocupes que sea como sea, esa boda se celebra. No voy a aplazarla, se lo prometí a mi padre.

—Pues reza por ello. Y reza porque ese hombre del que no sabes nada desde hace catorce años, siga viviendo allí —la sorpresa en los ojos de Adele le mostraron que no se le había pasado por la mente algo tan simple y posible como eso.

—Joder, Ali, ¡no seas gafe!

—¿Yo? ¡¿Yo?! ¿Para qué te casaste, “almacántaro”?

Vete a saber, pensó.

—No creo que haya abandonado ese pueblo, era su hogar.

—La vida da muchas vueltas, Adele, lo sabes.

Sí, claro que lo sabía. Ella y cualquier persona podía dar fe de ello. Nada es seguro en este mundo. Quien está arriba, puede estar al día siguiente abajo. Lo que un día es sí, minutos después es no. Quien hoy está, a saber mañana.

Y Adele sabía mucho sobre eso.

—Y todo tiene solución, menos la muerte.

—Así es. Nada es seguro... —Alisha frunció el ceño— Bueno, una cosa segura sí hay aquí.

—¿Y es?

—Que ese hombre no se ha vuelto a casar. De haberlo intentado, se habría encontrado con la misma sorpresa que tú.

Algo se removió en el interior de Adele al escuchar a su amiga. Algo que quiso ignorar.

Ni siquiera había caído en eso, pero tenía razón.

Intentando aparentar indiferencia, que era lo que debía de sentir por alguien de su pasado, Adele se encogió de hombros, un mohín en sus labios.

—Se va a ahorrar el susto.

Había pensado muchas veces en él. Se había preguntado tantas cosas... Pero nunca se había permitido ir más allá.

Con el paso del tiempo, el recuerdo también se iba manteniendo más en la sombra. Y aunque nunca lo olvidaría, las sensaciones que le provocaban ese recuerdo eran muy distintas.

Menos intensas que al principio, cuando todo aquello ocurrió.

—Lo dudo —Alisha rio—. No quiero ni imaginar el que se va a llevar cuando te vea allí pidiéndole el divorcio.

Adele hacía ya un rato que había terminado su café y menos mal, porque de estar bebiendo, muere atragantada dejando un novio por un lado y un marido viudo por otro.

—¿Que me vea?!

Alisha puso los ojos en blanco.

—¿Entonces cómo piensas hacerlo?

—Con un abogado, Ali, obvio.

—No es tan obvio, no.

—¿Por qué demonios no, si puede saberse?

—No sé. Si fuera yo la que está en tus zapatos...

—Que no lo estás —la interrumpió Adele.

—Que no lo estoy, gracias a Dios —concordó ella—. Si fuera yo —repitió—, no me fiaría de mandar a nadie.

—Son abogados, es su trabajo. Si no me fio de ellos, ¿de quién mierda me voy a fiar?

—De ti, Adele, de ti. Los abogados que te redacten lo que sea, como si alguno te acompaña para modificar algún posible dato o fallo, pero ¿poner tu boda en manos de alguien más? ¿Tus sueños? ¿Tu futuro?!

—Pero no grites, ¡¿por qué gritas?! —decena de pares de ojos, de nuevo, sobre ellas.

—Pues no me saques de mis casillas —dijo su amiga tranquilamente.

—No me jodas, Ali. No tengo tiempo para desaparecer unos días, aún me quedan cosas que organizar.

—Cosas que no servirán de nada si no te aseguras de encontrar a ese hombre y de que te firme ese papel. No me mires así que sabes que tengo razón. No tienes tiempo, no puedes alargar esto si quieres que tu boda con Jack se celebre y por más que digas, te conozco. No estarás tranquila si no te ocupas tú personalmente de ello —Alisha se encogió de hombros—. No tienes muchas más opciones.

Mierda, la iba a degollar por porculera.

Y lo peor de todo era que tenía razón.

Adele gimió.

—¿Cómo le voy a explicar todo esto a Jack?

Capítulo 3

Seth.

El día antes del encuentro.

—Y una cerveza para mí, por favor.

Seth cogió la jarra y la colocó bajo el dispensador, rellenándola en un gesto instintivo. No tenía ni que mirar, había servido en su vida tantas que podría hacerlo con los ojos cerrados.

Y siempre lo haría bien, con su perfecto porcentaje de espuma.

Colocó la jarra servida delante del dueño de aquella voz, quien no tardó en beber un gran trago.

—Mucho mejor de lo que la recordaba.

Entonces Seth pestañeó y fijó su mirada perdida en ese hombre.

—¿Pero se puede saber qué haces?! —le arrebató la jarra de cerveza de las manos y la derramó en el fregadero— ¿Quieres que te dé algo o qué?

—No es para tanto. Si solo ha sido un sorbito.

—Sabes que ni eso puedes.

El hombre mayor que estaba sentado a la barra miraba a Seth sin el mayor atisbo de culpabilidad aun sabiendo que no debería ni de oler el alcohol. Tenía problemas de salud y la medicación para el riñón no era algo con lo que jugar.

Se encogió de hombros en un gesto de pasotismo total, mostrándose indiferente ante el rápido enfado de Seth.

—¿Para qué me la sirves entonces?

Seth enarcó las cejas, lo que había que aguantar.

—No me di cuenta. Pero eso no tiene nada que ver, eres tú quien debe de cuidarse.

El señor lo miraba con serenidad.

—Que no te diste cuenta es indiscutible, pero que eso no tenga nada que ver... Déjame disentir. Si no tuvieras la cabeza en a saber qué o quién, estarías más pendiente a tus clientes.

—¿Mi cliente? —Seth se cruzó de brazos y se apoyó en el mueble que tenía a su espalda. Un enorme mueble de madera maciza repleto de toda clase de bebidas, tanto alcohólicas como no—

Si quieres que te considere como tal, voy a tener que empezar a cobrarte.

—Hazlo. Cuando ya no tenga cómo pagarte, con irme a vivir contigo... La casa me va quedando un poco grande.

—No me aguantarías en casa ni dos días seguidos —lo sabía bien porque habían discutido muchas veces mientras vivían juntos. Su padre tenía algún TOC y era un obseso del orden y Seth no es que fuera un caos, pero podría decirse que tenía un sentido del orden algo particular. Él sabía dónde tenía todo mientras nadie metiera las narices en su pequeño desastre particular. Y su padre no entendía esto, ni él ni el plumero con el que siempre entraba en el dormitorio de Seth—. Pero si es lo que quieres, sabes que por mí no hay problema.

Por el tono que usaba, era evidente que hablaba en serio, lo decía con sinceridad.

Phillip, que así se llamaba el señor que estaba frente a Seth, sonrió, agradecido por esa muestra de cariño. Sabía que podía contar con su hijo y que aunque chocasen en la convivencia, no era nada del otro mundo.

Seth se había ido de casa siendo muy joven, anhelando el tener su propio hogar. Y su padre atrasaría todo lo que pudiera el invadir la vida de su hijo.

No lo haría nunca, se cuidaría a él mismo hasta el último aliento si fuera posible.

Claro que esa era su idea, pero conociendo a Seth, sabía que más pronto que tarde, volverían a compartir hogar. El sentido de la familia y de la responsabilidad estaba muy marcado en él. Demasiado.

—Algún día tendrás que ocuparte de mí, pero espero que aún tarde. Mientras termino de convertirme en un viejo chocho e inútil, te dejaré disfrutar de la soledad de tu hogar.

La soledad de su hogar... Era eso, en parte, lo que tenía a Seth así.

—¿Me vas a contar qué es lo que te ocurre? —preguntó Phillip, su padre.

—Sarah le está poniendo la soga al cuello.

Seth puso los ojos en blanco al escuchar el comentario, se enderezó y volvió al trabajo. No tenía mucho que hacer, el local ya estaría vacío si no fuera por esos dos, la noche bien entrada.

Terminaría de recoger la barra y se marcharía a casa.

—¿La soga al cuello? —Phillip frunció el ceño, sus canosas cejas casi unidas y siguió con la mirada al cocinero.

—Que lo está azuzando un poco con el tema del anillo —explicó Mario, el chico español que trabajaba con Seth desde hacía años.

—Lo había entendido desde el principio, chico, pero tampoco es nada nuevo.

El cocinero miró al anciano a los ojos. La calvicie era cada vez más visible en esa cabeza blanca por las canas. Su rostro mostraba el cansancio de haber trabajado duro toda la vida, el sol había curtido su piel, oscureciéndola y arrugándola más de lo que debería. Pero ni la edad ni el cansancio ni la enfermedad habían apagado las ganas de vivir que siempre mostraban esos pequeños ojos grises, iguales a los de su hijo.

—Que tu hijo se haya agobiado tanto que la vaya a dejar, sí. Dejar definitivamente, quiero decir. Esta vez de verdad de la buena.

Con las cejas enarcadas, asombrado, Phillip desvió la mirada hasta Seth.

—No, no me mires así —su hijo levantó una mano—. Y no sería dejar a nadie porque tampoco es que fuésemos nada.

Cogió una bayeta y comenzó a limpiar la barra. Quería cerrar pronto e irse a casa ya.

El moreno salió de detrás de la barra y se sentó al lado de Phillip.

—¿Entonces sigues con ella? —le preguntó su amigo— Porque no es eso lo que me diste a entender con la pelea que tuvisteis esta mañana.

Seth se preguntaba por qué su amigo tenía que ser tan bocazas. No es que él no tuviera confianza con su padre o le ocultase las cosas, es que no le había dado tiempo a comentarle nada cuando ya lo había soltado él.

Sabiendo que no iban a dejar el tema a un lado, resopló y dejó sobre la barra el paño con el que estaba limpiándola, volvió a apoyarse en el mueble de madera y se cruzó de brazos.

Miró a ambos hombres atentamente. Su padre aún asentía con la cabeza, la calva brillándole por el reflejo de la luz.

Mario posó los ojos sobre Seth y enarcó las cejas en su típico gesto de “Hablares de esto quieras o no porque somos unos chismosos de primera y no nos vamos a quedar sin saber la primicia”.

Mario era, para Seth, como su hermano. Hacía más de una década que lo conocía y se convirtió no solo en su paño de lágrimas cuando todo aquello ocurrió, sino que también fue, junto con su padre, el encargado de darle una patada en el culo para que saliera de ese pozo en el que él mismo se había metido.

Le debía mucho y no tendría vida para agradecerle todo el cariño y el apoyo. Pero todo esto no quitaba que también fuese un incordio. Azuzaba más que Sarah, que ya era decir.

La única familia que le quedaba estaba mirándolo, esperando a que dijese algo.

Seth dejó salir todo el aire que guardaba en sus pulmones en un suspiro lento y controlado.

—Creo que esto se me fue un poco de las manos.

Seth había sufrido. Mucho. Se había jurado no dar ninguna oportunidad nunca más a nadie, no darse a él mismo más de lo necesario. Porque hacerlo podía llevarlo a otra mala experiencia. Y aunque sabía que jamás sufriría como lo hizo, porque jamás amaría a nadie como amó a esa persona de su pasado, él no quería infringirle a nadie un dolor como el que él sintió.

Y tarde o temprano terminaría haciéndolo cuando esa persona se diese cuenta de que él no podía darle más.

Eso lo había mantenido alejado del compromiso.

Pero de ese pasado ya hacía catorce años.

Tanto su padre como su amigo lo miraban con comprensión en los ojos.

Ambos querían ver a Seth feliz, con la familia que él siempre había anhelado tener.

Sarah había llegado al pueblo hacía un par de años. Una dolorosa ruptura la llevó a buscar una nueva oportunidad lejos de todo lo que ella conocía. Era una buena chica y desde el primer momento se declaró enamorada de Seth.

Él también se había fijado en ella, era lógico. Además de su físico, su personalidad serena y tranquila hacía que los demás se sintiesen bien a su lado.

Pero el interés de él tenía límites. No habría relación seria, no podría haber, nunca, nada más que sexo y amistad.

Ella lo sabía, conocía su historia y la desconfianza y el dolor que le había provocado. Y ella había aceptado. Pero eso no le impedía creer que podría derribar las barreras que él había erigido alrededor de su corazón.

Los años pasaban y la relación sin compromisos continuaba.

Para Seth podía seguir así toda la vida. Pero Sarah era otro cantar. Quería más y ya no lo ocultaba. Incluso lo pedía.

Él siempre se había negado, llegando, incluso, a romper lo que tenían durante días al sentirse presionado. Pero ella había logrado apaciguar un poco la situación y volver a lo que tenían siempre. No quería perderlo y cedía.

Pero, tarde o temprano, volvía a querer más.

Seth lo entendía, pero no podía decirle más claro que eso era lo máximo que él podía y que estaba dispuesto a dar.

—Es una buena mujer y te quiere —dijo su padre.

—Lo sé —no hacía falta que se lo dijera—. Por eso mismo no me perdonaría hacerle daño.

—Oh, vamos. No digas estupideces. No le harías daño ni a un mosquito —negó Mario con la cabeza.

—A una mosca —dijo Phillip.

—No, a una mosca tampoco —replicó el camarero, mirando al padre de Seth.

—Que se dice “no le harías daño ni a una mosca” —rio Phillip.

Y es que aunque Mario llevaba años allí, aún solía equivocarse con algunas palabras. Algo que tanto al padre como al hijo les resultaba bastante divertido.

—Ahhhh... —Mario volvió a posar sus ojos chocolate sobre Seth— Oh, vamos —repitió, esa vez más dramáticamente—. No digas estupideces. No le harías daño ni a una mosca.

—Así sí —Phillip soltó una carcajada.

—¿Por qué lo repites? —Seth reía también.

—Así recuerdo el contexto y ya no se me olvida esa palabra. Es un truquillo que tengo.

—¿Por eso refunfuñas muchas veces cuando te digo algo?

—¿Qué? —Mario negó con la cabeza— No, qué va. En realidad no refunfuño, me cago en la leche que mamaste en español cuando me sacas de mis casillas.

—¡Serás capullo! —exclamó Seth, en español y soltó una carcajada.

—Yo quiero aprender esa frase —reía Phillip, divertido.

Como lo estaba siempre con el cocinero, quien, muchas veces, le servía de profesor de español. Para enseñarle tacos, más que nada. Pero ese no recordaba haberlo aprendido. ¡Y quería hacerlo!

—Al menos hemos conseguido que te rías, porque llevas todo el día con una cara de agrio... —tanto Seth como su padre se quedaron mirando a Mario fijamente. Este sabía qué significaba eso — Quiere decir con mala cara, serio, estúpido también.

Ese era uno de los mayores problemas a los que Mario, con su español natal, se enfrentaba. Por más que hablase bien el inglés, él estaba muy acostumbrado a usar expresiones españolas y las traducía literalmente. Y los demás no le entendían la mayoría de las veces.

Y no le importaba, si había emigrado a ese país era para aprender bien el idioma. Había estado

trabajando en un par de estados antes de acabar allí, junto a quien se convirtió en su hermano. Allí, en el pueblo que se había convertido en su hogar.

Nunca habría imaginado que un lugar así, al que llegó por casualidades de la vida, fuese a marcarlo y allí estaba, allí se había quedado. Total, en su país, tras la muerte de su madre, a quien él había cuidado hasta el último aliento, no le esperaba nadie. Al verse solo, cogió sus ahorros, su mochila y se fue a la aventura.

No fue fácil, para nada. Pero trabajó duro y al final tuvo su recompensa. Porque en ese lugar había encontrado tanto...

En resumen, no tenía pensamiento de marcharse de allí.

Con la risa apagándose, Seth suspiró.

—Estando con ella le hago daño. Porque por más que diga que se conforma con lo que doy, ella quiere más. Y qué demonios, merece mucho más. Merece un tío que se desviva por ella, merece recibir el mismo amor que ella da —suspiró—. Merece mucho más que yo.

Phillip y Mario no podían negar una parte de eso. Como tampoco que esa mujer haría lo que fuese por ver feliz a Seth. Incluso anteponerlo a él a su propia felicidad.

Y Seth tenía mucha razón con la mayoría de las cosas que decía, aunque Mario no pensaba exactamente como él.

—Y el premio a la estupidez es para... —Mario utilizando el sarcasmo con el tonto comentario de su amigo— Incluso si fuera así, porque es verdad que la pobre chica merece a alguien menos tonto —se metía con él—, te quiere a ti.

Seth ignoró la ironía de Mario y negó con la cabeza.

—Nunca entendí por qué.

—Créeme, nadie en este pueblo lo hace.

Phillip soltó una risita tras el comentario del cocinero. Su hijo miró al cielo, qué paciencia tenía que tener.

—No creo que la cuestión aquí sea entender por qué esa mujer te quiere. Sino si es la elegida. Si tú la quieres a ella como compañera de vida.

—Y eso sí es un paso importante —dijo Mario con seriedad.

—Lo sé —afirmó Seth—. Por eso no lo daría así porque sí.

Más importante de lo que ellos podían imaginar, porque ellos no eran él, no sentían como él, no tenían dentro todo el pasado y el dolor que tenía él.

Y eso también los hacía ver lo que no veía él.

—Normal que esté agobiado el pobre —Mario miró a Phillip, quien le devolvió la mirada—. No es una decisión fácil. Si llego a ser yo el que está en su situación, ya me habría rebanado un dedo mientras cocino por tener la cabeza en otra parte porque asusta, ¿eh?

Anda que así estás ayudando mucho, pensó Seth.

—¿Asusta? ¿Qué asusta?—Phillip elevó las cejas, divertido.

—Pues elegir a alguien para compartir tu vida. Ya te digo yo que sí, asusta un huevo. Que yo, en verdad, puedo fardar mucho de que quiero una pareja para siempre, una familia y esas cosas, pero que pensándolo fríamente, qué miedo, ¿no? Porque ¿qué hago con todas esas mujeres que se me acercan deseosas de atención?

Mario había conseguido de nuevo, con sus payasadas, que Seth olvidase la tensión que sentía y sonriese.

—¿Qué mujeres son esas que nunca las vi? —preguntó su amigo.

—Y que siga así y no las veas, más para mí.

Seth y su padre rieron, ese chico estaba como una cabra, se metía hasta con él mismo.

Porque en aquel pueblo no es que sobrasen, precisamente, las mujeres. Y Mario era, también, algo tiquismiquis. Que para un rato podía estar con cualquiera, pero para algo más... Era demasiado exigente como para repetir con la misma. Y con las que había probado ya, no es que le faltasen demasiadas.

El casanova, porque así era como Seth lo llamaba por flirtear con todas, ya apenas tenía opciones.

—Y con esto y un bizcocho, hasta mañana a las ocho —Mario se levantó del taburete y estiró sus brazos. Estaba agotado, quería llegar a casa y dormir.

—¿A las ocho?

—Es un refrán, Seth —Mario bufó—. Ni de coña me verás aquí a esa hora. Tu hijo es un explotador, que lo sepas —le dijo a Phillip.

—De explotador nada, pero no vendría mal que llegases antes. No te digo que a las ocho de la mañana, conmigo aquí a esa hora es suficiente, me dará tiempo a ir por algunas cosas que faltan. Pero también podías venir antes, ¿no? Y ayudar—siguiendo a su amigo y a su padre mientras se dirigían a la puerta de entrada.

—¿Me vas a pagar más? No, ¿verdad? Pues seguiré llegando a mi hora, que además, me da tiempo de más a tener la comida lista. No te quejes tanto.

—Mal amigo —suspiró Seth, apagó las luces del local y se dispuso a echar el cierre.

—Después de todo, mira cómo me paga —Mario negó con la cabeza mientras miraba a Phillip, este sonreía—. En fin, lo que tenemos que aguantar por amor.

—Si vuelve a quedarse solo y con tu negro expediente sentimental... —Phillip los miró a los dos

— No me importaría viajar a otro estado donde os permitan casaros a los dos.

—¡Ni de coña aguanto yo a este! —exclamaron a la vez, con cara de horrorizados, haciendo que Phillip soltase una sonora carcajada.

—Como si no os aguantarais ya —reía el hombre.

Y así, entre risas y olvidando un poco el dilema que tenía Seth en su cabeza sobre si dar el paso de una vez o no, se despidieron los tres hombres tan dispares como parecidos cuando se trataba de amor.

Seth, una vez en su casa, entró directamente en el baño. Una ducha caliente y rápida para aliviar un poco la tensión que sentía y la sobrecarga muscular de un duro día de trabajo. Y todo volvería a empezar en unas pocas horas. Y así cada día. Con razón, cada noche, caía en la cama, agotado, como en ese momento.

Pero su mente parecía tener, aún, cuerda para rato.

Tenía mucho que pensar y una decisión que tomar. Y su padre y su amigo no es que le hubiesen ayudado demasiado.

La verdad era que no podían aconsejarle, que aquello era una decisión que solo Seth podía tomar. La gente que lo apreciaba, lo único que quería era verlo feliz. Pero era Seth el que tenía que tener claro si sería más feliz con Sarah o sin ella. Solo o en compañía. Para ello, tenía que ser sincero consigo mismo.

Eligiese lo que eligiese, tomase la decisión que tomase, cambiaría su vida para siempre.

Aunque esto no era del todo cierto, ¿no? Porque lo entendiese Seth o no, su vida había cambiado muchos años atrás, haciendo que él nunca más fuese el mismo.

Capítulo 4

Seth.

El sonido del timbre despertó a Seth. Tras pestañear un par de veces, abrió los ojos. Ya era de día. Miró el reloj que tenía en la mesilla de noche. El despertador estaba a punto de sonar.

—Se acabó lo bueno —dijo mientras se levantaba.

Se puso unos pantalones vaqueros que tenía doblados en la silla, se coló una camisa por la cabeza y fue a abrir la puerta. Quien fuera que estuviese al otro lado, llamó con los nudillos.

Seguramente sería su padre, porque Mario era imposible, ese aún roncaría un par de horas más.

—¡Ya voy! —exclamó Seth, llegando un par de segundos después y abriendo.

Sonrió cuando se dio cuenta de quién estaba al otro lado de la puerta.

—Si me recibes sonriendo, vendré cada día a desayunar contigo.

—En realidad les sonreía a esos pasteles que traes.

Un mohín en los labios de Sarah hicieron que Seth sonriera aún más. Se había levantado descansado y estaba de buen humor.

Estaba muy guapa, con su pelo corto tapado con un gorro del mismo tono castaño, lucía graciosa.

—Pues que te aprovechen —dijo ella fingiendo sentirse indignada, entregándole la bandeja a Seth.

Este rio y cogió la bandeja de pasteles.

—Haré un esfuerzo y los compartiré contigo. Si me aceptas un café, claro.

—Me sacrificaré —suspiró ella.

—Vamos, pasa —Seth rio y cerró puerta cuando Sarah entró en la casa, la siguió hasta la cocina

—. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Estos días apenas nos vemos. Hoy entro más tarde, pensé que podríamos desayunar juntos — dejó el bolso sobre la mesa y se sentó.

Seth dejó, también sobre la mesa, la bandeja de pasteles y fue directo a preparar el café.

—Pues gracias por el detalle.

Los cafés no tardaron mucho en estar preparados y Seth tardó aún menos en hincarle el diente al

pastelillo de crema de coco que tanto le gustaba.

—Te echaba de menos —dijo ella, mirándolo con una sonrisa en los labios. Sonrisa que él le devolvió.

—¿Aún con mucho trabajo?

No era raro que él no devolviese una frase como aquella. Sarah sabía que Seth no era un hombre de expresar demasiado cuando de sentimientos se trataba. Y ella había aceptado su manera de ser.

No quería cambiarlo, pero eso no quitaba que, a veces, deseara que él fuera un poco... Distinto para con ella.

Pero eso era lo que había, así era Seth, así lo quería ella.

—Sí y necesitaré el fin de semana para ponerme al día con todo. Dios, Seth, tengo los pies y las manos destrozadas. Entre atender a los clientes y terminar de preparar el salón nuevo... —suspiró—. No puedo con tanto.

—Claro que puedes —dijo él con la boca llena, haciendo que Sarah pusiera los ojos en blanco—. Siempre quisiste tener tu propia peluquería. Eso ya no es un sueño. Ahora que lo estás cumpliendo, no valen los lamentos.

—Si llego a saber que es tanto trabajo...

—Te habrías arriesgado antes —Seth la hizo reír con ese comentario—. Te gusta, no lo niegues. Le encantaba y los dos lo sabían.

Sarah, después de años trabajando para los demás, por fin se había atrevido a tener su propio salón de belleza. Ahora, además de tener que terminar de organizar el lugar, como la inauguración sería en pocos días, todas las clientas que eran fieles a ellas la tenían atosigada y de casa en casa para lucir perfectas en esa fiesta.

Sarah estaba agotada, pero también feliz.

—Sí, me gusta —bebió un poco de su café—. Pero no el que nos tenga alejados. Y sí, ya sé que nos vemos a diario, pero no es lo mismo.

—No nos viene mal tomarnos un tiempo, Sarah.

El comentario no pasó desapercibido. Sarah, que se había quedado con la taza a medio camino, volvió a ponerla sobre la mesa lentamente. Más que nada porque le temblaban las manos.

Él sabía lo que había dicho y supo que Sarah lo había entendido.

—¿Qué quieres decir con tomarnos un tiempo?

—Sarah...

—¿Estás terminando con nosotros, Seth?

No hay un nosotros, pensó. Nunca lo hubo, no de esa manera.

Seth suspiró, ella nunca iba a entender eso y la culpa era suya por alargar en el tiempo lo inevitable.

—Es lo mejor —dijo en lugar de hacerle entender, por enésima vez, las cosas.

Sarah limpió una lágrima que cayó por su mejilla. Hasta en ese momento conservaba la calma, Seth admiraba eso.

—¿Hice algo mal?

—¿Qué? ¡No! Joder, Sarah, no vayas por ahí. No me hagas sentir culpable.

—No pretendo eso, solo intento comprender por qué.

—Cariño, lo sabes —Seth la miró con tristeza—. Nunca te mentí, te dije lo que podía dar. Y no es justo para ti.

—¿Me dejas por mí? Porque si es así, Seth, no lo hagas. Yo acepto lo que tenemos.

—No. No, por Dios, Sarah. No digas eso —Seth suspiró—. Mereces más de lo que yo pueda darte, ¿no lo ves?

—Pero te quiero a ti —lloró ella.

Agobiado, Seth se levantó. Cogió la mano de Sarah y tiró de ella. La levantó y la abrazó con fuerza.

No le gustaba verla mal y era su culpa. Él le estaba provocando eso, él le estaba haciendo daño.

Era un desgraciado, un mal hombre.

Y por eso tenía que terminar de una vez con esa situación. Porque si el tiempo seguía pasando, el daño podía ser irreparable.

Si lo sabía él...

—Vamos, no te pongas así, no me gusta verte llorar.

—Yo te quiero, Seth —susurró ella sobre su pecho—. Y sé que puedo lograr que te enamores de mí. Dame otra oportunidad para intentarlo.

Seth se sentía el peor hombre del mundo en ese momento.

—No se trata de eso —la separó de él, cogió su cara entre sus manos y limpió sus lágrimas—. No

se trata de algo que puedas hacer tú, ¿no lo entiendes?

—No, no lo entiendo —ella negó con la cabeza—. ¿Por qué ahora?

Seth no lo sabía, solo que ese era el momento.

Llevaba días dándole vueltas al tema y en el fondo sabía que iba a hacerlo. Pero no cómo.

Y esa mañana, cuando ella apareció, supo que era el momento.

—Te he presionado, ¿es eso?

—No —mintió rápidamente.

—Sí, es eso, ¿verdad? Por lo que te pedí para el día de la inauguración del salón —Seth no respondió a tiempo y ella supo que fue exactamente por eso.

Sarah celebraría la inauguración de su salón de belleza en unos días y le había pedido a Seth el hacer su relación oficial. Todo el mundo en el pueblo sabía que entre ellos dos había algo, que estaban juntos, pero Seth seguía sin comprometerse formalmente y ella necesitaba un poco más.

Lo había pedido y por eso lo está perdiendo.

—Si es por eso, Seth... Te seguiré dando tiempo.

—Joder, Sarah, que no es eso —se separó de ella—. No se trata de tiempo. El tiempo tampoco va a juntarnos.

Lo ponía de mal humor esa forma de actuar, prefería que le gritase y lo mandase a la mierda, porque era un capullo y lo merecía.

No quería que ella aceptase cualquier cosa porque lo quería. Ella merecía más que eso. Merecía todo. Él le daba nada.

—¿Es por ella?

—¿Ella? —Seth pestañeó, ahora sí que se había perdido— ¿Quién demonios es ella?

—La mujer que tanto daño te hizo.

—No, no es por ella. ¿Qué demonios tendría que ver ella? Hace mucho que no está en mi vida.

—Pero por ella...

—No —la interrumpió él, serio—. Soy yo, Sarah. Te quiero mucho y lo sabes, pero no para compartir una vida contigo.

—Entonces el problema soy yo.

—Joder —iba a perder la paciencia—. El problema es mío ¡porque no puedo amar! —exclamó.

Ese era el jodido problema. Él nunca volvería a amar. Lo había intentado, pero nada pasaba más de un gran cariño y él no iba a compartir su vida con nadie si no era capaz de darlo todo.

No era suficiente recibir y no dar lo mismo.

Y no podía. Sabía Dios que quería, pero no podía.

—Mi amor, escúchame —ella se acercó a él, quien estaba apoyado en la pared. Se pegó a su cuerpo, las manos de Sarah alrededor de su cuello—. Solo dame una oportunidad más y te demostraré que puedo lograr que me ames.

—Sarah, no...

Pero Sarah ya estaba besándolo, evitando que él dijese nada. Atosigándolo aún más.

Molesto, Seth la agarró de los antebrazos y la separó de él.

—No hagas esto —le advirtió—. No te denigres así, por favor.

A él le dolía ver cómo ella intentaba salvar lo que ambos sabían que nunca había existido.

La culpa era solo de él, tenía que haberla dejado al mínimo indicio de enamoramiento por su parte. O mejor aún, ¡no tenía que haber tenido nada con ella!

Porque aunque no fue su intención y en todo momento estuvo evitando dañarla. Al final, lo que logró, fue eso.

Herirla y sentirse como la gran mierda por haber hecho lo mismo que casi lo destruye a él.

—Vamos, Seth. Me deseas, lo sé —insistió ella.

—Se terminó —dijo con firmeza, odiándose a sí mismo al ver la tristeza en los ojos de la mujer que sabía daría todo por él.

Sarah, limpiándose las lágrimas, se separó de Seth. Cogió su bolso y salió de la cocina. Él la siguió, ella abrió la puerta de la calle.

—Te daré el tiempo que necesitas —dijo Sarah antes de cerrar con un portazo.

Seth se pasó las manos por la cara, frustrado.

¡No tenía que darle ningún tiempo, él ya había tomado una decisión! Y ella... Ella terminaría por entenderlo.

Capítulo 5

El encuentro.

—Necesito el divorcio.

Como si encontrársela cara a cara después de tantos años no fuera suficiente, Seth tenía que intentar que su cerebro entendiese el significado de esa frase que ella acababa de soltar por la boca.

Boca que él había querido besar para siempre. Pero no había sido así.

Apretó aún más sus dientes, enfadado consigo mismo por pensar en eso. Pero joder, no sabía cómo reaccionar. Porque estaba allí, ¿verdad?

Sí, lo estaba. Era ella. Esa era la mujer que le había jodido la vida catorce años atrás. Y Seth, por más que lo hubiese deseado durante un tiempo, nunca creyó que fuera posible tenerla, de nuevo, tan cerca.

No sabía qué hacer, lo único que tenía claro era que se iba a romper los dientes si continuaba apretando con tanta fuerza.

Como si no hubiese tenido bastante esa mañana con la discusión y la “ruptura” con Sarah que la vida parecía querer volverlo loco por completo.

Repentinamente, su mente pareció reaccionar y Seth abrió la boca.

Adele notó el instante exacto en el que Seth fue consciente del significado de esa frase. Ella aún temblaba por los nervios y no sabía cómo había sido capaz de pronunciar palabra alguna.

Había estado ensayando con Alisha cómo actuar y qué decir en varias situaciones posibles en las que podía darse ese momento.

—*Lo primero es mantener la calma, no te pongas nerviosa, ¿vale?*, le había dicho su amiga.

Si la he cagado con la primera de las directrices..., pensó Adele cuando tembló al verlo.

—*Vale, ¿entonces qué es lo primero que le digo?*

—*¿Qué le vas a decir, Adele? Pues hola, claro.*

—*Claro...*

—*Buenas tardes, yo qué sé, el saludo que te salga en ese momento. Mientras no le sueltes de*

sopetón que te dé el divorcio, vamos bien.

No, mal. Vas muy mal, Adele, dijo una voz en su cabeza. porque había hecho, exactamente, lo que no debía. Pero claro, ¿qué iba a hacer? ¡Si estaba atacada de los nervios!

Así que...

—Necesito el divorcio.

Eso era lo que había soltado. Así, de sopetón, sin anestesia. Temblándole la voz, normal. Pero no se le trabó la lengua. Pronunció cada sílaba perfectamente. Incluso con un tono de voz alto, por si acaso ese hombre al que tenía a apenas unos centímetros no la escuchaba bien.

Hay que joderse, Adele, hay que joderse, suspiró su amiga Alisha. Que no estaba ahí ni mucho menos, pero sí en la mente de Adele. Era como su voz interior. La voz que jodía siempre, no la buena, ¿eh?

Después de la gran cagada, Adele esperó a que Seth dijese algo. Y parecía que, por fin, lo iba a hacer.

—¿Qué le ocurre al coche?

Lo sé, lo sé. Sé que nadie esperaba eso. Ni yo lo hacía. No sé, quizás porque esto es una novela romántica y esperamos leer otra cosa aquí como un “Que ¿¿qué?!” Esto lo dijo la voz interior de Seth en su cabeza, seguido de un “¿Pero tú estás loca o qué es lo que te pasa?” Pero no lo dijo en voz alta.

Si esto hubiese sido así, le habría dado un poco más de emoción al encuentro, pero no. Y por ello era lógico que Adele se quedase completamente en blanco, solo era capaz de pestañear. Tenía como un cortocircuito mental.

—¿Al coche? —Seth enarcó las cejas— Esto... —Adele carraspeó— No arranca.

¿Cómo que al coche? ¿Es que no la estaba escuchando?

No, espera, eso quería decir que él sabía que ellos dos... ¡No me jodas, eso no podía ser!

—Abre el capó —ordenó, pasó por al lado de Adele—. Vamos —la apremió cuando vio que ella no se movía, él ya tenía las manos sobre el coche.

Adele logró reaccionar, su mente haciendo miles de preguntas y pensando en decenas de teorías posibles con las que Seth conocía el estado civil de los dos. Aun así, corrió hasta sentarse en el asiento del conductor. Nerviosa, comenzó a buscar la dichosa palanquita. Mierda, ¡no la encontraba!

—Suele estar frente a tu mano izquierda, a la altura de tu rodilla —. Adele encontró la palanca y

tiró de ella, Seth abrió el capó—. Arranca —ordenó esa vez. Adele lo hizo—. Otra vez— pero aquello no hacía nada—. Joder —resopló Seth mientras toqueteaba.

—¿Estropeado? —sí, la pregunta era algo tonta. No estarían en esa situación si el coche funcionase bien.

Ya a su lado, Adele aprovechó para mirarlo. Conocía muy bien ese perfil. Aún con el paso de los años, seguía reconociendo al chico que se convirtió en su marido.

Y seguía luciendo igual de atractivo para ella. Con su nariz un poco torcida, su piel más morena que antaño. Con algunas arrugas de expresión también, su barba más masculina.

Pequeños detalles físicos que lo habían convertido en un hombre bastante más guapo de lo que lo había sido antes.

—Y jodido —Seth se secó la frente con el dorso de la mano y se enderezó—. Vas a tener que buscarte otro vehículo para marcharte.

—¿Marcharme? —ella acababa de llegar y se marcharía, sí, pero al día siguiente. Solo necesitaba que él le firmase los papeles que traía consigo. Y descansar un poco de tan largo viaje para poder realizar, otra vez, esa cantidad de kilómetros al volante.

Y que el coche funcionase, claro.

—Para que te largues por donde viniste —dijo él de malos modos, dejó caer el capó, haciendo que se cerrase y se giró, caminó hasta su coche—. Suerte.

¿Suerte? ¿Qué quería decir con eso de suerte?

Pues que se va, Adele, que se va y te deja aquí sola ¿es que no lo ves?, dijo la voz en su cabeza mientras Adele miraba cómo ese hombre le daba la espalda.

—¿Me vas a dejar aquí tirada? —exclamó ella, asombrada por lo maleducado que estaba siendo.

Pues como una colilla, sí. Además, ¿qué esperabas, Adele? ¿Que te tocara las palmas?, la voz de su cabeza haciendo notar su presencia de nuevo. La que no era Alisha, pero jodía como ella.

Las palmas no, pero ¡que le firmase el divorcio sí! Pero claro, si no quería y seguían casados porque él no había querido...

Joder, a Adele iba a darle algo.

—Mira, quizás así sabes lo que se siente —llegó hasta su camioneta y abrió la puerta, no sin antes limpiarse la cara de las pequeñas gotas de lluvia que estaban cayendo.

—Seth, espera —Adele lo agarró del brazo antes de que se sentara.

Seth miró esa blanca mano sobre su piel y levantó los ojos hasta encontrarse con los de ella. Con un movimiento nada sutil, se libró de su agarre.

—No me toques —le advirtió él.

Le quemaba la piel donde le había rozado.

—Lo siento —dijo ella con pesar—. ¿De verdad te vas y me dejas aquí? —joder, pues sí que estaba cambiado, ¿no? Tampoco es que le tuviese que poner una alfombra de flores, pero mierda, al menos comportarse con educación.

—Mandaré a alguien para que te ayude con el coche.

Porque Seth, lo único que quería era salir corriendo y no tener que verla más. Porque cada segundo que pasaba, más se fijaba en un nuevo detalle de esa mujer rubia que tanto había significado para él.

No solo su cara había madurado, su cuerpo era evidente que también había experimentado un cambio brutal.

¿Desde cuándo tenía el pecho tan...? Tan... ¡Joder! Habían crecido tanto como sus labios. ¿O eran así de siempre y él ni lo recordaba?

—Ya... Es que no solo necesito ayuda con el coche —carraspeó, nerviosa por cómo la miraba—. Vine aquí por ti.

Joder, Adele, no, que eso puede sonar a por él, ¡que es precisamente lo que has dicho!

“Vine aquí a por ti...”

Evidentemente, no en el sentido que a Seth le gustaría haber escuchado eso años atrás.

—Yo... Necesito el divorcio —repitió ella.

—El divorcio...

Sí, eso era lo que ella había dicho antes. El divorcio. Y él había preferido ignorarlo porque su mente no era capaz de entender de qué demonios estaba hablando y no quería saberlo. Bastante tenía con lidiar con las emociones de tenerla, de nuevo, tan cerca de él.

—Sí. Tengo los papeles preparados, solo tienes que firmarlos y...

—Firmarte el divorcio... —*respira, Seth*, se decía a sí mismo en su cabeza.

—Sí...

No, inspirar y espirar no iba a servir de nada.

Y Adele... Adele estaba alucinando sin entender por qué ese hombre no reaccionaba. Sabía algo,

¿verdad? ¡Y por eso no se sorprendía!

—¡¿Pero tú estás loca o qué te pasa?! —exclamó él, ni respirar ni mierdas, la situación apoderándose de su poca paciencia— ¡¿Qué divorcio ni qué ocho cuartos, Adele?!

Adele dio un pequeño salto hacia atrás por el susto, nunca lo había oído hablar así. Ahí tenía la respuesta a sus dudas. No, Seth no tenía ni idea.

Seth, notando cómo se desquiciaba, se pasó las manos por el pelo en un gesto de frustración.

Porque joder, todo aquello lo estaba superando.

Y cómo no hacerlo si además de tener que lidiar con el encuentro con esa mujer, la persona que no quería volver a ver nunca más, ¡ahora le hablaba de un divorcio!

¿Pero qué divorcio? Para que hubiera un divorcio tendría que haber un matrimonio ¡y ellos ya no estaban casados!

Adele, leyéndole la mente y comprendiendo que el pobre no entendiese nada porque a ella le había pasado exactamente lo mismo en su día, habló.

Y soltó la bomba.

—Aún estamos casados.

Seth sintió que todo se movía, el mundo se tambaleaba. Esa mujer se había propuesto volverlo completamente loco y ya os digo si no lo estaba consiguiendo.

Su sola presencia era suficiente para que Seth perdiese el norte. Y, si para colmo, le soltaba semejante bombazo...

—Mira, Adele. No sé qué haces aquí, no sé por qué volviste a este lugar y créeme cuando te digo que a estas alturas de mi vida me importa una reverenda mierda —su voz, grave, firme y segura. A Adele le dolieron esas palabras y el tono que empleó, pero, al parecer, era lo que iba a recibir de él. Y no podía culparlo, lo aceptaría—. Pero sea lo que sea, déjalo estar. Porque no tiene ni puta gracia, ¿me entiendes?

—Te entiendo más de lo que imaginas —ella suspiró—. A mí también me costó creérmelo. No, Seth —volvió a agarrarlo del brazo cuando él levantó las manos en señal de rendición y se giró para entrar en el coche. Adele lo soltó rápidamente al ver su cara de mala leche—. Te juro que es cierto.

—Adele... —la advertencia de él en su voz, podía dejar la bromita de una vez.

Adele lo miró a los ojos fijamente.

—Estamos casados.

—¿Qué me estás queriendo decir exactamente?

Adele tragó saliva, el tono de voz que Seth usaba no la ayuda a relajarse ni un poquito.

—Que tú y yo... Que nuestro matrimonio... Joder —resopló—. Que para la ley, sigues siendo mi marido.

Su marido...

Seth sentía que no podía respirar.

Como una broma macarra de la vida, la lluvia cayó sobre ellos sin control.

Capítulo 6

Lo intentaba, sabía Dios que él ponía de su parte, pero no era nada fácil. Porque aunque el aire entrase en sus pulmones, él seguía teniendo la sensación de que no podía respirar con normalidad.

—Seguimos casados.

Era como la décima vez que lo repetía desde que se montaron en la camioneta de Seth si Adele había contado bien. Era evidente que estaba en shock. Era para estarlo, ella lo entendía, había vivido lo mismo.

—No te estás quedando conmigo —repitió Seth por enésima vez también.

—No —dijo ella con seguridad, como había hecho antes de que la lluvia los empapase a los dos. Porque así estaban, completamente mojados.

Seth, al mojarse, le había gritado que cogiese su bolso y que se montase en su camioneta. Y se había desquiciado al tener que ir a ayudarla porque ella había cogido no solo su bolso, sino también la pequeña maleta que llevaba con los porsiacasos.

Eso sin contar el sobre que tenía en las manos mientras el coche circulaba.

—¿Pero adónde vas? ¡Está diluviando! —había exclamado él cuando tras ordenarle que se montase en el coche y hacerlo él, vio que ella lo había ignorado y había corrido hacia el suyo.

—¡No puedo irme sin mis cosas! —había gritado Adele.

Sus cosas eran una maleta nada pequeña. Seth maldijo al ver cómo intentaba cargar semejante muerto. Soltando de todo por la boca, se bajó de la camioneta y fue a ayudarla.

—Trae —le dijo de malos modos, cogiendo la maleta—. Y móntate... ¡¿Pero se puede saber adónde vas ahora?! —gritó al pleno pulmón cuando ella volvió a salir corriendo.

Seth fue hasta su coche, dejó el bulto en el maletero y la miró de muy mala manera cuando ella llegó hasta su lado con el maldito sobre en las manos.

—No iba a dejarlo ahí —ni iba a dejar la ventanilla abierta y el coche sin cerrar, ¿no?

—Métete en el maldito coche ¡ya! —gruñó Seth.

—¿Pero vamos a dejar mi coche ahí? —mierda, con lo que se inundaban esos caminos, que ella lo recordaba bien.

—¡Ya! —exclamó Seth, desquiciado.

Apretando los labios, molesta por las formas que usaba, pero haciéndole caso, Adele se montó en el coche. Seth hizo lo mismo.

Joder, esa mujer no llevaba ni dos minutos en su vida y no solo lo había puesto de muy mal humor, ¡sino que lo estaba volviendo loco!

—Menos mal que he cogido los papeles, sino...

—Jum —un sonido extraño salió de la garganta de Seth.

Adele carraspeó.

—¿Y qué va a pasar con mi coche?

—Con tu coche...

—Aja.

—Se va a quedar ahí abandonado, a ver si la lluvia lo ahoga ¡como tenía que haberte ahogado a ti!

—Pero bueno, ¿qué demonios te pasa? —Adele lo miró, enfadada. No tenía por qué comportarse así, ¿no? Había límites.

—¿Que qué me pasa? —Seth la miró de hito en hito, sin perder tampoco detalle de ese camino que estaba anegándose por la lluvia— En serio, Adele, ¿tú me estás preguntando qué me pasa?! Lo último que quería en la vida era volver a verte, ¡eso es lo que me pasa!

Sin poder evitarlo, el dolor y la tristeza se apoderó de Adele. Sus ojos se llenaron de lágrimas que él no vio porque ella giró la cabeza para mirar por la ventanilla del coche.

Adele tragó saliva y habló cuando creyó que podía hacerlo sin que le notase que aquello, por más que pudiese imaginarlo o esperarlo, le afectaba.

Y no le gustaba que eso ocurriera, pero ella tenía sentimientos. Y ellos un pasado.

Adele jamás lo había odiado, nunca le había deseado ningún mal. Intentó quedarse con lo bueno, intentó no odiarse a ella misma y lo dejó todo ahí, en un rinconcito de su memoria. Ahí se quedó durante años, como algo que vivió. Él había sido un error en su vida al que no iba a ver más y jamás había sentido nada malo hacia él.

¿Cómo hacerlo cuando él no le hizo daño?

Pero ella sí le lo hizo a él y más del que ella había imaginado. Solo había que ver el trato que estaba recibiendo por su parte.

—Yo tampoco elegí esto. Puedes odiarme si te da la gana y lo entiendo. Pero sigo siendo una persona y merezco respeto.

Le tembló la voz y una lágrima le cayó por la mejilla. Se la limpió rápidamente. Seth la miró al notar el temblor en sus palabras y en vez de sentirse bien, como había imaginado que ocurriría al devolverle un poco del dolor que ella le había causado, porque era lo que merecía, se odió a sí mismo.

Mierda, pensó Seth.

Se había pasado y le había hecho daño y él no era así.

—Adele, yo... —intentó disculparse.

Ella seguía sin mirarlo. Negó con la cabeza y levantó su mano para hacerlo callar.

—Firma ese papel y me marcharé, no tendrás que volver a soportar mi horrible presencia. No volverás a verme, tan simple como eso.

Con los dientes apretados, Seth se centró en seguir conduciendo.

El corto trayecto se le hizo a Seth larguísimo. Nunca, en toda su vida y mira que conducía por ahí a menudo, se le había hecho ese camino tan largo.

Adele no había vuelto a abrir la boca, solo miraba por la ventana, sus pensamientos en otro lado. Quería volver a casa, quería marcharse de aquel lugar.

Quería marcharse lejos de Seth.

Joder, no tenía que haber venido, pensó.

Cuando Seth paró el vehículo delante de su negocio, dejó salir todo el aire de sus pulmones, ambas manos sobre el volante, apretándolo con fuerza.

Miró al lado, hacia el enorme sobre que Adele tenía entre sus manos.

—¿Puedo? —preguntó y sin esperar a que ella respondiese, Seth lo cogió y lo abrió, sacando la documentación que había dentro y leyendo.

El acta de matrimonio, un acuerdo de divorcio.

—No entiendo, ¿cómo es posible? —Seth negó con la cabeza.

—No lo sé —susurró ella, ya más serena.

—¿Cuándo te enteraste? —Seth también intentaba hablar calmado, sin la hostilidad que había mostrado hasta el momento.

—Lo descubrí hace un par de días.

—Tiene que haber un error, Adele.

—Yo pensé lo mismo —por fin ella lo miró. Seth no pudo evitar observar sus ojos con

detenimiento. Y mierda, había llorado—, pero de camino hacia aquí, me pasé por el registro civil en el que se debió de registrar nuestro matrimonio y sigue vigente.

—Pero nosotros, tú y yo... —ese matrimonio hacía mucho que no debía de existir, joder.

—Lo sé, yo tampoco lo entiendo.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué no supimos antes de esto?

—Supongo que no tuviste que arreglar la documentación para volver a casarte.

Seth intentó que la sorpresa no se demostrase en su rostro. Ella tragó saliva, aquella situación era de todo menos cómoda.

—Eso significa que tú sí.

—Me caso en unos días —confirmó ella—. Por eso necesito...

—Joder —gruñó él.

Adele cerró la boca, no terminó la frase.

Seth dejó los papeles sobre el salpicadero, apoyó la cabeza atrás y cerró los ojos, sus dedos apretando el puente de la nariz, esperando relajarse. Lo necesitaba. ¡Porque iba a volverse loco!

Para ella tampoco era una situación fácil y habría preferido no tener que ser la que le diese esa noticia, que él hubiese pasado el shock solo porque era algo violento. Se habría ahorrado muchas malas palabras, por no hablar ya de las malas vibraciones de ese encuentro.

—Tenemos que hablar, Adele —Seth abrió los ojos, giró la cabeza y la miró—. Pero ahora no puedo, necesito un poco de aire.

—Pero no tengo mucho tiempo, yo necesito...

—Ya he entendido lo que necesitas —apretó la mandíbula, un extraño nudo en su estómago—. Me ha quedado claro que no tienes tiempo. Tampoco tienes coche —le recordó él—. Me encargaré de que esté arreglado lo más pronto posible. Y todo esto también.

—Gracias.

Seth asintió con la cabeza, aunque no tenía que dárselas. Lo hacía para perderla de vista de una vez, no porque quisiera tenerla cerca.

No, eso no lo quería. No quería ver, de nuevo, esos ojos con los que tantas veces había soñado. Esos ojos que parecían que lo miraban con cautela, ¿con temor? Dios, tan diferente a como lo habían mirado siempre. Y él se lo había buscado por cómo la había tratado.

Pero...

No quería mirar el rostro de la mujer que tanto daño le había hecho. Esa que, en aquel momento, lo hacía viajar al pasado, olvidar lo malo y recordar una de esas tantas noches cuando él la dejaba en la puerta de su casa, no sin antes besarla como si no existiese un mañana. Como si no pudiese separarse de ella. Porque no podía, ni quería. Porque ella era, en aquel entonces, todo su mundo.

Pero Adele ya no era esa mujer ni la historia entre ellos algo bonito que recordar.

Ella lo había destrozado y él la odiaba por ello.

Odiaba a su mujer. Joder, ¡ella seguía siendo su mujer! Increíble.

Y tampoco quería hacerle daño, no podría hacerlo.

Creyendo que iba a volverse loco, abrió la puerta del coche.

—Vamos —ordenó.

Seth cogió la maleta de Adele, ella con los papeles en la mano y su bolso, salió del coche y corrió tras él.

—¿Sigues trabajando aquí? —preguntó al ver el restaurante, conocía ese lugar.

—Sí, ahora es mío.

—Ah.

Y ya no dijo nada más. Adele tampoco.

Capítulo 7

Ella sonrió al entrar en aquel lugar. Vaya, sí que había cambiado todo aquello, nada que ver a como lo recordaba.

Sin perder detalle de nada, siguió a Seth hasta la barra.

—Tengo que dejar el restaurante atendido. Entonces buscaré al mecánico y solucionaremos todo esto —Adele asintió, conforme—. Puedes usar la ducha si quieres.

—Me vendría bien, gracias. ¿Puedo...? —señaló hacia donde se encontraba.

—Claro, ¿recuerdas dónde está?

Cómo no hacerlo...

—Sí.

Adele estaba ruborizada y no por el frío que le estaba provocando el haberse mojado con la lluvia. Sino porque los recuerdos vinieron a su mente.

—Bien, pues —carraspeó Seth, también algo incómodo cuando su cuerpo reaccionó a Adele.

Maldición, eso no tenía que pasar.

Pero había pasado. Desde que la había visto. ¿Acaso no lo habían puesto cardíaco sus labios? ¿Por qué, si no, su mal humor había aumentado tanto?

Que quisiera reconocerlo o no, ya era otro tema.

Y no, no quería hacerlo. Es más, se prohibía a sí mismo hacerlo.

—Pero bueno, hijo, me tenías preocupado —Phillip salió de la cocina a la misma vez que Adele desaparecía de la vista de Seth.

—¿Qué parte de ya estás jubilado y no debes de pasarte el día aquí es la que no entiendes?

—Ninguna de ella —era evidente que su hijo no estaba de buen humor y también que a él le importaba un pepino. No le afectaba en absoluto—. Además, con esta lluvia, sé que necesitáis ayuda.

Seth miró alrededor. Josh, el otro camarero, estaba atendiendo las pocas mesas que quedaban con el café de la tarde y entre los dos podían, en general, soportar el nivel de trabajo cuando comenzase a llenarse el lugar para la cena.

Generalmente no necesitaban a otro camarero más. Aunque ese día iba a ser diferente.

—Y no voy a quedarme en casa con la mantita, la estufita y viendo la televisión como los viejos
—continuó Phillip por si su hijo usaba la excusa de siempre de que no necesitaba ayuda.

Él se quedaría ahí por si acaso y punto.

—Pues deberías —Seth se preparó un café.

—¿Me estás llamando viejo?

—No, te estoy diciendo, como siempre, que necesitas cuidarte y lo sabes. Ya tuvimos un buen susto y no quiero ni recordarlo.

Phillip había estado ingresado y no las tenía todas consigo para seguir vivo. Por eso Seth era tan protector con él cuando de su salud se trataba.

—Estuve más p'allá que p'acá, lo sé. Pero no por eso voy a dejar de vivir.

Cabezota, pensó Seth. Sabía que poco caso le iba a hacer. Ninguno en realidad.

—El que va a terminar con la mantita y la estufita eres tú si no te quitas ya esa ropa.

—Ahora lo haré —*cuando se desocupe el baño*.

—Hazlo antes de coger una pulmonía, no podemos quedarnos sin el camarero principal con la que se nos viene estos días.

—¿La que se nos viene? —Seth no había entendido el comentario de Mario.

El guapo español salía de la cocina con un par de bandejas de comida en las manos. Las dejó en su sitio y le quitó el café de las manos a Seth para bebérselo él. Su amigo puso los ojos en blanco.

—¿No puedes hacerte uno tú? —refunfuñó mientras iba a prepararse otro.

—No —dijo tranquilamente—. Joder, estás empapado, deberías de tomarte algo caliente y cambiarte de ropa.

—Estaba en ello hasta que llegó un extranjero tocapelotas.

—Estos inmigrantes... —suspiró Mario dramáticamente.

Phillip rio, como siempre con ese chico. Seth miró al cielo pidiendo ayuda divina.

—Qué es eso de la que se nos viene —dijo Seth, volviendo al tema que los ocupaba.

—Lo de siempre, nos quedan un par de días de lluvias torrenciales y alerta por vientos huracanados. Nada que no vivamos a menudo —explicó su padre.

Seth enarcó las cejas. Mierda, eso podía significar que...

—Menos mal que tenemos de todo para abastecernos por si acaso pasa lo siempre —Mario,

resignado.

Oh, señor...

—No me jodas—a Seth le salió del alma, lo dio en voz alta, lo que le faltaba era eso. Más le valía al temporal esperarse unas horitas.

—No, yo no lo hago, en todo caso el temporal —rio Mario.

—¿Temporal? ¿Qué temporal?

Tanto Phillip como Mario miraron a la mujer que había hecho esas preguntas. Tenía el pelo mojado y venía de... Pero esa no era Sarah.

Giraron la cabeza rápidamente hasta Seth, este bebió tranquilamente de su nuevo café.

—Hola, Phil —sonrió Adele, reconociendo a ese hombre.

Phillip miró de nuevo a la chica, con el ceño fruncido, preguntándose quién era y por qué lo conocía.

Adele sonreía y a Seth le dolió el pecho porque esa mujer rubia se había convertido, con esa dulce sonrisa, en la chica que él tanto había querido.

Pero no era ella, ya no era ella y tenía que tener eso muy presente. No era la chica que amó, era la chica que lo dañó y esa debía estar lejos, muy lejos.

—Dios santo, Adele —sí, la había reconocido—. ¿Eres tú? —ella asintió con la cabeza— Pero niña, estás preciosa.

Y tanto que lo estaba, Seth no podía negarlo. La misma cara de siempre convertida en mujer. Como su cuerpo.

Sexy.

No, no vayas por ahí, se regañó a sí mismo.

—Gracias —Adele roja como un tomate, nerviosa.

—¿Adele? —Mario abrió los ojos exageradamente— ¿Esa Adele?

No sabía si estaba más sorprendido porque ella estuviese allí o por ver cómo era ella. Joder, las fotos no le hacían justicia. Claro que también habían pasado algunos años, pero madre del amor hermoso.

A Seth no le pasó desapercibido el interés físico de su amigo para con Adele y algo nada agradable se instaló en su estómago.

Algo que no eran celos. Él no sabía qué era, pero sabía que celos no. Porque él tenía prohibido,

también, sentir celos por ella. ¡Ni que fuese nada suyo!

Incluso así no tenía ningún derecho.

Y con todo esto claro, se acercó a su amigo y le dio un cate en la cabeza, por imbécil.

—¿Quieres un babero? —gruñó.

—Dios —consiguió decir Mario, completamente anonadado estaba. Carraspeó para volver a la realidad. Tenía que recordar quién era ella y el daño que le había hecho a su hermano del alma. Claro que eso no quitaba que la mujer fuese jodidamente preciosa. Una cosa no tenía que ver con la otra.

Adele se había vestido con un vaquero ajustado y desgastado y un jersey azul que marcaba sus curvas. Su pelo suelto, un poco ondulado, sin maquillaje.

Joder, preciosa, pensó Seth.

—¿Qué haces aquí, Adele? —preguntó Phillip.

—Se quedará aquí un rato —preguntó Seth, sin dejar que ella respondiese—. ¿Podéis cuidar de ella?

—Espera, Seth —Adele intentó hablar y decir que no se quedaría en ningún lado y que muchos menos necesitaba que la cuidasen, pero la ignoraron.

—Eh, sí, claro —le dijo a su hijo—. Cómo no —dijo Phillip, mirándola de nuevo.

—Bien —contestó él—. Tengo que solucionar un par de cosas y me llevarán algún tiempo—se giró para marcharse.

—Pero que yo no... —nada, que no le hacían ni puto caso. Adele resopló cuando volvieron a dejarla con la frase a medio terminar.

—Pero dime una cosa, Seth —su padre lo miró a los ojos y no le importó que ella estuviese allí—. ¿Qué significa esto?

Seth no sabía cómo explicarles lo que ocurría. Así que cuanto más directo, mejor. Su padre estaba enfermo del riñón, no del corazón, un susto como aquel no le haría daño.

Y Mario... Pues que se llevase también la sorpresa. A ver cómo reaccionaba.

Seth se encogió de hombros.

—Solo os estoy pidiendo que cuidéis a mi mujer.

Y joder, sonaba extraño. Era la primera vez que lo usaba y aunque fuese de broma, una rara sensación, nada negativa, se apoderó de él.

Mi mujer... Qué fuerte, pensó.

—¿A tu qué?! —exclamó su padre, no entendía nada.

¿Tu mujer?!, exclamó Adele en su mente.

¿No es eso lo que eres?, preguntó la voz de su cabeza.

Joder, sí, ¡pero no de esa manera!, le respondió Adele.

¿Entonces de cual, almacántaro?, resopló esa voz.

Sí, es lo que pensáis, Adele hablaba con ella misma, estaba como una puta cabra.

Mario no abrió la boca.

—Os lo explicaré cuando llegue. O mejor, que os lo explique ella.

Seth se giró, dispuesto a tomarse una ducha y a marcharse a ver si conseguía arreglar el lío en el que se había convertido su vida en la última hora.

Adele miró, con una forzada sonrisa, a esos dos hombres que la miraban con los ojos como platos, esperando una respuesta a la sorpresa que se habían llevado con la bomba que Seth les había soltado.

Y fue tras él.

—Seth, espera —aun sabiendo que no quería que lo tocara, lo agarró del brazo y lo soltó rápidamente cuando él se paró y miró su mano sobre su piel. Adele carraspeó, regañándose a sí misma—. ¿Vas a dejarme aquí?

—Sí —fue su respuesta rápida, simple y escueta.

—Pues va a ser que no —Adele frunció el ceño, Seth enarcó las cejas—. ¿No íbamos a arreglar...?

—Y eso haré.

—No —ella negó con la cabeza—. Eso haremos.

—Haré, Adele, haré. Primera persona del singular en la que solo se me incluye a mí mismo. Tú te quedas aquí, tranquilita.

Adele juntó sus cejas aún más. Y una mierda se iba quedar allí.

—No he conducido horas, sola, para que ahora tú no me dejes solucionar mis problemas.

—También son mis problemas, por si no lo recuerdas.

Eso también era verdad.

—Iré, Seth.

—Está lloviendo a mares.

—Y es mi coche el que hay que rescatar. También es mi divorcio el que hay que firmar y por si aún no lo entendiste, es mi vida, también, de lo que se trata.

—Adele... —le advirtió.

—Sé que tienes ganas de perderme de vista y créeme, a mí no me hace mucha más ilusión estar aquí. Por eso cuanto antes terminemos, mejor. Así que, ¿nos vamos ya?

Seth miró al cielo, lo que le faltaba era tener que hacer todo eso con ella. ¿No se daba cuenta que no quería tenerla cerca? Sería todo más rápido y llevadero si él lo hacía solo.

—Nos iremos en cinco minutos —refunfuñó, cediendo—. Me daré una ducha rápida, aprovecha y te tomas un café.

—Vale —sonrió Adele.

Y maldiciendo por lo que le gustaba, aún, verla sonreír, Seth marchó hacia el baño.

Dando saltitos como si fuese una niña pequeña, Adele llegó hasta la barra y se sentó en uno de los taburetes. Phillip y Mario se habían girado y la miraban.

—¿Podría tomar un café?

Sin mediar palabra, Mario se puso a ello.

—Adele —ella miró a Phillip cuando la nombró—. Sácame de dudas porque puede darme algo. ¿Qué ha querido decir Seth?

Adele torció el gesto, sus labios en un mohín.

—Esto... Nosotros... —un carraspeo— Seguimos casados.

—¿Casados de casados?

—Casados de legalmente casados.

—Oh, Dios —gimió Phillip—. ¿Pero cómo?

—No lo sé —suspiró Adele—. Créeme, yo tampoco sé cómo eso es así.

—¿Estás queriendo decir que, oficialmente, tú sigues siendo su mujer?

—Aunque no me guste la idea, sí —afirmó ella, mirando al señor que tanto cariño le había tenido siempre.

—Estoy seguro de que a él le gustará menos —dijo Mario, de mala manera, dejando la taza de

café sobre la barra, delante de Adele.

—No nos han presentado —Adele intentaba ignorar el tono hostil de ese hombre y ser simpática.

—Tampoco es necesario, sé bien quién eres.

—Mario —resopló Phillip.

—Soy Adele —ella lo seguía intentando—. ¿Entonces tú eres Mario?

—Soy alguien que nunca le haría daño a la gente que quiere. Claro que para ser así, hay que querer de verdad, ¿no crees?

Y tan pancho por haberle soltado eso a la guapísima rubia que había jodido la vida de su amigo casi hermano, entró de nuevo en la cocina.

Mejor desquitarse descuartizando un pollo.

—Discúlpalo, él es algo protector cuando se trata de Seth.

—No pasa nada —una media sonrisa en los labios de Adele—. Lo entiendo. Seth siempre tuvo buenos amigos.

Eso era así, todos lo ayudarían a esconder un cadáver de ser necesario. Seth tenía ese efecto sobre las personas, quien lo conocía, lo adoraba.

Había sido así en el pasado y parecía que ese don aún seguía siendo parte de él.

Por eso entendía, en parte, la acritud de ese chico hacia ella. Pero por otra no, porque ella no quería hacerle daño, nunca había buscado eso.

Pero, al parecer, lo había hecho y la odiaban por ello.

Como si ella no hubiera sufrido con lo que ocurrió.

—¿Qué haces aquí, Adele? ¿Por qué has vuelto?

Las preguntas de Phillip esperando respuestas. Ella iba a dárselas.

—Para solucionar lo del matrimonio, solo quiero que Seth me firme el divorcio y me iré.

—El divorcio... No me puedo creer que esto esté pasando.

—Hasta hace dos días yo tampoco —qué bien le estaba sentando el café—. Para mí también fue un shock.

—¿Te enteraste hace dos días?

—Sí y casi me desmayo —resopló.

—¿Y cómo fue que pasó?

—Me caso en dos semanas —explicó ella, mirándolo. Phillip la escuchaba con atención—. Me llamaron del registro civil y pensé que era para darme los papeles que necesitaba entregar para la ceremonia. Pero me llevé esta sorpresa —un suspiro lento—. Yo pensaba que Seth y yo... —carraspeó— Solo quiero que me firme el divorcio y volver a casa. Nada más —dijo con sinceridad.

Pero eso no iba a ser así, Phillip estaba seguro de ello. Porque la vida no hacía esas cosas si no esperaba algo. Quizás ellos no lo vieran o no lo aprovecharan, pero si ella estaba allí era por alguna razón.

La vida tenía sus motivos para ponerlos en esa extraña situación.

—¿Nos vamos? —la pregunta en un tono de voz fuerte y serio venía de Seth. Había escuchado el final de la conversación entre su padre y Adele y no sabía por qué, había algo que no le gustaba.

Terminando su café, Adele asintió con la cabeza.

—¿Y eso? —preguntó mientras cogía lo que Seth le ofrecía.

—Póntelo, lo necesitarás.

Era un impermeable que la taparía por completo. Y con la que estaba cayendo ahí fuera, como para no ponérselo.

—¿Podrías ayudar en el restaurante hoy? —le preguntó Seth a su padre.

—Claro que sí, no te preocupes —confirmó Phillip.

—Gracias —un apretón al hombro y le hizo señas a Adele para que caminase delante de él. Esta lo hizo, no sin antes despedirse con la mano de Phil.

Iba peleándose, aún, con el chubasquero.

—¿No estás exagerando, Seth? —preguntó ella— Con un paraguas sería suficiente.

—Póntelo y cállate —resopló este.

Castigo divino era lo que tenía la vida preparado para él al parecer.

—Tranquilo, me perderás de vista en un rato. Podrías intentar, hasta entonces, ser un poco menos estúpido —refunfuñó ella.

Phillip los observó con detenimiento, después de tantos años, los dos juntos de nuevo.

Y parece que algunas cosas nunca cambian, pensó, alucinando con todo aquello.

Era evidente para él que lo que sí iba a cambiar era la vida de su hijo, que ya no volvería a ser la misma.

Lo que no sabía era si para mejor o para peor. Dependía de las decisiones que tomaran los dos.

Habría que esperar para verlo.

Tiempo al tiempo.

Capítulo 8

—¿Puedes hacerte cargo de él?

El mecánico, con las manos en las caderas, resopló ante la pregunta de Seth.

—Te dije que un paraguas sería mejor —Adele se había acercado a Seth para hablar en un susurro. Y es que el pobre del mecánico estaba empapándose—. Y a nosotros no nos habría venido mal unas botas de agua, ya que estamos, porque tengo los pantalones mojados hasta la rodilla. Y este pobre hombre...

—Adele...

—Adele no, que se está mojando, ¿no te da pena? Pobre.

Seth la miró de mala manera.

—Algunas cosas no cambian —rio el hombre y sonrió aún más al ver la curiosidad en el rostro de ella—. Sabía que no me reconocerías, es normal. Pero tu cara sigue siendo la misma, Adele, sabría quién eres a kilómetros. No has cambiado nada.

Hombre, a ver, nada, lo que se dice nada... Ya podía decir Seth que eso no era cierto. Y si lo decía él que era el que mejor la conocía del pueblo, es que era así.

Y no había que recordarle que tardó en reconocerla, fue porque su mente le jugó una mala pasada.

Adele, mirando al mecánico con curiosidad. Esa frase...

—¿Charlie? —Adele abrió los ojos como platos— Oh, Dios mío, ¿no me lo puedo creer! —él abrió los brazos y ella lo abrazó, mojando al pobre chico aún más.

Charlie reía y Seth estaba maldiciendo a todo ser celestial que existiese.

—No pensé que te vería aquí de nuevo.

—No lo pensaba ni yo —rio Adele—. Increíble, Charlie, no eres el mismo —con las manos en los antebrazos de él, Adele se separó y lo miró de arriba abajo.

—Bueno, cuarenta kilos menos, se notan.

—Madre mía, estás estupendo.

¿Estupendo? ¿Estupendo?! Seth alucinaba.

Y tan estupendo. Adele podía dar fe de ello. El hombre no estaba nada mal.

—Muy estupendo, sí. Peri tú lo estás mojando, ¿no que tanto te preocupaba eso?

Seth, sin saber por qué estaba de tan mal humor además de porque esa mujer, con su sola presencia lo ponía así, la cogió por el brazo olvidando que no quería sentir su contacto y tiró de ella, separándola de Charlie.

—Ay, bruto —se quejó Adele.

Y soltándose de su agarre, corrió y abrió una de las puertas traseras del coche, cogió un paraguas y lo abrió, llegando hasta Charlie y cubriéndolo con él.

—Puede aguantarlo él solo —gruñó Seth.

Adele lo ignoró.

—Lo que yo decía, no cambian —rio Charlie, negando con la cabeza.

Quería el chisme completo de qué hacía ella allí. Y con Seth, nada menos. Se enteraría, vaya si lo haría.

—¿Puedes arreglarlo o no? —preguntó Seth de muy mala manera.

Adele suspiró. Desde luego, nada que ver con el chico que ella había querido, este tenía un humor insoportable. Y le daba igual si ella era la razón, él debería de saber separar las cosas, ¿no?

Era parte de la inteligencia emocional de la que él carecía.

—Me llevará unos días, pero sí.

—¿Unos días? —Adele lo miró, horrorizada— Vale, el mecánico eres tú, tú sabrás. Por cierto, nunca me imaginé que eligieses esa profesión. ¿Te acuerdas cuando de más joven odiabas ayudar a tu padre en el taller? —Adele rio— Qué tiempos aquellos.

—Adele —resopló Seth, ya se iba a ir por las ramas. Le estaba demostrando que seguía estando mal de la cabeza y que seguía hablando más de la cuenta y de cosas sin importancia en los momentos menos oportunos.

—¿Qué? Solo recordaba. Volviendo a mi problema...

—Y al mío —dijo Seth, pero ella lo ignoró.

—¿Qué es eso de unos días? ¡¿Has dicho unos días?!

Señor, dame paciencia, suspiró Seth.

—No tenemos unos días, tiene que irse mañana mismo —explicó Seth.

—Es un problema de la transmisión, Seth.

—¿Qué es eso? —preguntó Adele.

—No es una rápida reparación que pueda hacer en dos horas, tengo que desmontar el motor.

—Te puedo pagar las horas extra —le dijo ella—. Lo que sea. Porque Seth tiene razón, tengo que irme lo más pronto posible, no me importa lo que me cobres por tu trabajo, de verdad.

—Esa no es la cuestión. Incluso aunque trabajase horas y horas sin descanso, no podrías salir de aquí mañana por la mañana.

—¿Por qué no? ¿El coche tiene que guardar algún tipo de cuarentena después del arreglo o qué? Charlie soltó una carcajada.

—No que yo sepa. Los que vamos a guardar cuarentena de dos días, mínimo, somos nosotros.

—Joder, no —gruñó Seth.

Mierda, había estado tan enfrascado en sus cosas que ni se había acordado del maldito temporal.

—El río puede desbordarse, el acceso al pueblo está cortado hasta nueva orden —explicó el mecánico.

Entonces Adele entendió a qué temporal se referían con la conversación del restaurante.

—No me jodas —repitió Seth, se pasó las manos por el pelo y miró a Adele.

—¿Qué quieres decir con cerrado? —preguntó ella, temiendo estar entendiendo lo que no podía ser.

—Las últimas semanas ha llovido lo que suele llover en un año aquí. El río ya estaba casi a rebosar y con la que está cayendo desde hace un par de horas... —señaló la lluvia que caía sobre ellos— El río está a punto de desbordarse. Hasta que consigan controlar que eso no ocurra, el único acceso al pueblo que tenemos estará cerrado.

—¿Cerrado de cerrado?

—Cerrado de no podrá entrar ni salir nadie, sí —confirmó Charlie.

—Joder —Adele resopló, aquello no podía ser—. Pero durará poco, ¿no? Quiero decir, no se puede mantener un lugar incomunicado mucho tiempo, ¿verdad?

—Esperemos —bufó Seth.

—La vez anterior fueron dos días, no demasiado —dijo Charlie.

—¿¡Dos días?! —a Adele iba a darle algo. Miró a Seth, horrorizada— ¡No puedo quedarme aquí dos días!

Como si él no lo supiera...

—Pues va a ser que no te queda de otra. Además, así me dará tiempo a arreglarte el coche.

—¿En dos días? ¿Me estás diciendo que no tendré mi coche disponible ni podré irme de este lugar

hasta dentro de dos días?

—Como mínimo, sí —afirmó Charlie.

Joder, ¡lo que me faltaba!

Adele miró a Seth, por su cara era evidente que a él tampoco le había gustado la noticia.

—¿Entonces qué? ¿Me llevo el coche con la grúa o no?

Adele gimió. Tenía la sensación de que aquello era el comienzo del desastre.

Capítulo 9

—Te estás riendo de lo lindo, ¿verdad?

Seth miró, como pudo, hacia donde señalaba Adele. Terminó bajando la cabeza rápidamente porque con la lluvia, mirar al cielo era jodido.

Se limpió la cara de agua con las manos y observó a Adele. Miraba al cielo, los ojos cerrados con fuerza y refunfuñaba como podía. Lo raro era que no se ahogara.

—¿Se puede saber qué haces?

Adele centró la cabeza, abrió los ojos y miró a Seth.

—Maldigo, Seth, maldigo —gruñó.

—Ah —*como una cabra*, pensó Seth, *sigues estando como una cabra*—. ¿Te importa terminar de maldecir en el coche? Te lo digo porque no me apetece morirme de pulmonía y eso es lo que vamos a coger aquí si no nos vamos de una vez.

Ella pestañeó un par de veces y su mirada cambió, como si hubiese vuelto a la realidad.

—¿Ya se llevó el coche?

Seth puso los ojos en blanco.

—Hace como diez minutos, sí. Te habrías dado cuenta de no estar paseando bajo la lluvia como si fueses una loca y hablando con Dios sabe quién.

—Con Dios, si es que existe.

—Como si me importara si existe o no, Adele —refunfuñó él.

—No, quiero decir que hablaba con Dios. O con quien sea que esté allí arriba.

—Pues pídele un poco de paciencia para mí —esperó a que ella dijese algo o se moviese, pero nada—. ¿Nos vamos? —la apremió, moviendo las manos para adelante y para atrás.

—La paciencia para mí —pidió, mirando al cielo de nuevo.

La madre que la parió, pensó Seth. Iba a volverlo loco.

Montados ya en el coche, Adele apoyó la cabeza en el cristal y miró la lluvia cayendo, mojando ese lugar donde iba a tener que estar más tiempo del que le gustaría.

No era eso lo que ella había planeado que ocurriría cuando tomó la decisión de coger su coche y conducir los cientos de kilómetros que la llevarían hasta la persona que podía arreglar el mayor

problema de su vida.

Ella tenía todo en su cabeza, con un margen de error, por supuesto, todo organizado en su mente. Llegaría, se presentaría ante él, le explicaría, le daría un bolígrafo para que firmase el divorcio y adiós forever and ever.

Y ahí estaba, sentada en la camioneta que él conducía, con su coche averiado, con el pueblo casi inundado y sin poder salir de aquel lugar hasta saber cuándo.

El sol poniéndose, creando una visible metáfora de cómo su mundo, en las próximas horas, se vería negro, muy negro.

Seth no sabía qué estaba pensando Adele, pero podía hacerse una idea. Lo que sí conocía bien era la maraña que creaban sus propios pensamientos en su mente.

Esa mujer había llegado hacía ¿cuánto? ¿Tres o cuatro horas? Y había puesto su mundo patas arriba.

No solo lo había dejado medio loco con su presencia, sino que aparecía con la bomba del matrimonio entre ellos.

Y como si eso no fuera suficiente, ahí estaba, con ella, teniendo que aguantarla sin saber hasta cuándo.

—Adele —estaban llegando al restaurante cuando Seth habló.

—Hmmm... —ella ni siquiera se movió, su cuerpo laxo, su mente intentando seguir centrada.

—No me has dicho dónde tienes planeado pasar la noche.

Él la miró de reojo, ella se encogió de hombros.

—Ya se me ocurrirá algo.

—¿Qué quieres decir con que se te ocurrirá?

—Donde iba a pasarla está ahora mismo en una grúa, así que...

A Seth no le llegó la mandíbula al suelo de milagro.

Capítulo 10

—¿Ibas a pasar la noche en el coche?! —estalló Seth cuando aparcó la camioneta.

Adele, sin alterarse por su mal humor y su forma de hablarle, se giró un poco y lo miró.

—Sí —dijo simple y llanamente.

—¿Estás loca o qué?! —otra vez a gritar.

En realidad solo estaba bromeando. Ella tenía alquilada una habitación en un motel en el pueblo de al lado, pero era evidente que no podría ir.

Estaba usando la ironía, pero Seth no lo veía. Y a ella se le estaban empezando a hinchar los ovarios.

—Pero bueno, ¿qué demonios te pasa?

Adele ya se estaba empezando a cansar. Había tenido paciencia, había intentado entender, en todo momento, cómo su simple presencia podía afectar a Seth y a su humor. Pero joder, ya se estaba pasando de la raya.

—¿Qué me pasa? ¡¿Qué me pasa?!

—Sí, ¡¿qué te pasa?! —*joder, tanto chillar y hablarme mal*, pensó.

—Qué me pasa, preguntas... ¡Tú me pasas! En un coche, Adele, ¿ibas a dormir en un coche? Joder, ¿ni siquiera se te ocurrió alquilar una habitación en algún motel?

—¿Y de qué me serviría ahora mismo, Einstein? Si no se puede salir de esta mierda de pueblo y ¡aquí no hay ninguno! —explotó ella, había llegado al límite de su tolerancia.

—Esa no es la cuestión —refunfuñó él—. La cuestión es que estás loca, ¡como una cabra!

—Sí —dijo de nuevo ella—. Y si no llego a estar así, ¡ni te enteras de que sigues casado, imbécil! —abrió la puerta del coche de mala manera y bajó de un salto— No sé por qué te molesta tanto lo que yo haya decidido o no hacer, no soy tu problema. No tienes que hacerte cargo de mí —lo miraba con rabia—. Lo único que tienes que hacer es bajarte de ese jodido coche, firmarme el divorcio y olvidarte de que existo. No es tan difícil, ¿verdad? ¡Pues hazlo ya, joder, que quiero irme!

Adele cerró de un portazo. Seth, tras maldecir, se bajó de la camioneta. Cogió a Adele del brazo justo antes de que entrase en el restaurante.

—¿Irte adónde, Adele? ¿O no te das cuenta de que no puedes? No, no te das cuenta de nada,

¿verdad? Pero si viniste hasta aquí sola, conduciendo. ¡Ya con eso se sabe que no estás bien de la cabeza!

—¡¿Y qué mierda tiene que ver eso ahora?!

—Sola, ¡viniste sola! ¿Cómo mierda te permitió tu prometido hacer algo así? Porque soy yo y te ato, te lo juro por Dios.

Por eso no eres tú, pensó ella, pero no lo dijo porque estaba a punto de explotar cual olla a presión.

—¡Soy una mujer libre y hago lo que me sale de los mismísimos ovarios! —exclamó, encarándose con Seth, las manos en sus caderas.

—No se trata de eso, pedazo de loca. Sino de que nadie debe de viajar tantos kilómetros solo. ¿O no lo aprendiste al ver cómo el coche te dejaba tirada? ¿Por qué no vino tu novio contigo? Porque debe de estar que se sube por las paredes al saber que después de todo, ¡no puedes volver a casa!

—¡¿Qué te importa?! —no tenía paciencia ninguna en ese momento— No es tu problema. ¡No soy tu jodido problema! Como si me ahogo, ¿no? —la rabia saliendo de cada poro de su piel, usando lo que él había dicho unas horas antes. Seth apretó los dientes. Ella solo quería terminar con todo aquello de una vez. Intentó apelar a la tranquilidad porque menudo espectáculo estaban dando, menos mal que no había nadie fuera del lugar. Tenía que respirar y relajarse— Por favor, Seth. Solo firma esos papeles y olvídate de mí —se soltó de su agarre y suspiró, muy cansada—. Voy por ellos —lo había dejado, junto con sus cosas, en un mueblecito que había en un pasillo del bar, cerca del baño.

Seth la dejó marchar, se pasó las manos por el pelo, frustrado, agobiado y muy enfadado consigo mismo por perder el control de esa manera.

Adele entró en el restaurante y fingió normalidad. Comenzaba a haber gente y seguramente ella conocía a muchos de los que había allí, pero no iba a pararse a observar a nadie.

Solo quería coger sus cosas, coger el jodido sobre para que Seth firmase el divorcio y marcharse de ese lugar.

¿Dónde? Ya vería. Porque tampoco es que conservase amistades ni tuviese confianza con nadie. Triste, ¿no? Porque mucha gente de ese pueblo había formado parte de su vida en el pasado.

—Pero chica, ¡te vas a enfermar! —exclamó Phillip al verla pasar.

Adele estaba completamente mojada, chorreaba agua. Para sentarse en el coche se había quitado el impermeable y con el enfado y la pelea bajo la lluvia que acababa de tener con Seth...

—Estoy bien, no te preocupes.

—Sí, ahora. Pero a ver si tus pulmones siguen igual en un rato. Anda, ve a darte una ducha de agua caliente, te tendré preparado un buen caldo para cuando salgas.

—No es necesario, Phil —ella estaba desganada—. Tengo que irme.

Él se había dado cuenta de ello. Como de que algo había ocurrido con Seth. Su hijo acababa de entrar en el local y su cara lo decía todo. Se acercaba a ellos.

—Lo harás. Pero seguro que te apetece algo calentito—sonrió él, comprensivo.

—De lo único que tengo ganas es de que me firme esos papeles e irme de aquí —la sinceridad de Adele, presente. La tristeza también en ella.

—Lo imagino —Seth casi llega hasta ellos—. Pero no lo harás sin estar bien alimentada. Anda, ve a por esa ducha caliente antes de que enfermes.

Con un suspiro, Adele le hizo caso.

Phillip agarró el brazo de su hijo antes de que él cogiese el de Adele para pararla.

—Déjala —ordenó.

—Tengo que hablar con ella.

—No parece tener muchas ganas de hablar. Y por la cara que traes, tampoco creo que contigo se pueda dialogar.

—Conmigo se puede hablar perfectamente. Estoy bien.

—Sí, ya lo veo —ironía.

—Solo he tenido un día de mierda desde que me levanté y terminé con Sarah para acabar encontrándome con esta loca, ¡pero estoy bien!

—¿Terminaste con Sarah? —su padre sabía que aquello no llegaría a nada, como la mayoría de la gente. No le cogió por sorpresa. Demasiado tiempo había durado Seth con ella.

Sarah era una buena mujer, pero no la indicada para su hijo.

Seth puso los ojos en blanco.

—Esta mañana, pero eso no importa ahora. Tengo que hablar con Adele.

—Que no, Seth —volvió a impedirle el paso—. No parece estar bien, así que déjala.

—Joder —resopló él, su padre lo miraba atentamente—. Está bien, esperaré.

—Bien. Y mientras lo haces, ¿por qué no me explicas qué es lo que está pasando?

—Papá —Seth miró al techo, no le apetecía en lo más mínimo.

—Ahora, Seth —era una orden, no iba a librarse.

—No es nada, solo discutimos —su padre enarcó las cejas—. ¿Qué esperabas después de lo que me hizo?

—Esperaba precisamente lo que está pasando, nada más verla aquí supe que todo esto te iba a superar.

—Claro que me supera, joder —las manos por su pelo mojado—. Mejor que nadie sabes que no quería verla.

—Supongo que para ella no ha sido tampoco fácil venir hasta aquí y plantarte cara. Y no —lo paró cuando fue a hablar—. No importa ahora quién tuvo la culpa de qué, ser adulto es reconocer que ella, por la parte que le toca, tampoco debe de estar pasándolo bien. Empatía, Seth.

—Una mierda voy a tener empatía cuando casi me mata —gruñó él.

—Eso lo hiciste tú solo, fuiste tú el que cayó en el pozo.

—Ella me empujó —le recordó Seth.

—No, ella te dejó. Lo demás fuiste tú con tu dolor y tus emociones.

Seth se estaba enfadando, como siempre que su padre hablaba de eso. No estaba, para nada, de acuerdo con él.

—No voy a entrar en una discusión contigo.

—No quiero discutir, hijo. Solo quiero que esto no te afecte tanto. Bájale algunos puntos a ese enfado, no te hace bien.

—En el coche, papá. Iba a dormir en el maldito coche —gruñó, sacando lo que en ese momento lo había llevado al límite—. Después de conducir horas, sola —gruñó—, ¡iba a dormir en el coche! ¡Está loca! —exclamó, sin importarle que alguien más lo escuchase.

—¿Y a ti qué te importa? ¿Eh? —preguntó Phillip— ¿Cómo era eso? Ah, ¡sí! Ella podía estar muriéndose que no te levantarías para ayudarla.

—Joder, papá. Es solo una expresión, no le negaría mi ayuda a nadie.

—Lo sé —su padre, calmado—. Y a ella menos que nadie, ¿verdad? —puso su mano sobre el hombro de su hijo— Porque al fin y al cabo, es tu mujer.

Y con esa frase que sintió como una patada en las pelotas, Seth se quedó allí, solo.

Sin querer pensar en ello.

Capítulo 11

—Mario es buen cocinero, te va a encantar —Phillip dejó un plato de sopa sobre la mesa que había preparado para Adele, la bebida también.

Ella se había sentado ahí después de la ducha, ni tiempo le había dado a coger el móvil que llevaba toda la tarde ignorando, porque ni tiempo había tenido ni se había acordado de él, cuando Phillip apareció.

—¿Seguro que lo puedo comer? A lo mejor sabe que es para mí y está envenenado.

Phillip rio y negó con la cabeza.

—Puedes estar tranquila, la he probado antes de servírtela. Y ya me ves, aún no morí.

—Entonces la tomaré —sonrió Adele. Cogió la cuchara y eso hizo. La verdad es que ni cuenta se había dado del hambre que tenía hasta que comenzó a llenar su estómago—. Pues sí, está buenísima.

—Verás cómo la carne en salsa que te traerá ahora te gusta más —Phil le guiñó un ojo.

Con una sonrisa, Adele siguió comiendo. Sintió la mirada de Seth sobre ella y levantó la cabeza hasta que se encontró con sus ojos. él seguía serio, enfadado. Con ropa ya seca y su pelo mojado, había salido de la ducha de no muy buen humor.

Aunque guapo, eso no podía negarlo. Tenía algo muy varonil, algo diferente a los hombres que ella conocía. Ese rostro duro, marcado. Ese espeso y ondulado pelo que solía llevar de todas maneras menos peinado.

Su nariz fina que le daba más seriedad a su rostro.

A lo mejor era un conjunto de todo lo que le daba a Seth esa aura tan magnética. O a lo mejor era la oscuridad que desprendía hacia ella lo que la llamaba así. Porque lo oscuro atrae, ¿no?

—¿Tú no me odias? —preguntó Adele, mirando a Phil. Sus ojos como los de su hijo, pero su mirada muy diferente.

—¿Odiarte? ¿Por qué habría de hacerlo?

Ella se encogió de hombros.

—Le hice daño —eso era evidente.

—Sí lo hiciste —confirmó él—. Pero no, no te odio.

—Gracias —dijo ella, emocionada porque alguien en ese lugar no fuese hostil con ella.

—Mario tampoco lo hace, solo protege a su amigo.

—Supongo.

—Él tampoco te odia, Adele —era evidente a quién se refería.

—No, eso se queda corto —Adele rio, no pudo evitarlo.

—¿Ahí están los papeles? —Phil señaló al sobre que Adele tenía sobre la mesa.

—Sí, una firma de Seth y no tendrá que verme nunca más. Podremos olvidar esta mala broma del destino. Pronto acabará todo.

Phillip no habló porque, para él, las cosas no iban a ser tan sencillas.

Seth miraba cómo su padre y Adele hablaban y reían. Y no pudo evitar que los recuerdos inundaran su mente.

—Si no supiera de buena tinta cuánto la odias, hasta podría pensar que aún sientes algo por esa mujer —Mario, saliendo de la cocina con un plato en la mano, se paró al lado de su amigo.

—No digas estupideces.

—No lo son. Estás embobado, Seth.

—Solo estaba pensando —este se movió y comenzó a ordenar cosas detrás de la barra.

—¿Firmaste ya el divorcio?

—No, no me dio tiempo, ahora lo haré.

—Ya...

—¿Qué quieres decir con ese ya? —Seth lo miró de mala manera.

—Nada, tío, solo era una expresión. Estás demasiado susceptible, ¿no?

Más de lo que nadie podía imaginar.

—Lo siento —se disculpó—, todo esto me supera.

—Lógico, me pasaría igual. No entiendo por qué no mandó a alguien en vez de venir ella personalmente.

—Le gusta hacer las cosas por ella misma, no se suele fiar de la gente.

—Olvidaba que la conoces bien.

—¿Qué quieres, Mario? —enfrentó a su amigo.

—¿Yo? Nada. Solo no verte sufrir de nuevo.

—Se marchará pronto y olvidaremos este encuentro —o eso esperaba él.

—Por tu bien, eso espero.

Seth también lo esperaba.

—¿Y eso? —preguntó Seth, mirando el plato de carne que su amigo tenía en la mano, cambiando el tema.

—Tu padre lo pidió para ella.

—Recuerda lo que le gusta comer.

—Como tú, ¿no? —los malos modos en su voz.

—Oye, ¿qué te pasa? —Seth frunció el ceño.

—Nada, amigo, solo no quiero verte sufrir.

—No lo haré. Y, además, fuera así o no, ella no merece un mal trato —ahí estaba abriendo los ojos, las palabras de su padre haciendo mella en él—. A ti no te hizo nada, no tiene que condicionarte mi vida, Mario. No es una mala mujer.

Mario pensó en eso y sabía que su amigo tenía razón. Se había dejado llevar y se había comportado como un crío. Y él no era así, nunca trataba a nadie de esa manera tan desagradable.

—Tienes razón. Lo siento, Seth.

—Conmigo no tienes que disculparte, amigo. Seguramente yo habría actuado igual por inercia.

—¿Como idiota?

—Como imbécil —rió Seth.

—A ver si le gusta —le guiñó un ojo a su amigo—. A mis clientes lo mejor.

—¿A quién no le gusta tu comida? —sonrió Seth.

—A ti, quejica —resopló Mario haciendo reír a Seth porque era verdad, no solía comerse la mayoría de cosas que Mario cocinaba porque él era algo... Delicado—. No eres delicado, Seth —dijo Mario, leyéndole la mente—. Eres porculero, que no es lo mismo. A ver si tu mujer es más inteligente que tú —le guiñó un ojo, ahí llevaba un buen puñetazo imaginario directo al estómago. Se lo merecía por despreciar su comida.

Su mujer...

Sobre ella tenía puestos los ojos en ese momento. Vio cómo la risa se le cortó cuando vio llegar a Mario y odió a su amigo en ese momento por hacerla sentir incómoda.

Mario puso el plato delante de ella después de quitarle el que tenía y algo dijo después de que su padre hablase para que Adele levantara la cabeza y mirase al cocinero rápidamente. Entonces una gran sonrisa se formó en el rostro de ella y Seth sintió algo en el pecho.

—¿Por qué no me dijiste que le encanta el chocolate blanco? —dijo Mario mientras se acercaba a Seth— ¡Por fin alguien como yo! ¡Marchando una bomba blanca! —dijo, cantarín, nombrando su postre favorito.

Seth suspiró, ya se lo había ganado. Increíble pero cierto. Porque era cosa de ella, además de que Mario dejase a un lado su acritud y abriese un poco la mente. Y se comportase como un adulto justo.

Y es que Adele siempre había tenido ese poder con la gente, pero ella nunca lo había sabido. Tenía algo especial, irradiaba algo especial.

Eso hizo que él se enamorase de ella hasta el punto de querer morir cuando ella se marchó.

Y ahora estaba ahí solo por un fugaz momento, porque volvería a irse. Pero esta vez él sabía cómo serían las cosas.

Esta vez, él estaba de acuerdo con el destino de su mujer.

Su mujer, ¡joder!

Capítulo 12

—¿Adele?

—Hola, Ali.

—¿Hola? ¡¿Hola?! Mira, me voy a cagar en la leche que tragaste de pequeña, seguro que estaba cortada y te jodió el cerebro. ¿Pero tú crees que puedes hacerme esto? ¡Llevo horas preocupada por ti! —exclamó.

Que estaba agobiada era más que evidente.

Adele no pudo evitar reír. Después del día que llevaba, después de todo lo que le había pasado, reír le venía muy bien. Y nadie mejor que Alisha para lograrlo.

—¿Te estás riendo? Adele... ¿Te he llamado una decena de veces, casi llamo al FBI para que te busque y tú te estás riendo? —incrédula era poco.

—¿Al FBI nada menos? Madre mía —rio—. Exagerada es poco.

Y para lo que le gustaba exagerar, corta se había quedado contando las llamadas, Adele diría que tenía más de un centenar. Y no usaba un número desorbitado, la cosa andaba por ahí.

—Exagerada dice —Alisha bufó—. Cuéntame, ¿llegaste? ¿Lo encontraste?

—¿Que si lo encontré? Las mil y una aventuras llevo pasadas desde que el jodido coche se me paró en medio de la nada...

Diez minutos al teléfono contándole cada detalle de la aventura en la que se había visto envuelta sin querer, porque no eran así como ella tenía planeadas que sucediesen las cosas.

—Joder —terminó de decir Alisha cuando Adele le contó todo—. ¿Y el postre te lo comiste?

—Claro que me lo comí, era de chocolate blanco. Después de la mierda de día que llevo como para negarme semejante delicia. Le pueden dar al vestido de novia, así te lo digo.

—Me refería a Seth.

—¿Seth? ¿Qué tiene que ver Seth con mi postre? Me lo preparó Mario. ¿Me estás escuchando, Ali?

Alisha puso los ojos en blanco aunque Adele no la viese.

—Que si te comiste a Seth.

—¿Comerme a...? —Adele frunció el ceño y abrió los ojos como platos al entender lo que le

decía— Ali, por Dios, ¡que me voy a casar!

—Hija, una canita al aire es normal —rió ella.

—Ni una canita ni un mechón, no vine aquí para eso. ¡Y menos con él!

—¿Por qué? ¿Se ha convertido en un hombre con barriga de esos que las camisas no le tapan el vientre por la parte de abajo porque le falta tela? ¿Acaso también es calvo? ¿O perdió algún diente? Porque la edad no perdona, eso lo sabemos todos.

Adele miró fijamente a la imagen que su cerebro proyectaba frente a ella, en la oscuridad de la noche. Seth, con la ropa que llevaba esa tarde, con las manos en los bolsillos. Ese abundante pelo revuelto dándole un toque macarrilla bastante sexy. Esa mirada penetrante en ese rostro duro, esa mandíbula cuadrada...

Adele carraspeó. Menos mal que no gimió porque había tenido que cerrar las piernas. Como cerró los ojos con fuerza para dejar de mirar esa proyección ficticia y se maldijo a sí misma por dejarse llevar por su mente y por ese tipo de pensamientos.

Calientes...

¡Mierda!

—Ya veo, seguramente es así —una sonrisa en la voz de Alisha, que aunque no la viera, había entendido muy bien el silencio de su amiga. Como el carraspeo algo extraño que salió de su garganta.

Ya tendrían tiempo de entrar en detalles.

—No sé qué ves —Adele, volviendo a la realidad—. Estoy encerrada en este pueblo, esperando a que me dejen volver a casa y olvidar toda esta locura. Y, para colmo, no sé ni dónde voy a dormir esta noche.

—No creo que tu marido te deje dormir en la calle.

—Ali, a veces eres idiota, que lo sepas.

—Lo sabía —dijo esta, riendo—. Y no sabes cómo me divierto.

—Ya veo, ya —suspiró Adele—. ¿Puedes hacerme un favor? ¿Puedes llamar al motel, explicarles lo que ha ocurrido y anular la reserva?

—Sí, no te preocupes, yo lo hago.

—Bien, gracias.

—Por nada. Y Adele...

—¿Sí?

—Recuerda que solo se vive una vez, aunque te cases más de una.

Con los ojos en blanco y mandándola a la mierda, Adele colgó mientras Alisha seguía riendo.

Cómo soportaba a esa loca era algo que aún no sabía.

Era hora de hacer la otra llamada del día.

—Hola, mi amor.

—Hola, Jack.

—¿Cómo estás? ¿Cómo va todo con el negocio?

No, no os habéis equivocado de capítulo ni os habéis perdido nada ni a la autora se le ha ido la cabeza y se le ha colado algo que no es. La conversación comenzaba así porque, como seguramente os habéis dado cuenta, le había mentado a su novio.

Sí, exactamente eso que estáis pensando.

Madre mía...

Para que lo entendáis, hay que retomar el capítulo dos cuando Adele, después de llevarse la sorpresa de su vida, está en una cafetería con su mejor amiga. Esa que le estaba diciendo que tenía que ser Adele en persona quien se encargase de que ese hombre que era su marido en el papel, firmase el divorcio.

Y Adele, ya sabiendo que le gustase o no, su amiga tenía razón, había preguntado después de gemir:

—¿Cómo le voy a explicar todo esto a Jack?

Volviendo a ese momento...

—Ah, ¿que se lo vas a contar?

—Alisha, tengo que hacerlo. A lo mejor puede ayudarme. Es mi prometido y esto es un problema. ¿Cómo no le voy a contar ya...?

—¿Que estás casada con otro del que, te recuerdo por si lo olvidaste, él no sabe nada? —la interrumpió Alisha— Pues hala, comienza a explicar.

En ese momento Adele supo que no iba a explicarle una mierda. Y le mintió. Una mentira piadosa, claro. Así era como había que verlo.

Y no es que ella no hubiese querido contarle sobre el error de su pasado, simplemente... Pues no se dio el tema. Y ella no lo creyó necesario tampoco. Era algo que no necesitaba contar y no lo

hizo.

Y que tener que explicar todo eso ahora...

—El negocio va un poco más lento de lo que me gustaría, no creo que llegue mañana, me retrasaré un par de días más.

—Vaya. Siento escuchar eso. ¿Pero todo bien? ¿Tú estás bien?

—Sí, yo estoy muy bien —mintió de nuevo—. Pero el nuevo cliente es un poco...

—¿Mijita?

Porculero mejor dicho, pensó al imaginar a Seth.

—Eso mismo. Quiere cambiar algunas cosillas del contrato, pero lo conseguiré.

—Seguro que sí, siempre lo haces. Por algo eres una de las mejores publicistas de la ciudad.

—Tampoco era para tanto, hago lo que puedo — en realidad era diseñadora, pero tuvo que adaptar su vocación a la empresa que dejó su padre. No era su pasión exactamente, pero ¿qué más podía hacer? En algún momento intentaría usar sus diseños en beneficio de la empresa y así dedicarse a lo que le gusta, pero por ahora no le daba la vida— ¿Y tú, cómo estás?

—Bien, mi amor. Lidiando con los pacientes, como siempre. Qué ganas tengo de que nos perdamos por el mundo.

Ella sí que estaba perdida.

—Queda poco —o eso esperaba.

—Y serás la señora Williams.

Para eso, primero tengo que dejar de ser la señora Marshall, pensó. Y no gimió de milagro.

—Sí... Con ganas de volver a casa. Te avisaré cuando vaya de camino.

Era ella quien tenía que hacerlo, como en ese momento. Ni un simple mensaje tenía de él porque bueno, así era Jack. Si ella estaba ocupada, él no la molestaba. Lo llamaría cuando pudiese. Y no se preocupaba aunque tardase todo un día en hacerlo, al parecer.

—Vale, mi amor. Descansa y que todo vaya bien.

—Gracias. Suerte con el trabajo.

—Gracias. Te veo pronto, no olvides que te quiero.

—Yo también te quiero —susurró ella antes de colgar la llamada y soltar un enorme suspiro.

Lo quería y no le gustaba mentirle, pero no había tenido muchas más opciones en lo referente a la

razón de su viaje. Era una mentira piadosa, no haría daño a nadie. Alisha tenía razón en eso, a esas alturas de la historia, mejor que Jack se mantuviese al margen. Cuanto menos supiera, mejor. Y si no estaba bien... Ya lo había hecho, así que...

Adele estaba en las afueras del restaurante, sentada en los escalones de entrada que estaban bajo la zona techada. Uno de sus hombros apoyado en la pared y la mirada perdida en la nada. Mirando la lluvia y no mirando nada.

Había salido a tomar un poco el aire después de cenar. Todo estaba buenísimo y ella a punto de explotar, pero dejó un hueco para el postre, ya le había advertido Mario que iba a ser una delicia. Y se había quedado corto. Ella se sentía en ese momento como una pelota que iba a salir rodando calle abajo.

—Soy una boya feliz —sonrió.

Hacía mucho que no comía ni tan bien ni tanto. En su vida la cocina no tenía lugar. Con el trabajo, o comí fuera o se preparaba en casa algo rápido. Lo malo de la vida moderna y de no tener tiempo ni para mirarse a la cara.

Tampoco lo tenía para mirar disfrutar de un simple momento como aquel, tan simple. Después de todo, perfecto.

Seth estaba en la puerta, las manos en los bolsillos, mirándola. Solo podía ver un poco de su perfil por la postura que tenía, pero era suficiente para fijarse en sus rasgos.

Llevaba un rato ahí, observándola.

Si su historia hubiese sido otra, se sentaría a su lado y la abrazaría. Compartiría ese momento con ella. Pero la vida no les había permitido eso, los había preferido separados.

Y a ella amando a otro.

Con un nudo en la garganta por lo que le hacía sentir saber algo así, Seth carraspeó.

—Adele.

Ella notó la crispación en la voz de Seth. Con un suspiro que denotaba cansancio y frustración, se levantó, se giró y fue hasta él.

—¿Menos ocupado? ¿Firmas los papeles ya? —preguntó llegando hasta él, abrazándose a sí misma por el escalofrío que la recorrió.

—Aún quedan un par de mesas, recojo y nos vamos, es hora de descansar.

—¿Nos vamos dónde?

—A mi casa. ¿O piensas dormir en la calle?

—No puedo quedarme en tu casa, contigo —negó rápidamente Adele.

—¿Y dónde vas a quedarte si no? ¿Prefieres irte con Mario? Que es mi mejor amigo, casi mi hermano, pero ni lo conoces. ¿O mejor con mi padre? Si es así, por mí bien. Incluso mejor. Donde te sientas más cómoda.

—Yo no...

—Tampoco me hace gracia nada de esto, Adele, créeme. Y estoy cansado, ha sido un día largo y lo que menos me apetece ahora mismo es discutir. Descanemos, mañana firmaré lo que quieras, esperemos que el coche esté arreglado lo antes posible y cuando puedas, márchate. Sigue con tu vida y cástate. Así puedo yo seguir también con la mía. Pero mientras estés aquí, nos guste más o menos, solo cuentas con mi ayuda y con la de mi padre. Lo entiendes, ¿verdad? —ella asintió con la cabeza— Tú decides, pues. Mientras, sigo con lo mío.

—Seth —lo llamó Adele cuando él se dispuso a entrar en el lugar. Se giró de nuevo y la miró, esperando a que ella hablase—. Gracias —estaba aceptando su ayuda.

Seth no dijo nada, se giró de nuevo y entró en el restaurante.

Adele suspiró, qué difícil era todo aquello.

Esa misma noche, Seth estaba tumbado en su cama. Uno de sus brazos sobre su cara, tapándola. Los ojos cerrados y su mente convertida en un torbellino de pensamientos.

Su cuerpo de emociones.

Sentía como un déjà vu, hacía veinticuatro horas había vivido una situación similar mientras intentaba tomar una decisión sobre su relación con Sarah.

Ahora no tenía que elegir nada, todo estaba decidido. La situación era muy diferente en el fondo, pero le creaba a él la misma o más ansiedad que la otra.

Y cómo no hacerlo si Adele estaba en la habitación de enfrente. La mujer que odiaba estaba en su casa. La mujer que más había querido en la vida y que lo había abandonado, dormía frente a él.

Y era, por bromas del destino, su mujer.

—Maldita seas —refunfuñó, refiriéndose a la vida en general y, también, a la erección que tenía por pensar en ella.

Eso sí era una mala broma de la vida, ¿eh?

Seth bajó la mano y agarró su miembro. Apretó los labios para no emitir sonido alguno, se tragó el gemido ronco que quería soltar.

Cerró los ojos con fuerza y tras maldecirse a sí mismo, se permitió pensar en ella y aliviar el deseo que, por desgracia, había sentido de nuevo por esa mujer.

Provocando con eso que la odiase aún más.

Capítulo 13

Adele no había podido pegar ojo en toda la noche y no, precisamente, porque no estuviese cansada. Estaba agotada, esa mañana aún más por no haber descansado.

Era imposible hacerlo encontrándose en esa casa. Con él cerca. Nunca imaginó vivir algo así, ni siquiera volver a verlo. Y lo tenía a escasos metros.

Intentando no hacer ruido, se levantó de la cama y salió de la habitación. La noche antes apenas habían cruzado palabra. Poco más de un “Vamos” dicho por Seth cuando salieron del restaurante, un “Espero que estés cómoda” mientras le preparaba la habitación y un “El baño está al fondo del pasillo, la cocina la viste al entrar. Es tu casa, siéntete libre. Si necesitas algo... Buenas noches” que le había dicho antes de cerrar la puerta del dormitorio donde ella iba a quedarse y marcharse.

Buenas noches, Seth, había pensado ella, pero no lo dijo.

Adele, en silencio, caminó por la casa. El salón era más grande de lo que ella hubiese imaginado. Con una decoración rústica y moderna, algo típico de Seth.

Se acercó al mueble y observó las fotos que tenía allí. Él con su padre, con su madre. Cuánto la había echado de menos siempre, Adele había pasado horas y horas con él, abrazándolo mientras lloraba por los recuerdos.

Como lo había hecho ella cuando pensaba en la suya, porque los dos habían perdido a gente muy importante.

Ella también a su padre y en ese momento pensó que ojalá Seth hubiera estado allí, con ella. Abrazándola.

Se limpió las lágrimas que no pudo evitar que cayesen, negó con la cabeza y borró ese pensamiento estúpido de su mente. Se acercó hasta un pequeño mueble que había bajo la ventana y sonrió, cogió un lápiz y un cuaderno que había allí.

Fue hasta la cocina, se preparó un café y se sentó en el pequeño sofá que había bajo la ventana, frente a una preciosa mesita de madera. Le encantó el lugar y con su café en la mano, abrió el cuaderno.

Seth no sabía si lo despertó el sonido de la cafetera o el olor a café de unos segundos después. La cuestión era que salió del dormitorio tras mirar que aún quedaba bastante para que el despertador sonase y fue hasta allí, imaginando a quién se iba a encontrar.

Pero no cómo.

Estaba medio tumbada en el sofá, las piernas dobladas, un cuaderno sobre ellas. La cabeza torcida mientras su mano se movía con rapidez.

Seth sintió algo extraño al verla allí. Una emoción rara que no le gustaba sentir, pero no podía evitarlo.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó.

Adele pegó un salto, asustada. No lo había oído llegar, tan perdida en su diseño como estaba. Cerró, por inercia, el cuaderno y se levantó.

—Qué susto —suspiró, una mano en su pecho.

Seth sonrió, con el pelo así, revuelto, la cara de dormida y el pijama, estaba adorable.

—Tranquila, solo quiero un café —rio él.

—Lo siento, ¿te he despertado? No era mi intención, Seth, yo...

—No, tranquila —le señaló el sofá para que se sentase de nuevo—. No podía dormir —mintió, porque le costó conciliar el sueño, pero cuando lo hizo, era una marmota y sin ruido no se habría despertado—. Soy yo quien te está molestando. Olvida que estoy aquí y sigue en lo que estabas.

—¿Molestarme? Es tu casa —Adele se sentó, el cuaderno sobre el sofá, ella cogió la taza de café entre sus manos.

—¿Qué hacías? —preguntó él cuando se sentó frente a ella.

—Nada, tonterías —carraspeó, roja por la vergüenza.

Seth enarcó las cejas, bebió de su café y continuó mirándola.

—Seguro que es un diseño espectacular.

Adele sonrió avergonzada, una medio sonrisa algo triste.

—Qué va, tonterías, ya sabes.

Sí, él lo sabía bien. A ella le encantaba dibujar, diseñar, al menos había sido así hasta que desapareció de su vida. Nunca había creído en ella misma ni en su potencial.

Pero Seth siempre había creído que lo tenía.

—¿Puedo ver esa tontería?

—¿Qué? ¡No! —negó rápidamente.

Ni de coña, lo tiraré en cuanto pudiese.

Seth rio de nuevo.

—Está bien. ¿No pudiste dormir?

—No demasiado —ella fue sincera—. Es...

—¿Extraño?

Que los dos hablasen así también lo era.

—Extraño se queda corto —suspiró ella y él sonrió—. No está lloviendo, espero que todo se calme y poder marcharme hoy mismo.

Seth asintió, él también quería eso. Aunque había una parte de él que la dejaría ahí, en ese lugar, para toda la vida.

Si todo hubiese sido de otra manera.

Si ella hubiese sido de otra manera.

Pero las cosas eran como eran.

—Si te da vergüenza mostrar tus diseños, imagino que no te dedicaste a ello al final. ¿Qué hiciste, Adele? ¿Qué es de tu vida?

—Se quedó como un sueño —ella se encogió de hombros, intentando quitarle importancia, pero Seth veía en su mirada que le dolía—. Trabajé con mi padre, me instruyó para hacerme cargo de la empresa.

—Lo que él siempre quiso, que siguiesses sus pasos —él lo sabía bien.

—Sí. Murió hace poco y desde entonces me tengo que hacer cargo de todo.

—Lo siento, Adele. Sé cuánto lo querías.

Ella limpió una lágrima que cayó por su mejilla.

—Fue duro, nada que tú no sepas —porque él había perdido a su madre, la comprendía.

—¿Tu tía?

—Sigue conmigo. Bueno, ahora está en una especie de retiro espiritual y ni el teléfono coge — Adele puso los ojos en blanco—. He llegado a pensar que ella sabía algo sobre nuestro matrimonio y que por eso ha huido —negó con la cabeza—. Tonterías mías, ya sabes.

Tonterías que no lo eran tanto para Seth. Porque él también buscaba una explicación a que ese matrimonio aún estuviese vigente. Y la “locura” que creía decir Adele, no lo era tanto.

Aunque sí parecía un sinsentido.

—Tienes una buena vida entonces, supongo que en tu ciudad. Una empresa, un buen trabajo, un prometido futuro marido... —Seth bebió un gran trago— ¿A qué se dedica, por cierto?

—Es médico.

—Entiendo. La vida que siempre quisieron para ti —la que él no le podía dar. Se terminó el café y se levantó.

—Tú... —Adele carraspeó— ¿Tú no estás con nadie?

—No —dijo rápidamente—. Yo hace mucho que dejé de creer en el amor —la miraba a los ojos y dejaba que observase en ellos toda la rabia que sentía.

—Seth, yo... —no sabía qué decir.

Y él tampoco quería escucharla.

—Me doy una ducha, iré al restaurante antes de pasarme por el taller.

—¿Puedo ir contigo?

—Claro. A ver si puedes volver a casa hoy mismo.

—Sería súper. Así me pierdes de vista —intentó bromear ella, pero él no estaba para bromas ya.

—Y tanto que sí —dijo Seth mientras se marchaba de allí.

Adele suspiró, qué difícil era todo.

Capítulo 14

—¿Nada?

—Nada —Seth resopló, se sentó en uno de los taburetes y miró a Mario, tras la barra. Adele se había quedado fuera, hablando por teléfono y él... Él tenía una ansiedad horrible por culpa de esa mujer—. El coche estará, casi seguro, mañana por la mañana. Y los accesos al pueblo se abrirán mañana a primera hora si hoy se mantiene sin llover.

—Vamos, que tienes que aguantarla veinticuatro horas más.

Seth gimió, Mario sonrió.

—No sé si podré soportarlo, me volveré loco antes.

—Cuando te casaste lo hiciste en lo bueno y en lo malo, ¿no? Pues ahora apechuga —dijo su amigo.

—¿Te han dicho alguna vez que el humor español no hace ni puta gracia? —refunfuñó Seth.

—En realidad solo me lo has dicho tú. Por eso no te hago ni caso.

—Yo no se lo hice nunca y soy su padre. Me ha ido mejor, por si te sirve de ayuda.

Seth puso los ojos en blanco, el que faltaba.

—¿Sigues sin descansar? —miró al hombre que lo crio, se había sentado a su lado.

—Para nada, he dormido como los ángeles. Fue caer en la cama y roncar.

—Que roncas no lo jures —resopló Seth.

—Como tú, me lo ha confirmado Adele.

—¿Que ella qué? —Seth abrió los ojos de par en par hasta que se dio cuenta de que su padre se quedaba con él—. Estáis los dos graciositos esta mañana, ¿no?

—Es para animarte un poco —rio Mario—. Te queda un día con ella, fuerza.

—Mínimo, sí.

—¿Qué quieres decir con mínimo, papá?

—Nada. ¿Un café?

—Yo lo agradecería —dijo Adele, apareciendo.

Seth se levantó y ella se sentó donde él estaba cuando él le hizo un gesto con la mano,

ofreciéndole el lugar.

—Marchando, pues. La tortura con café, es menos tortura.

—¿Qué refrán es ese? —preguntó Mario mirando a su amigo con el ceño fruncido.

Seth llegó al lado de él y comenzó a preparar los cafés.

—Uno que me he inventado, pero es cierto ¿o no?

—¿Tan pocos refranes tenéis que tienes que inventártelos?

—Ya le salió la vena española —rio Phillip.

—Me invento lo que me dé la gana que para eso estamos en mi negocio.

—Eres un déspota además de un explotador.

—Yo también te quiero, Mario —Seth le lanzó un beso al aire, mirando a su amigo.

—Qué asco —Mario miró a Adele—. ¿Qué le viste? Porque yo aún no lo entiendo.

Adele tuvo que reír al ver la cara de asco del español.

—Sigo sin saberlo —ella metida en la broma, pero miró a Seth, él la observaba fijamente y Adele carraspeó—. Pero algo especial.

El comentario no pasó desapercibido para nadie, los dejó en silencio a todos. Cuando Adele rompió el hechizo de la mirada de Seth, notó cómo los otros dos hombres también tenían sus ojos puestos sobre ella.

Nerviosa, carraspeó tanto que terminó tosiendo.

—Pues sí, creo que aunque te inventes las cosas, tienes razón. La tortura, con café, es menos tortura —dijo Mario, pensando que su amigo iba a necesitar ese día café inyectado en vena porque la cosa, lejos de mejorar, iba a ir a peor.

Capítulo 15

Aquello no era peor, ¡era mucho peor!

Y Seth no sabía si iba a poder soportar aquello mucho más.

Porque si no tenía bastante con la situación en sí y con saber que aquello se iba a alargar un día más, ahora Adele estaba metida de lleno en el restaurante.

¿La culpa? De su padre y de Mario, ¡como siempre!

—Y ¡tachán! —exclamó Mario— El mejor gin tonic que nadie preparó nunca.

Adele tocó las palmas, emocionada porque a Mario le hubiese gustado la bebida que ella, siguiendo las indicaciones de él, había preparado. Y es que gracias a él y a Phillip, el día se le había pasado volando mientras ayudaba en la cocina, a servir mesas y a servir copas.

—Si es que soy el mejor profesor del mundo —Mario echándose flores a él mismo.

Levantó las manos, Adele hizo lo mismo y chocaron. Phillip rio. Seth puso los ojos en blanco. ¡Vaya día le estaban dando! ¿No podía ella haberse quedado en una esquinita? ¿Sin molestar? No, al parecer no. Se habían puesto todos de acuerdo para terminar con su poca estabilidad mental. Llevaban todo el día ¡sacándolo de quicio!

Menos mal que estaban a punto de cerrar.

—¿Y si dejáis de experimentar y de gastar bebida que nadie se va a beber?

Porque ya no había nadie, solo ellos. Y Seth recogiendo mientras los otros ensuciaban con los experimentos.

—Bueno... —Mario resopló— Ya le salió el lado tacaño.

—Seth no es tacaño —dijo Adele rápidamente.

—Ah, ¿no? —preguntó el camarero.

—No —aseguró ella, seria—. La verdad es que siempre ha dado de más, sin importar si se quedaba sin nada —estaba cortando un limón en rodajas y hablando sin darse cuenta de cómo la miraban los demás—. Siempre me gustó eso de él —al parecer, tampoco se dio cuenta de que eso lo había dicho en voz alta.

Phillip y Mario miraron rápidamente a Seth. Este se había quedado parado, mirándola embozado y sin saber qué decir porque joder, le había sorprendido oír aquello.

—¿Y desde cuándo lo conoces para saber qué te gusta y qué no de él?

—Mierda —gimió Mario al ver allí a la “ex” de su amigo.

Seth posó sus ojos sobre Sarah, como lo hicieron los demás. Como lo hizo Adele. La mujer de pelo corto y castaño la miraba fijamente, fijándose en cada detalle.

Cuando la mirada de Sarah recayó sobre Seth, este supo que la había reconocido de la foto que una vez encontró en su casa. Ese día tuvieron una fuerte discusión porque ella quiso que él se deshiciese de eso y no se calmó hasta que lo hizo.

Mejor dicho, hasta que él, para evitar más enfrentamientos, dijo que lo hizo.

—¿Por ella? ¿Me dejaste por ella?

—Sarah, mejor salimos fuera y hablamos —Seth salió de detrás de la barra y se acercó a ella. La cogió del brazo, pero Sarah se soltó.

—No voy a ningún lado —miró a Adele—. ¿Qué haces aquí? ¿Para qué volviste?

—Ya veo que me conoces —Adele, serena—. ¿Y tú eres?

Phillip apretó los labios para no reír, porque Sarah era una buena mujer y no merecía eso, pero Adele le había dado, con esa pregunta, un puñetazo sin manos.

—Jaque —dijo Mario, la situación iba a ser divertida.

—Sarah, por favor —Seth fue a cogerla de nuevo, pero ella lo evitó.

—¿Quién soy yo? ¿Me estás preguntando quién soy yo? —Adele asintió con la cabeza— Soy la mujer que más lo ha querido en la vida —Sarah se limpió una lágrima, todos sintiendo pena al ver a la dulce Sarah así—. Soy mejor persona que la sinvergüenza que lo abandonó porque nunca lo quiso.

—Sarah, se acabó —le advirtió Seth, alucinando al conocer esa faceta de ella que nunca antes había visto. Y, por cierto, no le gustaba en absoluto.

—Déjame —gruñó ella, miraba a Adele—. Sabiendo eso dime, ¿quién eres tú?

Adele sentía lástima por esa mujer. No sabía quién era ni qué lugar tenía en la vida de Seth. Él le había dicho que no había nadie, pero ¿era cierto? Porque como mujer que era, había cosas que no le pasaban desapercibidas. La confianza entre los dos, la intimidad, lo que ella sentía por él.

Pero esa mujer se había atrevido a juzgarla. Y ella ya estaba un poco cansada de todo eso. Así que iba a ser la última vez que permitiese que alguien hablase con tanta libertad de algo que solo ella había vivido. Esa mujer no era nadie para asegurar si ella había querido a Seth o no.

Así que sintiéndolo mucho por el sexo femenino, Adele, todo lo serena que pudo, habló.

—Yo soy su mujer.

Capítulo 16

—¡La hostia! —exclamó Mario, alucinando.

—Oh, Dios —Phillip tampoco podía mostrar indiferencia.

Sarah dio un grito ahogado.

Seth... Seth no pudo ni pensar porque tuvo que coger a Sarah al vuelo cuando se abalanzó sobre Adele.

—Me cago en la leche —gruñó, sacándola de allí, ignorando las protestas de ella para que la soltase—. ¿Pero se puede saber qué demonios te pasa? —preguntó cuando la dejó en el suelo, fuera del restaurante— ¿Qué pensabas hacer? ¿Pegarle? —Seth estaba flipando, no podía creerse aquello.

—Calva. ¡La voy a dejar calva! —gritó, fuera de sí.

Seth la agarró, de nuevo, por la cintura.

—Es mi negocio, no armarás ningún numerito ahí.

—¿La estás defendiendo? Después de lo que te hizo, ¿la estás defendiendo? —incrédula.

—No es tu problema lo que yo haga o deje de hacer, Sarah. Te juro por Dios que no quiero ser desagradable contigo, así que no me busques. ¿Quién demonios te crees para cuestionarme en nada?

—¿Quién me creo? ¡Estamos juntos!

—Por ahí no, Sarah —le advirtió.

Joder, que era una pregunta retórica, no esperaba ninguna respuesta. Menos aún algo como eso.

—¿Por ahí no qué, Seth? ¿Acaso no he estado contigo los últimos años? ¿No puedo decir que somos pareja?

—No, no puedes. Sabes bien que no puedes —él se pasó las manos por el pelo, se estaba desquiciando—. No somos nada, ayer te lo repetí. Y ya no sé cómo hacerte entender que nunca, ¡nunca hemos sido nada! Acéptalo.

—¿Por ella? ¿Me dejaste por ella? —Sarah lloraba— Te destrozó y ¿vuelves con ella?

—Maldita sea, no estoy con nadie.

—¡Ha dicho que es tu mujer! —perdiendo los papeles— ¿Qué significa eso, Seth?

—Es una larga historia que no te incumbe.

—No me jodas.

—Sarah—Seth suspiró—. Adele no tiene nada que ver con nosotros. Mi decisión la tomé sin que ella pintase nada, entiende eso. Y entiende de una maldita vez que no existe un nosotros. Por favor, no quiero hacerte daño, no me fuerces a ser más brusco con mis palabras.

—¡Me dejaste y te veo con ella! ¿Cómo quieres que me sienta? Encima me dice que es tu mujer. ¿Qué mierda es esa, Seth? ¡Por Dios!

—Te repito, no te importa.

—Claro que me importa, ¡si me dejas por ella!

—Joder —iba a perder la paciencia—. No te dejé por nadie. Ni siquiera te dejé porque nunca consideré estar contigo. Teníamos una relación con sus límites, nada más.

—Y podemos seguir con ella, podemos...

—¡No te quiero! ¿No lo entiendes? —a la mierda ya controlarse para no hacerle daño con esas palabras, él había llegado al límite— Te tengo cariño, Sarah, pero no estoy enamorado de ti. No lo estuve nunca —se odió a sí mismo al ver el dolor en el rostro de ella, pero ya no sabía cómo actuar, ella lo había llevado al extremo— Sarah...

—No —ella negó con la cabeza—. No se te ocurra tocarme —se limpió la cara de lágrimas—. Es evidente que no me quieres, no lo harás nunca. Ni a mí ni a nadie. Serás toda la vida un desgraciado. Porque tú siempre querrás a esa mujer por más que finjas odiarla —él apretó los dientes, eso no era así, ¿verdad?— Ojalá vuelva a joderte la vida, es lo que te mereces.

Llorando, se marchó de allí.

Seth no supo el tiempo que se quedó en ese lugar, quieto, mirando a la nada y pensando en lo que le había dicho.

“Tú siempre querrás a esa mujer por más que finjas odiarla”.

Maldita fuera Sarah por decirle eso.

Y maldita fuera Adele porque eso era así.

—¡Joder! —exclamó, se pasó las manos por la cara y por el pelo, completamente frustrado.

Porque era cierto. Era verdad.

Era un gilipollas. Un maldito gilipollas porque aún seguía enamorado de esa mujer.

Dentro del restaurante, cada uno seguía en su sitio. Adele había tomado asiento en uno de los taburetes. Los dos hombres la miraban. Ella, nerviosa, se retorció las manos.

Algunas frases de la pelea de Seth con Sarah se oían desde dentro, pero nada lo bastante claro como para seguir el hilo de la discusión.

—¿Es su novia? —preguntó Adele.

—No —dijeron los otros dos a la vez.

Y silencio.

—Ah...

Pues menos mal, pensó ella, suspirando. Porque se le había ido un poco la cabeza, pero ya estaba cansada de que la gente la juzgara de esa manera.

Sí, le había hecho daño a Seth, seguramente más del que imaginaba. Pero ella también sufrió. Y no quería lástima, pero tampoco tenían que tratarla mal por algo que ocurrió hacía catorce años.

Escucharon la puerta y miraron allí. Seth entraba, solo.

—Creo que es tarde, ¿no?

Una sutil manera de Seth de echarlos de allí. Con las manos en los bolsillos, se paró a mitad de camino. Tanto Phillip como Mario se despidieron de Adele y se fueron a casa. Mejor dejar a esos dos solos y no estar en medio de la tormenta.

Porque una cosa era segura, ahí se formaría otro huracán. La cara de Seth lo decía bien claro.

Adele carraspeó cuando la puerta del restaurante se cerró y se quedó a solas con Seth.

—Repíte eso, Adele.

La voz de Seth, grave. Fuerte.

—¿El qué? —preguntó, haciéndose la tonta. Pero sabía muy bien a qué se refería él.

—Lo que le dijiste a Sarah.

—¿Se llama Sarah? No sabía —carraspeó.

—No tenías por qué hacerlo. Lo que sí tienes que hacer es mirarme —ella lo hizo— y repetirme lo que dijiste.

—No sé a qué te refieres.

—¿No? —ella negó con la cabeza, pero se le daba muy mal mentirle a la cara, eso tampoco había cambiado— Te ayudaré un poco. Quiero escucharte decir otra vez que eres mi mujer.

Adele tragó saliva, el corazón le iba a mil por hora.

—Seth, lo siento —se levantó del taburete, apenada con él—. No sé quién es ella y tampoco importa, lo hice mal y lo siento.

—Adele...

—No quise buscarte un problema —ella seguía hablando—. Actué sin pensar. De verdad, perdóname. Si quieres le explico o...

—Dilo, Adele.

Ella negó con la cabeza.

—No sé...

—Dilo —por su tono de voz le hacía entender que no creía que ella no supiera a qué se refería.

Adele suspiró, apesadumbrada.

—No puedo.

Él no quitaba la mirada de esos iris café.

—¿Por qué? —inquirió.

—Porque no es así. No es real.

—Lo es ante la ley —le recordó él.

Todo eso era una mala broma del destino, pero seguía siendo oficial.

—Lo siento —se acercó un poco más a él, estaba arrepentida, había metido la pata. Le había podido el orgullo—. Lo último que quiero es buscarte problemas. Ni con ella ni con nadie. Yo...

—Tú ya eres suficiente problema para mí por ti misma —reconoció Seth. Puso sus manos en la cintura de Adele y, para sorpresa de los dos, la pegó a su cuerpo.

—Seth, no.

—Dilo —le pidió, pero esa vez sonaba más a un ruego, las barreras que siempre tenía erigidas, bajadas en ese momento—. Por favor, dílo.

—Seth... —Adele comenzó a temblar al sentirlo tan cerca. ¿Cómo era posible que ese hombre aún la hiciera sentir así?— No podemos.

—Y una mierda que no —la pegó más a él y bajó la cabeza, rozando los labios de ambos—. Hasta que firme ese papel podemos.

Eso no era así, no era justo.

—No lo hagas. No me hagas esto —rogó ella y gimió cuando él le dio un dulce beso.

Y mierda, ella quería más. ¡Pero no podía ser!

—¿Por qué dijiste eso?

—Yo... ¡¿Qué importa?! —con la poca cordura que le quedaba, se separó de él. Le dio la espalda y se abrazó a sí misma para que no notase cómo temblaba por haberlo tenido tan cerca. Sus labios, su aliento excitándola.

—A mí me importa —juró él—. Porque me abandonaste sin una palabra, porque me demostraste que no te importé nunca una mierda y ¿ahora marcas territorio?

—¿Qué? ¡No! —se giró, gritando, movía la cabeza en un gesto negativo— Solo estoy cansada de que todo el jodido mundo se crea con el derecho de saber qué sentía y qué no. ¡Tú incluido! —exclamó— Te quise y quizás no sufrí tanto como tú, pero también sufrí con lo que hice —se limpió las lágrimas que caían—. Nadie tiene derecho a decirme que no fue así. ¡Maldita sea, Seth! ¡Ni siquiera tú puedes decir que no te amé!

Estaba nerviosa. Él la había tratado mal desde el principio. Todos creían poder opinar y, para colmo, aparece esa mujer y le habla de esa manera.

Joder, ¡normal que perdiera la paciencia!

—¿Entonces por qué me dejaste? Me destrozaste, Adele. No te imaginas en el pozo que caí.

—Seth... —ella lloró porque no quería oír eso. No podría perdonarse sabiendo eso— No lo hagas. Por favor, no me digas eso.

Él no pudo evitar, al verla llorar, acercarse y coger su cara entre sus manos.

—Yo te amaba —dijo con seguridad—. ¿Por qué lo hiciste?

—¿Qué importa? —lloró ella— De eso hace mucho, no somos los mismos.

—A mí me importa, Adele.

—Me voy a casar, Seth. Y tú tienes tu vida. Ni somos los de antes ni podríamos serlo.

—Adele...

—Deja el pasado atrás, solo nos hace daño.

En eso tenía razón, pero no era tan sencillo. Asintiendo con la cabeza, él la soltó.

—¿Lo quieres?

—¿A quién? —Adele no entendía de qué hablaba.

—A tu prometido, ¿lo amas?

—Me voy a casar con él.

—No es eso lo que te he preguntado, Adele. ¿Lo amas?

—Seth, por favor.

—No sé por qué te cuesta tanto responder a eso. Es muy simple. ¿Lo quieres o no? No sientas pudor, puedes decírmelo. ¿Lo amas?

—No es de tu incumbencia.

—Oh, créeme que sí —rio él, desgano—. Porque no sé si tengo que recordarte que sigues siendo mi mujer. Y no me mires así —ella alucinaba—. ¿O yo no puedo usar esa frase cuando se trata de ti?

—Eres un imbécil —estaba enfadada.

—Sí, lo soy. Será que te gustan los imbéciles. O quizás tú nos vuelves así. Porque tu prometido tampoco se queda lejos.

—¿De qué demonios estás hablando?

—¿Viaje de negocios, Adele? —ella apretó los dientes con fuerza. Joder, la había escuchado—
¿Por qué no sabe dónde estás? ¿Acaso no sabe de mí? —ella miró hacia otro lado, ahí tenía la respuesta— Es eso, ¿verdad?

—No te atrevas a juzgarme —le advirtió ella—. No tienes ni idea de mi vida.

—No, eso es cierto. Porque decidiste abandonarme y vivirla sola —la miró con odio—. Y no sabes cuánto te odio por ello.

Adele cerró los ojos con fuerza al oír esa confesión. Lo imaginaba, pero escucharlo de su boca mientras la miraba de esa manera era demasiado para ella.

Lloró. Lloró sin poder evitarlo. Lloró porque le dolía más de lo que nunca había imaginado.

—Lo siento —sollozó—. Siento haberte hecho daño —lo miró a los ojos—. No quería, te juro que yo tampoco quería —calló cuando otro sollozo salió de sus labios. Sentía que se le rompía el corazón—. Quizás no sirva de nada, Seth, pero yo nunca quise dejarte —se limpió la cara con el dorso de la mano—. Ódiame si quieres, lo hice mal. Me lo merezco —cogió aire—. Pero hice lo que tenía que hacer —dijo con seguridad, las lágrimas aun cayendo por su rostro.

—¿Qué es eso de que no querías? —Seth la miraba llorar y solo quería abrazarla. Besarla y evitarle cualquier dolor.

Ella levantó las manos y las dejó caer.

—Mi padre sufrió un infarto al enterarse de nuestro matrimonio. Me tocó elegir entre seguir casada o aceptar que él rompiera a unión y no cargar con esa culpa —lloró—. Podía haber muerto por mi culpa. Y elegí.

—Lo elegiste antes que a mí.

—Sí. Y me convertí en la hija que él quería. Dejé atrás mis sueños y cumplí los suyos. Cumplí los sueños de mi padre. Ya ves, puedes odiarme todo lo que quieras. No hay nada más, yo acepté. Pero no por ello no sufrí. No por ello no pasé noches y noches llorando, echándote de menos. Joder, me dolía el pecho, Seth —cogió aire—. Siento mucho haberte hecho daño, no sabes cuánto. Pero nunca fue mi intención.

—Maldita sea —gruñó él, volvió a acercarse a ella, la cara de Adele, de nuevo, entre sus manos. La miraba fijamente a los ojos, intentando encontrar la verdad en ellos. Adele no escondía nada, lo miraba con sinceridad—. Me destrozaste la vida.

—Lo siento, yo no quería.

Seth limpiaba con sus pulgares las lágrimas que le caían por las mejillas.

—¿Qué hago ahora, Adele? Porque me muero por besarte. Me muero por sentirte. Muero por hacerte mía.

—No, eso no —ella movió la cabeza, negándose—. No podemos. Me voy a casar, Seth.

—Mañana —él acarició el labio inferior de Adele con su pulgar—. Mañana te firmaré el divorcio. Mañana volverás a estar prometida. Mañana te irás y volverás a tu vida. Pero hoy no, Adele. Esta noche no —susurró—. Esta noche quiero sentir lo que nunca pudimos —estaba desesperado por sentirla, porque ni la noche de bodas tuvieron—. Esta noche quiero amar a mi mujer.

—Seth...

A Seth le temblaba todo el cuerpo. La necesidad de hacerla suya era sobrecogedora. Quería amarla de nuevo, revivir el momento perfecto de sentir su piel.

Apoyó su frente sobre la de ella y cerró los ojos. Aquello era una tortura.

—Sé que no soy tu futuro y lo acepto. ¿Pero no merecemos al menos eso, Adele? ¿La oportunidad que nunca tuvimos? Porque te juro que lo deseo. Te deseo más que nunca —susurró.

—Dios —ella gimió al sentir sus labios. Fue un beso dulce, suave. Un suplicio.

—¿Ya no me deseas? —otro beso, esa vez algo más duro— ¿Ya no sientes nada por mí? ¿El tiempo lo mató todo?

—No —susurró ella, perdida en las sensaciones. Le respondió al siguiente beso y Seth gimió.

—Menos mal, porque te echo tanto de menos, mi niña.

Adele lloró cuando la llamó así.

—Yo también —reconoció ella—. Yo también —repitió susurrando.

Tras gemir por la emoción, Seth la besó como de verdad quería hacerlo.

Un beso de bocas abiertas y lenguas desesperadas por sentir a la otra. Un beso húmedo, de labios temblorosos por el deseo.

Un beso de necesidad.

Adele se dejó llevar. No tenía fuerzas para resistirse. Y tampoco ganas. Sabía que lo estaba haciendo mal, pero lo deseaba tanto...

Se agarró al cuello de Seth y tiró de él, profundizando el beso, haciéndolo gemir de nuevo.

Seth creía que estaba soñando. Y si era así, no quería despertar.

Puso sus manos en el trasero de Adele y la pegó más a su cuerpo.

—Dios, cómo te deseo —mordió el labio inferior de Adele. Metió la mano por dentro de su pantalón y de su ropa interior, acariciando su piel.

Adele escondió su cara entre el cuello y el hombro de Seth. Una de las manos de él se movió y terminó sobre el sexo de ella. Fue entonces cuando Adele mordió su hombro y se agarró a él con fuerza, creyendo que las piernas le iban a fallar.

—Seth —gimió.

—Joder, estás empapada —él iba a correrse allí mismo y a quedar en vergüenza—. Vamos a por el primero.

Ella sabía a qué se refería.

Seth comenzó a tocarla, sus dedos acariciando el clítoris de Adele. Ella temblando cuando esos dedos entraron con fuerza dentro de su sexo. Y salieron. Para volver a entrar y salir con más fuerza. El pulgar de Seth apretando su clítoris con la fuerza necesaria para hacerla llegar al éxtasis.

Placer que llegó demasiado rápido. Placer que deseaba volver a sentir.

Seth la había cogido en brazos al acabar porque Adele no se sostenía a sí misma. Se sentó en una de las sillas y la puso sobre sus piernas, acunándola hasta que ella salió de esa neblina de deseo.

Seth besó su frente.

—Siempre perfecta —dijo él.

—¿Y tú? —ella lo miró a los ojos, su piel teñida de rojo.

—Esto solo era para ti.

—Yo pensé que... —ella, avergonzada, calló.

—¿Qué pensaste? —la apremió él, sonriendo por la repentina vergüenza que le había entrado—
Puedes decírmelo, lo sabes.

Con él no tenía que tener ningún tabú, él siempre le había demostrado que podía ser libre estando con él.

—Pensé que querías estar conmigo. Yo quiero estar contigo.

Seth sonrió ampliamente.

—Y lo quiero, preciosa. Pero te quiero en mi cama. Quiero que ese lugar huela siempre a ti —
acarició su mejilla con el dorso de la mano—. ¿Me acompañas?

Seth quería algo más que un polvo rápido en ese lugar. Quería amarla de verdad. Sentirla por completo.

La quería, como le había dicho, entre sus sábanas.

Sabía que corría el riesgo de joderlo todo dándole tiempo para pensar mientras llegaban a su casa, pero no tenía de otra. También le daba tiempo a confirmar que Adele hacía todo eso por voluntad propia y no porque el deseo le enturbiase la razón.

Adele lo miró, reconociendo en esos ojos a ese chico que tanto había amado.

—¿Me acompañas? —había preguntado él.

—Sí —respondió Adele.

Capítulo 17

Habían estado todo el trayecto en silencio. Al abrir la puerta de su casa, Seth le ofreció la mano a Adele. Ella la agarró y lo siguió hasta su dormitorio. Ahí estaban, frente a frente. Una tenue luz iluminando la estancia y los ojos brillantes de ambos, mirándose.

—¿Sigues conmigo? —preguntó él, temeroso, en parte, de que ella se hubiese arrepentido.

Adele asintió con la cabeza. Sí, seguía ahí, con él. Con ganas de él. Que Dios la perdonase por ello.

Dando el primer paso, ella puso sus manos sobre el estómago de Seth, haciéndolo temblar. Las movió hacia arriba, acariciándolo. Paró cuando las tuvo sobre su pecho.

—¿Te importaría quitártela? —la vergüenza a un lado, con Seth no la quería.

Él no pudo evitar sonreír al reconocer a la chica que siempre lo había vuelto completamente loco. Sin perder el tiempo, desabrochó los botones de la camisa y Adele tardó aún menos en colocar las manos sobre su piel. Ni siquiera esperó a que él se la quitase.

—Joder —gruñó él por la sensación.

Adele siempre se había derretido por ese hombre, su trabajo era físico y por decirlo simple y llanamente, estaba para mojar pan.

Tenía un pecho que ni esculpido sería tan perfecto. Al menos así lo veía ella desde siempre y había mejorado con los años.

Entre caricias, Adele ayudó a Seth a deshacerse de la camisa.

—Tu turno —dijo él.

Adele no se lo pensó dos veces. Con un solo movimiento, se quitó el jersey y sin darle a Seth tiempo para recrearse con la vista, se deshizo, también, del sujetador.

—Eres jodidamente hermosa.

A la mierda la delicadeza, Seth perdió el control.

Con un rugido, se abalanzó sobre ella y la besó después de que los dos cayesen sobre la cama. Dos pares de brazos y de piernas enredados en lo que parecía ser una batalla para ver quién podía tocar más.

Dos cuerpos que pronto estuvieron completamente desnudos, pegados piel con piel. Mojados por el sudor. Temblando de placer.

Una ristra de gemidos eran la melodía de aquel lugar.

Desesperado, Seth, tras colocarse el preservativo, se puso sobre Adele, cogió las manos de ella con las suyas, por encima de su cabeza, se colocó entre sus piernas abiertas y sin decir nada, la penetró.

Adele gritó, muriendo de placer.

Desde ahí todo fueron gritos y gemidos. Seth moviéndose con ligereza, llevando a Adele al límite. Haciéndola caer al borde del precipicio cuando el orgasmo la invadió. Y lo arrastró a él. Convirtiéndolo en un muñeco de trapo encima de ella.

—Seth—susurró ella unos segundos después.

Él levantó la cabeza y la miró a los ojos. Sonrió con dulzura al verla medio dormida, nombrándolo en sueños.

Se quitó de encima de su cuerpo, la colocó encima de su pecho y los tapó a los dos. La abrazó con fuerza y mientras el cansancio se apoderaba de él, imaginó que aquella noche solo era la primera de muchas.

Soñar es gratis, ¿no?

Capítulo 18

—Puedes besar a la novia.

Con una enorme sonrisa, Seth lo hizo. Un brazo alrededor de su cintura, pegándola a él. La otra mano sobre su rostro, acariciándolo con el pulgar.

—Te quiero —susurró cuando terminó el beso.

—Yo también —los ojos le brillaban a Adele. Mordió su labio, nerviosa.

—Felicidades, pareja —dijo el pequeño hombrecillo que había oficiado la ceremonia.

Dos desconocidos como testigos y una rápida unión en el pueblo cercano sin que nadie lo supiese, los uniría para siempre.

Riendo, esa preciosa rubia con un vestido corto blanco y Seth, elegante con vaqueros, camisa y una corbata torcida en el cuello, se agarraron de la mano y salieron de allí, pensando que aquello sería el inicio de una vida juntos.

Pero un segundo después...

Seth se removió, la sonrisa que había tenido hasta hacía un instante, había desaparecido. Porque Adele no estaba y todo estaba oscuro.

—¡Adele! —gritaba, histérico a esas alturas.

Pero ella no contestaba. Estaba solo en una calle oscura y vacía. Miraba alrededor y sentía miedo. Y soledad.

—¡¡¡Adele!!!

Era terror lo que sentía porque sabía que ella no iba a regresar jamás.

Se le paró el corazón y se sentó en la cama. Estaba sudando, había tenido una pesadilla. Miró al otro lado de la cama cuando recordó lo que había ocurrido antes de que cerrase los ojos y maldijo al ver que Adele no estaba allí.

—Mierda —tenía ansiedad.

Se levantó, dispuesto a buscarla. Se puso un pantalón de pijama y salió rápidamente del cuarto. Igual de rápido se paró cuando la vio en el sofá, tumbada. Una dulce sonrisa afloró a los labios de Seth, se acercó a ella y se puso a su lado, de rodillas. Cogió lo que tenía entre las manos.

—La encontré de casualidad al tumbarme aquí.

Estaba despierta y Seth, sin mirarla y con la vista puesta en esa foto, asentía con la cabeza. Muchas veces la cogía y hacía lo mismo, tumbarse ahí y mirarla. De enfermos, sí, pero era lo único que le quedaba.

—Suelo mirarla cuando necesito odiarte —Seth levantó la vista y también su mano para acariciarla cuando vio cómo los ojos de Adele se llenaron de lágrimas.

No era eso lo que quería.

—Ojalá algún día puedas perdonarme.

—Mierda —se levantó, se sentó en el sofá y cogió a Adele, la colocó sobre él—. No quiero verte llorar. Soy un imbécil, Adele. Ambos sabemos que no te odio. Me odio a mí mismo por no haber podido olvidarte.

Esa era la verdad y él la entendía ahora.

—Ojalá todo hubiera sido diferente —susurró ella.

Pero no lo fue y le quedaban pocas horas para marcharse. Y esa certeza recaía sobre los dos.

—Pero te irás —ella asintió con la cabeza, una lágrima cayendo por su mejilla—. Yo seguiré sin poder olvidarte.

Ella tampoco lo haría, era imposible. Pero esa no era su vida, ella hacía años que había elegido, todo tenía que volver a la realidad.

Llorando, se movió y se sentó a horcajadas sobre él. Las manos en la cara de Seth, acariciándola, mirándolo embobada, como si quisiera grabarlo en su memoria.

—Ojalá pudiera pedirte que te quedas —susurró él.

—Ojalá algún día deje de doler —susurró ella.

Y lo besó dulcemente. Agónicamente. Era una despedida entre los dos y ambos lo sabían.

Seth la agarró por la cintura, Adele con los brazos alrededor de su cuello, dejándose caer sobre él mientras sus bocas se devoraban en ese beso que marcaba el fin de aquel sueño vivido entre los dos.

Había sido corto, pero no irreal.

Desnudándose, terminaron uno encima del otro en el sofá, piel con piel, con escalofríos recorriéndoles el cuerpo a ambos, con gemidos de placer saliendo de sus gargantas. Gemidos que se convirtieron en un grito cuando Seth entró en ella. Y se movió, haciéndola suya, derramándose

en su interior mientras decía su nombre.

Y Adele lloraba, abrazada a él, mientras volvía a dejarse llevar por el sueño.

Capítulo 19

Seth estaba en la ducha, Adele tomando un café en la cocina. Y mirando fijamente los papeles del divorcio. Hacía un rato Seth había recibido un mensaje de Charlie. El coche estaba listo. El acceso al pueblo también abierto.

Era el momento de marcharse.

Seth entró en la cocina y la vio con la mirada perdida en los papeles. Ese sobre que tanto odiaba a un lado. No hacía falta preguntar de qué se trataba. La pequeña maleta de Adele a un lado, en el suelo.

Apretó los dientes, era el momento de dejarla marchar.

Se acercó a ella y sin mediar palabra, cogió el bolígrafo y firmó.

—Seth, no leíste —dijo ella rápidamente.

Ni lo iba a hacer, no lo soportaría.

—¿Lista? —preguntó en su lugar.

Adiós al Seth dulce de las últimas horas.

—Sí.

—Entonces vamos —salió de la cocina, ella lo seguía después de coger sus cosas y los papeles.

—¿A por el coche? —él asintió— Seth, espera —lo agarró del brazo antes de llegar a su camioneta, ella casi iba con la lengua fuera— ¿Puedo pasarme a despedirme de tu padre y Mario? Han sido buenos conmigo y quiero decirles adiós.

—A mí no me lo dijiste en su día —*mierda*, pensó él, había metido la pata de nuevo.

Adele suspiró.

—Lo sé, lo hice todo mal. Y aunque no lo merezca, ojalá algún día puedas perdonarme.

—Adele —él fue a cogerla y a abrazarla, disculparse, pero ella se retiró.

Estaba cansada de sus reproches, de tanta hostilidad. No hacía falta que le recordase cada dos por tres el pasado como si ella no fuese lo suficientemente consciente de ello.

—Quiero irme ya —dijo con tristeza.

Así se sentía porque él, con esa frase hostil, se había cargado lo especial que había ocurrido entre ellos.

Seth era imbécil, lo sabía. Era un tremendo bocazas. Había jodido lo que podía ser un bonito recuerdo por no ser capaz de dejar la rabia atrás.

Y por gilipollas, todo hay que decirlo.

Había creado tensión entre ellos, como si su historia no fuese lo suficientemente tensa por sí sola. Había jodido el adiós.

Lo supo en ese momento y lo confirmó en el camino en silencio hasta el restaurante.

Gilipollas, era más que gilipollas. Se estaba cargando su adiós.

—Lo quieres, ¿verdad? —preguntó Phillip.

Adele se limpió las lágrimas con las manos. Estaba sentada en una de las mesas de la cafetería, Phillip y Mario con ella. Se habían preparado una taza de café mientras esperaban a que Seth regresase del taller y fue sentarse y no poder evitar llorar al sentir la despedida que venía.

—Ya estamos divorciados —dijo ella, esa era su respuesta. No quería hablar de sus sentimientos porque dolía.

—Era lo que querías.

—Me caso —dijo ella, recordando por qué estaba allí.

—Seth nunca pensó en casarse —dijo Mario con tristeza—. Es un gran hombre, sería el marido perfecto. Quien tenga la suerte de conseguir su “Sí, quiero”, será afortunada toda la vida. Pero él no lo dará.

—Bueno, también tiene lo suyo —bromeó su padre—. Que se gasta un genio.

Adele sonrió, a ella ese genio le daba igual, también tenía su carácter, como todos. Nadie era un angelito del cielo.

—Es el mejor hombre que he conocido, mejorando lo presente —continuó Mario—. Ojalá algún día sea tan afortunado como tú —miró a Adele— y se dé la oportunidad de intentar ser feliz. Y espero que lo seas tú también, lo mereces —le sonrió el camarero, haciéndola llorar aún más.

—Nunca quise hacerle daño —Adele habló—. Y me odio por haberlo hecho. Espero que algún día pueda perdonarme de verdad y que deje de odiarme.

—No te odia —le aseguró su padre—. Ese siempre ha sido el problema de Seth, que nunca ha podido hacerlo. Habría sido más fácil así, pero te querrá siempre.

—Phil, por favor.

—Es la verdad, Adele. Y es bonito. Sois parte de la vida del otro, no creo que tampoco tú lo olvides nunca —no, eso no sería posible—. Pero hay que seguir adelante, ambos sabréis hacerlo.

Después de unos minutos en silencio, tomando su café, Adele se levantó y, con sus cosas, salió del lugar. Seth no tardaría en llegar, lo esperaría fuera.

Phillip y Mario la ayudaron y la acompañaron. Seth, como imaginaban, apareció pronto. Se bajó del coche de Adele y fue hasta ellos, cogió las cosas de Adele y las metió en el coche. Esperó allí a que ella se despidiese de los demás.

Con un abrazo, lo hizo de Mario.

—Gracias por darme la oportunidad —dijo ella.

Él sonrió.

—Eres una gran mujer.

—Phil —emocionada por el comentario de Mario, sonrió entre lágrimas, mirando al padre de Seth.

Se abrazaron, Adele no pudo evitar llorar. Cuando se separaron, se miraron a los ojos.

—Gracias —susurró ella.

—Sé feliz, Adele. Lo mereces. Deja de culparte y sé feliz.

Ella asintió. Lo haría.

Adele llegó hasta su coche, se paró junto a la puerta del conductor, el bolso y el sobre con los papeles del divorcio ya dentro del coche. Seth estaba allí. Le entregó las llaves a Adele y metió sus manos en los bolsillos.

—Adiós, Adele —estaba serio, su cuadrada mandíbula apretada. Su rostro mostrando dureza.

Ella no estaba tan entera. Lloraba. Y no era capaz de decir nada.

Abrió la puerta del coche, dispuesta a sentarse cuando Seth la paró. Cogió su cara entre sus manos y le dio un lento y dulce beso.

—Sé feliz —dijo él.

Y se separó de ella, alejándose, entrando en el restaurante. Llorando, Adele se metió en el coche y arrancó.

—Tú también, Seth, tú también —dijo mientras volvía a su vida.

Sin mirar atrás.

Seth se quedó parado al entrar en el restaurante, dando la espalda a la puerta, escuchando cómo ese coche se alejaba. Su padre y su amigo se pararon a su lado, ambos con una mano en cada hombro de él, ofreciéndole apoyo.

Y consuelo.

Porque lo conocían bien y sabían que esa entereza que mostraba no era más que fachada. Y con ellos no tenía por qué mostrarla.

Sabiendo eso, se permitió llorar.

Capítulo 20

Adele.

De regreso en la ciudad.

De pie en ese atril, se miraba al espejo.

—Espero que para el día de la boda cambies la cara, porque si no...

—Ahuyentarás al novio —Karen, su tía, terminó la frase de Alisha.

Adele se giró, sonrió al verla allí.

—Pensé que no ibas a llegar a tiempo.

Su tía había tenido algún que otro inconveniente con los vuelos cuando volvía del retiro espiritual. Adele ya no contaba con que estuviese presente en la última prueba del vestido de novia.

—Pero llegué. Y si llego a saber que te voy a encontrar con esa cara, no vengo —bromeó.

—No tengo ninguna cara rara —volvió a mirarse al espejo, la imagen de su tía y de su amiga reflejadas en él, estaban a su espalda—. Mi cara normal —se miraba y no le gustaba lo que veía—. Hay algo mal, no sé qué es, pero algo no me gusta.

Y es que algo fallaba, ¿pero qué? ¿Demasiado simple? ¿Demasiado ajustado?

¿No era el vestido de sus sueños?

—Yo veo el vestido bien, te queda perfecto —sonrió su tía.

—Pues no sé...

De perfecto nada, pensó. Perfecto era el que ella dibujó.

—La que falla eres tú, deja de darle vueltas al vestido —dijo Alisha.

Adele la miró de malos modos.

—¿Qué vas a criticar hoy? ¿Mis ojeras de nuevo? ¿Tal vez mi pelo? ¿Mi mala cara?

Desde que había llegado del viaje, Alisha la observaba demasiado de cerca. Tenía la mosca detrás de la oreja, se había dado cuenta de que algo había ocurrido allí, pero Adele no iba a soltar prenda.

Lo que había vivido con Seth se lo guardaría para ella sola.

—No se trata de averiguar, se trata de intentar entender.

—No sé qué tendrías que entender —se bajó del atril—. Supongo que está bien —dijo refiriéndose al vestido.

—¿Y tú estás bien?

—No seas pesada, Alisha.

—Lo seré hasta saber qué es lo que te pasa —miró a la tía de Adele—. Adele seguía casada, tuvo que volver a ese pueblo a buscar a su todavía marido para que le firmase el divorcio —soltó.

—¡Alisha, joder! ¡No es el momento ni el lugar! —exclamó Adele.

Pero ella estaba en lo suyo y observó con atención los rasgos de Karen.

—Pero tú ya lo sabías, ¿verdad? Que seguían casados —terminó diciendo.

Adele miró a su tía, quien suspiró.

Alisha hizo lo mismo, soltó todo el aire que tenía dentro. Sabía, de más, que ahí había algo y ella no sería como Adele, no se quedaría con la duda.

Pero Adele no iba a hacerlo, iba a preguntar también, ¡solo que no en ese lugar ni en ese momento!

Para Alisha eso no tenía importancia. Cuando algo era importante, lo era y ya. Y Adele no era la misma desde que volvió de ese lugar. Estaba triste. Y ella no podía permitir que su amiga estuviese así.

Karen miró a su sobrina a los ojos y encontró la respuesta que necesitaba al ver cómo estos se llenaban de lágrimas y tristeza. Fue entonces cuando habló.

—Vamos a casa, Adele, tengo algo que enseñarte.

Algo que haría que Adele se replantease su decisión.

Un rato después, estaban sentadas en el salón de la casa donde Adele había vivido con su padre y con su tía. Ahora solo con ella.

Su casa.

Karen, tras servir un té, se sentó y dejó un sobre encima de la mesa. Le hizo un gesto a Adele para que lo abriese. Ella, lentamente, lo hizo.

Era un acuerdo de divorcio fechado catorce años antes.

Firmado por Seth.

—Tu padre intentó la anulación, pero no fue posible. El juez no vio nada raro en vuestro matrimonio, así que hizo que sus abogados redactasen el divorcio y él mismo, conmigo, fuimos a entregárselo a Seth para que lo firmara —Alisha y Adele escuchaban con atención—. Cuando lo vi, no era el mismo chico que conocía, estaba destrozado. Nos vio y casi se vuelve loco imaginando que habíamos ido a decirle que algo malo te había pasado. Su mente no concebía la idea de que lo hubieses dejado —a Adele se le escapó una lágrima al oír eso. Seth...— Tu padre lo intentó de todas las maneras, pero él no quería firmar. No quería dejarte. Ni siquiera creyó cuando se le dijo que no lo querías —sonrió ella con tristeza—. Al final consiguió hacerle creer que él solo sería un problema, que tú merecías más y no sé cuántas cosas más. Como logró sembrar en su mente la idea de que nunca lo quisiste. Firmó. Y tu padre logró ese día que él te odiase. Eso nos dijo al salir. *“La odio”*.

—Sigue haciéndolo —lloró ella.

—No entiendo —dijo Alisha—. Si él firmó el divorcio y Adele también.

—Yo nunca firmé eso.

—Tú creíste firmar la anulación —le dijo su tía—. Pero no era eso, obviamente. Cuando volvimos a casa, estabas llorando dormida. Lloraste desde aquella noche cuando tu padre consiguió chantajearte emocionalmente con su fingido infarto.

—¿Fingido?! —exclamó Alisha.

Adele no podía ni hablar.

—No te quería con él, Adele, lo sabes. Tu padre tenía mejores planes para ti y pensó que te hacía un bien. Pero yo no y me enfrenté a él. Conseguí que ese divorcio se quedase en stand by. Era la forma que encontré de darte la oportunidad de que, con el tiempo y sin la influencia de tu padre, pudieses elegir cuál era tu felicidad.

Adele lloraba, no entendía nada, eso era todo una locura. ¡Ella nunca pensó que su padre...!
¡Joder!

—Pero me animasteis a casarme.

—Él sabía que se moría. Se arrepintió de lo que hizo entonces. Pero no sabía cómo decírtelo. Lo ibas a odiar y a repudiar y él no podía irse de ese mundo así. Le dije que no tenía que contártelo, que la vida se encargaría de centrarlo todo. Y que tanto tú como Dios lo perdonarían, ya sufría con esa enfermedad castigo suficiente. Pero él no quería irse con esa culpa y decidió contártelo y apelar a tu perdón. Iba a hacerlo, pero cuando llegaste a verlo esa noche, ya era tarde. La vida no quiso darle esa oportunidad de redimirse. Y yo tampoco pude, no sabía cómo. Así que una llamada al registro civil para acelerar las cosas ayudó, ¿no?

Adele negó con la cabeza. No, no había ayudado en nada.

—Joder, Karen, perdóname. Y que me perdone Dios por hablar así de un muerto. ¡Pero sois unos hijos de la gran puta! —exclamó Alisha perdiendo el control— Ese chico acabó destrozado y ella también ¡porque se amaban!

Había visto sufrir a su amiga por Seth. La había visto desvivirse por ser quien su padre quería, renunciando a todo por convertirse en alguien digna de ser su hija. ¡Y su padre era un cabrón de primera!

—A mí me pasaba como a Adele, tenía la necesidad de sentir el apoyo de mi hermano. Era la única persona que me quedaba en el mundo —Karen suspiró—. Sé todo lo que hice mal, sé muy bien el daño que le hice a mi sobrina.

—Y que le hiciste a Seth —lloraba Adele.

—Y el que le hice a Seth —confirmó su tía—. Eché de menos ese lugar, muchas veces quise regresar. Muchas veces quise contarte que tu padre jugaba con tus emociones, que te estaba manipulando. Pero tú eras muy joven para ponerle un alto. Yo no y tampoco era capaz. Esperaba que algún día llegase este momento porque sabía que no podría decirte la verdad de otra forma. Me he liberado de un gran peso.

Adele se limpiaba la cara. Alisha, a su lado, la abrazaba. No tenía ni idea de lo que podía estar sintiendo su amiga al sentirse traicionada por su propia familia.

—Seth no me dijo nada de esto —señaló a los papeles del divorcio de años atrás.

—¿Cómo está? —quiso saber Karen.

—Odiándome.

Karen rio y negó con la cabeza.

—Me juego el cuello a que eso no es cierto. Puede creer que lo hace, pero no es así. Se nota cuando alguien quiere a otra persona de verdad, Adele. Como se te nota a ti al hablar de él.

Adele se levantó, la ansiedad en ella. Se pasó las manos por el pelo, nerviosa.

—No solo habéis jugado conmigo y con Seth. También con Jack.

—No es jugar, Adele. Tu padre te lo metió por los ojos y tú aceptaste, como todo lo que él quería que hicieras. Él sabía que tendrías que enfrentarte a Seth antes de la boda y ahí decidirías qué vida querías de verdad cuando él ya no estuviera. No lo hizo bien, pero fue su manera de pedirte perdón y darte a elegir.

—Oh, vamos, no me vendas esta historia que parece sacada de una novela como algo bonito, por

favor. Nos hicisteis daño a los dos por no poder respetar ¡algo que no os incumbía!

—Pero ahora no somos nosotros quienes te lo hacemos, Adele. Si ahora sufres, que lo haces, es por ti. Tu padre no está, pero Seth tampoco. Has estado con él y has vuelto para ponerte el vestido de novia. Elegiste esta vida y a Jack.

Y maldita fuera su tía por enésima vez porque lo que decía era cierto.

Había vuelto a fallarle a Seth. Y esa vez no era culpa de nadie, en realidad nunca lo fue.

La culpable de todo eso siempre fue ella.

Capítulo 21

Adele miraba por la ventana del salón de la casa que en ese momento sentía como extraña. Era como si una luz dentro de ella se hubiese encendido y le mostrase que había muchas cosas en su vida que no estaban bien.

—Me siento tan imbécil —suspiró.

—Eh, ¡no! No permitiré que lo hagas —Alisha fue hasta ella y la giró, haciendo que la mirase a la cara—. Nadie tiene derecho a juzgarte, pero tú misma tampoco. Hiciste lo que creíste en aquel momento y no eres mejor ni peor por ello, ¿vale?

—No era el mismo, Ali —se refería a Seth. Alisha sonrió con tristeza, esperando a que por fin le contase qué había ocurrido en ese viaje. Desde que Adele llegó, estaba diferente. Ella sabía que algo había pasado, pero no lograba sacarle una palabra. Se quedó en silencio, escuchándola—. No fue fácil sentir su odio. Lo que sentía por mí lo había convertido en eso. Y yo sabía que era mi culpa. No me gustaba que me tratase así.

—Normal, cariño —cogió la mano de su amiga y se sentó en el sofá, junto a ella—. ¿Y qué pasó?

—Engañé a Jack y no voy a justificarme diciendo que no pude evitarlo. Ya no soy esa chica que se deja llevar por las circunstancias —miró a su tía de reojo, ese comentario iba por ella—. Me acosté con Seth porque quise hacerlo, necesitaba hacerlo.

Alisha sonrió. No por el engaño, sino por la seguridad con la que su amiga había dicho eso. Era una manera de demostrar que cogía las riendas de su vida.

—No te odia, ¿eh? —sonreía Ali.

—En parte sí y con razón —una sonrisa torcida en sus labios, recordando sus malas formas—. Tiene genio.

—Y tú también —le recordó su tía—. Estoy segura de que allí te mostraste de verdad.

Pues sí y hasta ese momento no se había dado cuenta de cuánto cambiaba cuando se sentía libre.

Con Seth se sentía libre.

Con él se desquiciaba, discutía, se retaban. Eran naturales porque sabía que podía ser ella misma, sabía que él no quería ni esperaba de ella algo que no fuera.

¿Cómo nunca había pensado en eso?

Con él no tenía que controlar sus modales, era natural. Tan diferente a como era en su vida.

—Te gustaría —le dijo a Alisha, sabiendo que Jack no lo hacía. Para ella, Adele necesitaba un hombre menos comedido, algo más de emoción en la vida.

—Seguro que sí —sonrió ella.

—¿Eso significa que esta vez lo eliges a él?

Adele miró a su tía, Karen le devolvía la mirada con arrepentimiento. Pero ella no podía perdonarla, al menos no en ese momento. Necesitaba tiempo y espacio.

—Eso significa que nunca más dejaré que alguien elija por mí.

Capítulo 22

Seth.

Hacía días que Adele se había marchado. Seth estaba volcado en el trabajo, era la mejor manera de no pensar demasiado. Aunque por las noches, cuando llegaba a su casa y todo le recordaba a ella, no importaba lo cansado que estuviera, no podía dormir.

Solo recordar.

—Es la tercera vez que limpia la barra —dijo Mario.

Phillip y él estaban sentados en los taburetes, Seth al otro lado, recogiendo. Mejor dicho, limpiando sobre limpio.

—¿Se lo dices tú o se lo digo yo? —preguntó su padre.

—Tú, que para algo eres su padre.

—¿Eso qué tiene que ver?

—No sé, pero a mí con esa cara que me trae no me da confianza decirle nada.

—No traigo ninguna cara, solo estoy cansado —dijo Seth, que oía todo.

Con esos dos como para no hacerlo, se pasaban el día charla que te charla. Él sabía que intentaban animarlo, pero eso no quitaba que siguiesen siendo dos granos en el culo.

—Pues hijo, deja la cara de agrio —dijo el español.

Los otros dos ya entendían el significado de eso, así que no preguntaron.

—Estoy bien —mintió por enésima vez.

Es lo único que decía desde que Adele se marchó. Y en parte era cierto, sentía algunos de sus demonios calmados, nada que ver con cuando la perdió catorce años atrás.

Pero bien, lo que significaba encontrarse así... Como que no. Era imposible, pero lo sobrellevaba mejor.

Los otros dos no la nombraban, esperaban a que Seth sacase el tema y sus emociones para pasar página, pero conociéndolo, sabían que tampoco sería fácil. Así que se mantenían ahí, intentando animarlo sin entrar en detalle. Él hablaría de ella cuando lo necesitase.

El silencio volvió a recaer sobre ellos y Seth volvió a limpiar la barra. Ahí iba la cuarta vez.

—Es tarde —dijo su padre.

—Sí, ¿nos vamos? —preguntó Mario.

—Que descanséis —dijo Seth.

—Y tú, deja el pañito y vamos —ordenó Mario.

—No, yo tardaré un poco más en irme.

—Vamos, hijo, estás agotado, necesitas...

—No —él negó con la cabeza—. Estoy bien. Aquí estoy mejor que en casa —porque en casa... Le dolió el pecho al pensar en ella— Allí todo me recuerda a ella.

Ya estaba, ya lo había dicho.

—Ay, amigo —la tristeza en la voz de Mario.

Seth dejó la bayeta a un lado y suspiró, mirándolos.

—Lo llevo bien, de verdad. Solo que a veces me cuesta.

—Estuvisteis juntos, ¿verdad? —su padre, por fin, se atrevió a preguntar.

Seth afirmó.

—Pero era consciente de que se iría.

—Sigo sin entender, Seth. Jamás olvidaré la noche que su padre vino aquí —su hijo lloraba entonces, desconsolado—. Firmaste el divorcio. ¿Cómo es posible que sigáis casados?

—No lo sé. Algo hay ahí que no sé. Y ella menos, te lo aseguro.

—¿Qué piensa ella? —preguntó Mario.

—Tenía algunas dudas, me dijo que se le había pasado por la cabeza que su tía tuviese algo que ver, pero no tenía sentido. No lo descarto. De todas formas, da igual. De eso ya hace años. Además, para ella este es el primer divorcio, tenía la idea de que ya deberíamos estar divorciados y yo tampoco la saqué de su error.

—Pero los papeles que trajo su padre estaban firmados por ella —recordó Phillip.

—A saber lo que ese hombre le dijo que firmaba —Seth resopló—. Con el susto en el cuerpo del infarto que sufrió su padre, también es para entenderla.

—¿Infarto?

—Al enterarse del divorcio —dijo Seth.

—¿Antes de venir a verte? —preguntó su padre. No se creía eso, ahí había gato encerrado.

—Supongo.

—¿Por qué no le dijiste, Seth? Que su padre vino y todo eso. A lo mejor, entre los dos, encontraréis la explicación.

—¿Para qué, hermano? No cambiaría nada, eso ya pasó. Además, contarle la visita de su padre sería hacerle daño a ella —Seth suspiró—. Muchas veces he creído que era eso lo que necesitaba, herirla, pero no es así.

—No seas idiota, nadie te creía cuando decías eso —resopló Mario.

—Ese hombre logró lo que quería. La convirtió en su sucesora en los negocios sin importarle si ella renunciaba a sus sueños. No sabéis cómo de feliz era diseñando. Pero esa ya no es ella. Él lo logró.

—Y la separó de ti —dijo su padre con firmeza.

—No, ella eligió eso, papá.

—¿De verdad lo crees? Te llegaste a creer lo que te dijo, que ella no te quería. ¿Qué no habría conseguido tratándose de su propia hija?

—Podía haber venido a buscarlo, Phillip —intervino Mario.

—¿Una chica joven? ¿Sola? ¿Sin el apoyo de su padre que además está a punto de palmarla por un infarto por culpa de ella? ¡Vamos, os creía más inteligentes! No la estoy defendiendo, no lo hizo bien. Pero joder, tampoco la puedo juzgar. Tuvo que elegir y la culpabilidad es muy mala.

—Lo eligió a él.

—Y no puedes culparla por ello, hijo. No estabas en su piel. Y no por ello te quería menos.

Phillip cada vez lo tenía más claro.

—En eso tiene razón tu padre —intervino Mario—. Pero esta vez sí elige y su padre ya no está, ¿no?

—Y no me eligió —esa era la verdad, dolía, pero era así—. Nuestra historia no existe, hace mucho que es así. Solo quiero cerrar las heridas y seguir adelante. Y que ella sea feliz.

Era hora de cerrar ese capítulo.

—¿Y aquí termina todo? —preguntó Mario.

—Terminó mucho antes —confirmó Seth—. ¿Creéis que no me muero de ganas de buscarla y pedirle que me elija a mí esta vez? ¿Creéis que no tengo ganas de salir corriendo y decirle que aún la quiero? Porque no lo sabe —claro que se moría por hacerlo. No lo había hecho, solo le

había dicho cuánto la odiaba, cuánto daño le había hecho. Quizás ella había adivinado lo que de verdad sentía él mientras la besaba, mientras la tocaba, mientras la hacía suya. Pero oírlo no, porque él no se lo había dicho— Pero no puedo hacerlo, no es justo para ninguno de los dos. Ella tiene su vida, ha elegido y yo tengo que aceptarlo.

No había más.

Esa noche, al llegar a casa, se paró en la puerta del salón. Ahí se la había encontrado aquella vez, dormida, con la foto de ellos dos juntos entre sus dedos.

Foto que por más que puso la casa patas arriba, no volvió a encontrar.

Era lo único que tenía de ella. Eso y sus recuerdos. Y el olor de su piel guardado bien presente.

Se sentó en el sofá y cerró los ojos, reviviendo los momentos que había pasado con ella allí.

Amaba a esa mujer, siempre lo había hecho.

Había intentado odiarla, pero era un imposible. Como había intentado olvidarla, pero no podía forzarse al corazón a sentir lo que no sentía.

Tenía que aceptar su destino. Esa vez parecía ser más llevadero, pero maldita fuera la vida, dolía igual o más que antes.

Porque la amaba igual o más que nunca.

Capítulo 23

Esa misma noche.

—Hola, mi amor, no te esperaba —Jack se acercó a Adele y le dio un beso en la cabeza.

Había llegado a su casa después de un duro día de trabajo y la empleada, que salía a la vez que él entraba, le había dicho que Adele estaba allí, esperándolo.

Extrañado porque no lo había avisado de su visita, se sentó frente a ella y la miró.

Ella también lo hizo. Era un hombre alto, elegante. Su pelo castaño siempre corto y bien peinado. Unas facciones serias en un rostro normal, nada que lo hiciese ver especial. Pero muy inteligente, amigable y seguro de sí mismo.

Tanto como tranquilo y pausado.

—¿Está todo bien?

—¿No puedo venir a visitarte sin más?

—Eh, sí, claro. Solo me ha extrañado.

Es que en realidad eso no era lo extraño, pero todo lo demás sí.

Iba a casarse con un hombre con el que casi tenía que coger cita para entrar en la que iba a ser su casa en unos días. Como si fuese una más de sus pacientes. Y ella no había visto nada raro hasta el momento. ¿Cómo iba a casarse con un hombre con el que no tenía confianza ninguna?

¿Cómo no se había dado cuenta de nada de eso durante tantos años? ¿Tantas carencias sentía como para consentir lo que fuese sin cuestionarse nada por sentir la aceptación de su padre?

Había dejado que los demás manejasen su vida y la culpa solo era suya.

Pero ya no lo haría más.

—Estoy casada —lo soltó así, de sopetón.

Porque era así. Quedaban pocos días para la boda y ella aún no había entregado los papeles del divorcio.

Jack ni se inmutó, se desabrochó el botón de la chaqueta y se acomodó mejor en el butacón.

—Con Seth Marshall —dijo él.

Adele abrió los ojos como platos. ¿Pero cómo...?

Joder, Adele, en esta familia como para que algo te pille por sorpresa. ¡Recuerda que era amigo de tu padre!, dijo la voz de su cabeza.

—Mierda —ella se levantó de un salto, lo que le faltaba por descubrir.

Pero ¿cómo había podido ser tan tonta?

—No hables así.

—No me toques los ovarios —soltó ella. ¿Quién coño se creía él para decirle cómo podía hablar o cómo no?

¡Anda a la mierda, hombre!

—Dos días en ese lugar y vuelves rebelde —Jack negó con la cabeza—. Tu padre tenía razón en que todo lo referente a ese pueblo te convertía en alguien diferente.

Tan diferente que iba a perder la eterna paciencia de la que hacía gala con Jack y le iba a estampar uno de sus preciosos y robustos jarrones en la cabeza.

—¿De qué va todo esto? —Adele alucinaba— ¿Qué mierda está pasando aquí?

—Siéntate, Adele, me pones nervioso.

—¿Y a ti qué mierda no te pone nervioso, Jack? —explotó ella.

—¿Tienes que usar tacos?

—¡Uso lo que me dé la gana! ¿Cómo no hacerlo si no dejáis de tocarme el coño? —si no la quería vulgar, ahí la iba a conocer aún peor— Y que conste que a Seth nunca le gustó esa expresión, pero ¿sabes qué? ¡Me daba igual! ¡Y a él también!

—Adele —Jack suspiró—. No vamos a poder hablar así.

—Es que no quiero hablar. ¡¡¡Lo que menos quiero es hablar!!!

Jack esperó a que ella dejase de caminar y se sentase. Tardó en hacerlo, pero lo hizo. No más calmada, pero sí un poco menos desquiciada.

—Sé desde el principio que estás casada. Tu padre me lo contó. Tú no lo hiciste, lo respeté. Conocía la historia y entendí que no quisieras hablar de ello.

—¿Y ya?

—¿Y qué más quieres que te explique?

—¿Cómo sabías que había ido a buscar a Seth?

—No soy tonto, Adele. Conozco tu historia, siempre lo hice. Era evidente que no podríamos casarnos si no arreglabas tu matrimonio y conociéndote, sabía que lo harías personalmente.

Acepté todo y esperé a ver cómo actuabas. No es un crimen, ¿no?

—No, no es un crimen. ¿Pero cómo esperar algo así? Joder, Jack, ¿sabes que aún no entregué esos papeles y que sigo casada con él? ¿Me estás entendiendo?

—Sí.

—¿Y lo dices tan tranquilo?

—¿Cómo si no?

—No sé, Jack, ¿con un poco de sangre?

—Yo no soy ese tipo de hombre, Adele. Tan simple como eso. Te pedí matrimonio porque eres la mujer con la que quiero tener un proyecto de vida, creo que lo haríamos bien. Pero no puedo obligarte a ello.

—Joder, Jack, ¿pero te escuchas? Con quien quiero tener un proyecto de vida, creo que lo haríamos bien —negó con la cabeza—. Te he mentado siempre, lo he hecho hace unos días y aun así, ¿te lo tomas así? ¿Tan normal?

—Solo te entiendo.

—¡Pues no me entiendas tanto! —exclamó ella, la pasividad y la comprensión de ese hombre la hacían perder la cabeza— Lo siento, es que yo...

Joder, es que no podía con él. Hasta en la cama era así. Adele no sabía cómo lo había podido soportar tanto tiempo, ¡si ella no tenía paciencia ninguna!

Porque no era ella, por eso. ¡No era libre! No se había permitido a sí misma serlo.

—Te entiendo —dijo él.

Adele puso los ojos en blanco, porque de ser otra persona seguro que lo decía usando la ironía, pero Jack no. Él lo decía de verdad. Porque así era Jack.

Normal que fuese de los mejores en su profesión, si en vez de sangre tenía horchata.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó ella, intentando calmarse. Una pregunta retórica que Jack no entendió como tal.

—Para mí no ha cambiado nada, Adele. Sigo creyendo que eres la persona indicada para mí. Mi elección sigue siendo la misma.

Adele suspiró pesadamente.

—Jack, yo no solo vine a decirte la verdad. Vine porque no puedo casarme contigo.

—¿No puedes?

—No quiero hacerlo.

Jack se levantó y se sirvió un vaso con whisky.

—¿Quieres uno? —ella negó y él se lo bebió de un trago— Siempre supe que algo así podía pasar. Tu padre y tu tía me lo advirtieron, ¿sabes? Me dijeron que en el momento en que lo vieras, te perdería. Pero no lo quise creer y seguí ahí, esperando a que no tuviesen razón.

Adele sintió pena por él.

—Jack, lo siento. Yo no quiero hacerte daño.

—Tranquila, te entiendo —y dale con la frasecita. Volvió a sentarse—. ¿Sigues enamorada de él?

—Esto no es por él, es por mí. Me siento idiota, ¿sabes? He estado viviendo una vida que no quería y se estaban riendo de mí.

—No es así, Adele.

—Lo hicieron mal y yo también. Y ya no quiero, Jack. Tengo ganas de vivir de verdad.

—¿Con él?

—No lo sé —dijo con sinceridad—. Él me odia, pero no es lo que importa ahora. Lo que necesito es sentirme libre y elegir. ¿Es mucho pedir?

—Supongo que no —él sonrió—. Me gustaría haber sido el elegido, pero llegué tarde. ¿Qué tienes pensado hacer?

—No lo sé —Adele suspiró—. Tengo mucho que pensar, tengo decisiones que tomar. Para ello necesito sentirme libre.

—¿Libre significa sola?

Adele sonrió, porque por muy irónico que pudiera parecer, la respuesta era no.

—No. Libre no tiene por qué significar sola.

—¿No que te odiaba? —una sonrisa triste en el rostro de Jack.

Adele sintió pena, pero no iba a culparse más. Él tampoco había actuado bien y ahí estaban las consecuencias de sus actos.

Ya estaba bien con cargar con culpas ajenas o con actuar pendiente a los sentimientos de los demás. No iba a ir por la vida haciendo daño, pero menos aún se lo iba a hacer a ella misma.

Al fin y al cabo, si no se respetaba a sí misma, ¿cómo iban a hacerlo los demás?

Adele, mirando los ojos marrones de Jack, sonrió, un poco avergonzada.

—Espero poder cambiar eso.

—Si es tu felicidad, Adele, lucha por ella.

—Gracias, Jack. Eres un gran hombre.

—Pero sin sangre en las venas, ¿no?

Bromeó él, haciéndola reír.

—Si te va bien así...

—¿Me acompañas a cenar? ¿O tampoco podemos ser amigos?

—Solo si me invitas a una buena pizza.

—¿Me vas a hacer entrar en un lugar así?

—Hoy no hay pijolandia, Jack. Hoy elijo yo.

—Qué remedio —suspiró él, haciéndola reír.

Era un buen hombre, se merecía encontrar a alguien. Y seguro que lo haría.

Porque como dice el dicho, siempre hay un roto para un “descosío”.

Capítulo 24

Seth.

—Hola —Sarah se acercó a él cuando terminó la ceremonia de inauguración del salón de belleza. Seth, guapísimo con un traje chaqueta a juego con la ocasión, sonrió.

—Estás preciosa, Sarah.

—Gracias —sonrió ella—. Tú también estás muy guapo y has hecho un gran trabajo —empezaba el catering que Seth había organizado. Aun después de lo que había ocurrido entre ellos, los negocios eran los negocios. Sarah no quería que nadie más se encargase de ese momento, quería al mejor.

Y el mejor era Seth.

Así que en vez de seguir tratando con él con lo tensa que estaba la cosa, lo hizo con Mario.

Pero Seth no le guardaba rencor y allí estaba, acompañando a una amiga en un momento como aquel.

—Mario se dejó la piel, ya sabes cómo es.

—Engordará a todos —rio ella. Él también—. Seth, yo, necesito disculparme.

—No, no tienes que hacerlo. Aquello pasó, Sarah. Y no lo tomo en cuenta. Espero que tú me perdones a mí porque también lo hice mal.

—Lo hicimos los dos —concordó ella—. Me cegué por el amor que te tengo y no es justo cómo te trate.

—Yo tenía que haber dejado las cosas claras antes, también fui un imbécil. Pero por favor, si me guardas un poco de cariño, olvidémoslo. Si hace daño, no hay que dejarlo dentro. Mejor perdonar y pasar página.

—Vaya —ella sonrió—. Me gusta este nuevo Seth. ¿Le debemos el cambio a ella?

—Supongo que en mucha parte sí —admitió él.

—¿Y dónde está? Tranquilo, no la intentaré coger por el pelo esta vez —rio Sarah, reía por la vergüenza—. Necesito pedirle perdón.

—No está, Sarah. Pero tampoco tienes que disculparte con ella. Te aseguro que es una gran mujer y que todo esto ya lo olvidó.

—Debe de ser una gran mujer para que alguien como tú la siga amando así, Seth. Y lo digo a bien —una sonrisa dulce de regalo—. Déjame decirte que es preciosa, más guapa de lo que se ve en las fotos. Los años le sentaron bien.

Como si él no pensara lo mismo, pero solo le quedaría esa foto, si es que lograba encontrarla, para seguir mirándola porque fue tan imbécil que ni una nueva le tomó. Tendría que aguantarse con el recuerdo en su memoria.

—Sí que lo es.

—No sé qué pasó, Seth. Pero quiero que sepas que si necesitas hablar, estoy aquí. Y de verdad que como amiga. Te quiero mucho y espero seguir teniendo la oportunidad de estar así en tu vida.

—Cuenta con ello —le aseguró él.

—Y como te digo, no sé qué pasó entre vosotros. Pero vi cómo te miraba y quizás por eso sentí más miedo.

—¿A qué te refieres? —Seth frunció el ceño.

—Oh, vamos, se le notaba a leguas que te quiere. No creo que nunca haya dejado de hacerlo. Y es una pena, ojalá podáis arreglar las cosas y ser felices juntos. Porque es evidente que solo lo seréis así. Evidente para los dos —le dio un beso en la mejilla—. Si puedes, lucha por ella, no la dejes escapar esta vez, no seas tonto —dijo emocionada.

Lo estaba echando a los brazos de otra que no era ella, hasta ese punto lo quería.

—También te quiero, Sarah —reconoció él.

—Cómo no hacerlo, amiga mejor que yo no hay —con un guiño de ojo, dejó solo a Seth, sonriendo.

—Vaya, la verdad es que a veces me pregunto cómo dejaste escapar a semejante mujer.

Seth miró a Mario, estaba a su lado.

—Semejante mujer no deja de alabar el buen trabajo que hiciste.

—Normal, todos lo hacen. Si soy el mejor cocinero del estado. Qué pena que mi talento esté tan desperdiciado.

Seth soltó una carcajada.

—Tienes un morro que te lo pisas. ¿Por qué no la ayudas?

—¿A Sarah?

—Aha. Será una noche pesada para ella, se pone nerviosa.

—Entiendo... ¿No te importa?

Seth negó con la cabeza, una gran sonrisa en sus labios.

—Si las personas que quiero están felices, ¿cómo va a molestarme? —le dio una palmada en el hombro— Tira, Casanova, quién sabe si esta es la definitiva.

Mario le dio un abrazo a Seth y se acercó a Sarah. Seth sonrió, tenía la sensación de que aquel podía ser el inicio de una bonita amistad.

La noche estaba siendo perfecta, la inauguración mejor de lo que imaginaron.

Seth, ya sin chaqueta y sin corbata, con los botones de arriba de la camisa desabrochados, sentado en uno de los taburetes de su restaurante. Se había despedido de la anfitriona y, caminando, había llegado hasta allí.

No le vendría mal una copa en la que era su segunda casa.

Su padre, al verlo, no quiso dejarlo marchar solo y lo siguió en silencio.

—¿Puedo acompañarte?

Seth negó con la cabeza. Había escuchado la puerta abrirse y por los pasos, sabía de quién se trataba.

—No puedes beber.

—Tomaré agua —su padre cogió una botella, un vaso y se sentó al lado de su hijo—. No lo llevas tan bien como quieres aparentar, ¿verdad?

Seth suspiró pesadamente.

—No sé por qué me cuesta tanto.

—Porque la echas de menos. Es normal. Sabes que el tiempo calma las cosas, pero volviste a tenerla cerca y ahora todo es más intenso.

Sí, era así, no podría haberlo explicado mejor.

—A veces tengo ganas de coger el coche e ir a buscarla —rio irónicamente—. ¿Pero dónde? Ni siquiera sé dónde vive. Ni dónde trabaja.

—¿Lo harías de saberlo?

—Lo habría hecho ya —dijo sin dudar—. Joder, papá, ¿cómo se puede querer tanto a alguien?

—Eso le preguntaba yo a tu madre. Y ella siempre me decía que no había respuestas para todo, menos para cuando de sentimientos se trataba. Solo había que sentir y ya.

—También la echo de menos a ella.

—Y yo, hijo. Y yo. Con Adele has dado un paso importante. Sigues con tu vida, esta vez no te has hundido.

—Duele igual.

—Claro que duele.

—El amor no debería de doler, ¿no es eso lo que me decías siempre?

—El amor no duele, Seth. Has estado con ella hace unos días. ¿En esos momentos, cuando la besaste, dolía? No, ¿verdad? Podía dolerte el cuerpo por el deseo, pero eso no es dolor. Dolor es no tenerla, dolor es cuando no tenemos amor. Es como en las parejas. Cuando no estás seguro de la otra persona, la celas. Los celos son sinónimo de inseguridad. Es eso lo que duele. Pues igual. Te duele no tenerla cerca. Pero no duele amarla. ¿Lo entiendes?

—Muy sabio eres tú —bromeó Seth.

—Es lo que tiene ser un viejo.

—Vieja la ropa —Seth se terminó la copa y la rellenó—. ¿Crees que se habrá casado?

—No lo sé, Seth. ¿Te ayudaría saberlo?

—No lo sé —se bebió la copa de un trago—. Quizás sí. Quizás no.

—¿Por qué no dejas de beber y vas a casa? Descansar te irá mejor.

Seth no había llegado a tener problemas con el alcohol por los pelos. Cuando Adele se marchó, cayó en un pozo de desesperación y tristeza. Alguna que otra vez terminó borracho y aunque no llegó a convertirse en un hábito, a su padre no le gustaba verlo así.

Seth conocía el temor de su padre y no quería ser el causante de ponerlo nervioso.

Así que se marchó de allí. Lo acompañó a casa y fue hasta la suya.

Esa noche, al llegar a casa, no pudo quedarse en la puerta de la cocina y mirar hacia ese pequeño sofá donde se la había encontrado dibujando. Fue hasta allí y se sentó, donde ella había estado.

Entonces el cuaderno que ella tuvo ese día entre las manos llamó la atención de Seth. Lo cogió y lo abrió, curioso de saber qué había estado pintando.

Una mujer vestida de novia en un bosque. Ella sonreía y el vestido era maravilloso. De princesa, espectacular. La chica llevaba una corona de flores en el pelo y sonreía.

¿Sería ese el vestido que se pondría el día de su boda con su prometido?

Maldiciendo por echarla de menos, se levantó, dejó caer el cuaderno y se fue a la cama. Allí tampoco es que fuera a estar mejor, porque todo en esa casa seguía oliendo a ella.

Maldita mujer, siempre jodiéndole la mente. ¡No salía de ella!

¿Cómo demonios iba a olvidarla así?

Quizás tenía que aceptar que olvidarla nunca sería posible. Tendría que aprender a vivir con el recuerdo y con el anhelo de un amor imposible. Un amor que ni siquiera sabía de primera mano que seguía siéndolo.

El amor de su vida nunca estaría junto a él.

Capítulo 25

Seth despertó, a la mañana siguiente, con el sonido del timbre. Resopló, abrió los ojos lentamente, miró la hora y metió la cabeza bajo la almohada. A la mierda, pasaba de abrir. Aún le quedaban diez minutos de sueño y con lo cansado que estaba y el dolor de cabeza que tenía, no los iba a perder.

El timbre no volvió a sonar, pero la puerta sí. Quejándose porque la almohada no amortiguase el sonido, se levantó cuando las llamadas fueron más y más insistentes.

—Maldito sea quien sea que esté llamando —refunfuñó mientras se levantaba.

Joder, qué por culo daba todo el mundo. ¡¿Es que no podían dejarlo vivir?!

Salió del dormitorio y el olor al perfume dulce de Adele le llegó a la mente, turbándole.

—Maldita mujer —qué le gustaba maldecir—, ¿cuándo te vas a ir de mi mente?

Nunca. Ni de la mente ni del corazón.

Seth caminó por el pasillo, pasó por la puerta de la cocina y...

¡Stop!

Un par de pasos más para atrás porque le había parecido ver a alguien allí.

De alguien nada, era esa maldita mujer. ¡No lo dejaba vivir!

Miró al pequeño sofá donde creyó haberla visto tumbada pero no, allí no había nadie. Olía a ella, sí. Pero...

Miró mejor en la cocina.

—Déjalo, Seth, solo es una alucinación. Joder, ¡si es que hasta como fantasma me vuelve loco! — los golpes en la puerta fueron más fuertes— ¡¡¡Que ya voy!!! —gritó.

Mató a su padre con la mirada cuando abrió la puerta. Lo señaló con el dedo, abrió la boca para decirle algo, pero finalmente la cerró. Aún señalándolo, entró en la casa.

Phillip enarcó las cejas, divertido.

—Buenos días para ti también —dijo con voz cantarina.

Cómo alguien podía dormir tan poco y levantarse tan feliz era incomprendible. A lo mejor era cosa de la edad, a saber. Pero a Seth no le pasaba.

Todavía.

Parado en la puerta de la cocina, Seth asomó la cabeza y miró alrededor. Seguía sin haber nadie. Se encontró con la cara de su padre que hacía lo mismo desde el otro lado de la puerta y casi muere de un soponcio.

—¿Pero se puede saber qué haces?! ¿Me quieres matar de un susto o qué?!

—¿Qué hago yo? ¿Qué haces tú?

—Nada —gruñó Seth—. Solo me pareció ver a alguien —entró en la cocina, necesitaba un café doble.

—¿A alguien? ¿Qué alguien?

—A nadie —dijo en tono de “déjalo ya, por favor”.

—Si cuando te digo que no bebas es por algo, que te deja majara.

—Aplicate el cuento cuando eches de menos una cerveza.

—A mí no es aplicable, yo tolero muy bien el alcohol. Soy de otra época, estoy hecho de otra pasta.

—No lo dudo...

—¿No dormiste? ¿Por qué ese humor?

—Será porque un ser aburrido vino a molestarme cuando aún no había sonado ni mi despertador.

—¿A qué hora lo pones?

—¿El qué? ¿El despertador?

—Sí. ¿Qué va a ser si no?

—A las ocho.

—Pues deberías ponerlo antes, así no tengo que despertarte yo.

Seth puso los ojos en blanco, las dos tazas de café ya sobre la mesa.

—¿No es más fácil que no me molestes y ya?

—Quería desayunar contigo.

—Pues ven más tarde o, mejor, lo haces en el bar. No es necesario que nos tomemos el café cuando canta el gallo.

—Qué te gusta quejarte —suspiró su padre.

—Jum...

Seth bebió de su café y miró a su padre. Miraba por la ventana y hacía señales con las cejas. Así

que Seth se giró. Le pareció ver una sombra que desapareció ligero.

—¿Qué haces? —preguntó a su padre.

—Tomarme el café con mi hijo —dijo este con cara de inocente.

Y eso no colaba.

—¿Por qué?

—¿Hay que tener una razón para ello? Qué poco me conoces, Seth —suspiró Phillip dramáticamente—. Anda, vístete y vamos al restaurante. Que no se diga que crie un vago.

—Un vago dice —Seth resopló y se levantó. Se giró antes de llegar a la puerta de la cocina y cerró los ojos, acojonado, cuando la vio detrás del cristal—. ¡Me cago en la puta! —gritó.

Joder, es que no se lo esperaba, ¡fue inercia!

Al abrir los ojos, Adele ya no estaba allí.

—¿La viste? —preguntó medio loco.

—¿Ver a quién?

Seth negó con la cabeza.

—Nada, tonterías mías.

—Seth, ¿estás bien? Me estás preocupando —su padre lo miraba bastante alarmado.

Su hijo lo miró con desconfianza. Pero no, no podía ser. Ni ella estaba allí ni su padre tendría que ver nada en eso, era una gilipollez.

—Solo me estoy volviendo loco —suspiró.

—Porque no descansas —le riñó su padre, siguiéndolo por el pasillo.

—¿Por qué no piensas en eso antes de despertarme ¡antes de que suene el maldito despertador!?

—Sí, vamos. Tendré yo la culpa de que no duermas por haber venido diez minutos antes de que suene esa alarma —bufó su padre—. Anda, date una duchita con agua fría a ver si se te refrescan las neuronas y te mejora el humor.

Una leche le iba a mejorar nada.

—¿Me vas a bañar o qué? —preguntó Seth al ver que su padre lo seguía.

—No, solo me aseguro de que no te lleves más sustos. Por hoy estuvieron bien.

En eso tenía mucha razón.

Pero no se imaginaba que la cosa no había hecho nada más que empezar.

Y es que al salir de casa, ya más despierto y con un humor menos desagradable, Seth casi se la mete. Estuvo a punto de caerse de boca al no ver el escalón.

—Me cago en la leche —gruñó al levantarse y ver que volvía a alucinar.

Joder, es que era tan real. Ella allí enfrente, mirándolo.

—Pero chico, ¿quieres partirte los piños o qué?

Mientras solo fueran los dientes y no la crisma.

—¿Pero la viste?

—¡¿A quién?! Seth, de verdad que me estás preocupando.

Seth suspiró, hasta él mismo empezaba a pensar que tenía un problema.

Horas más tarde, en el restaurante, volvió a liarla. La bandeja que llevaba en las manos con las bombas de chocolate blanco fueron al suelo.

—Oh, señor —gimió Phillip.

—¿La viste? ¡¿Es eso?! —preguntó Seth y volvió a mirar por la ventana.

Lo hizo su padre. Lo hicieron los clientes que se habían quedado sin el postre. Lo hizo hasta Mario, que había salido de la cocina al escuchar el golpe.

Todos, como tontos, mirando por la ventana.

—¿Y qué es lo que tenemos que ver? —preguntó el doctor del pueblo, había ido allí a comer con su mujer.

Pues nada, porque no había nada.

—Doctor, ¿usted conoce a algún psiquiatra? —preguntó Phillip.

El médico lo miró.

—Claro, tengo algunos colegas que se especializaron en eso.

—Bien, porque necesito uno.

—¿Necesitas un psiquiatra? ¿Por qué crees eso? Yo no te veo para eso, Phil.

—No es por mí, ¡es por este! —señaló a Seth— ¡Porque se le está yendo la cabeza!

—Phillip tiene razón. ¡Nada menos que mi bomba de chocolate!

Seth resopló y los dejó allí, que lo criticasen a gusto.

—¡Loco! ¡Va a acabar loco!

Así era como se sentía esa noche cuando se acercaba a su casa. porque había alguien allí, sentado en los escalones del porche.

—Joder, otra alucinación, seguro —se pasó las manos por la cara y bufó—. Venga, Seth, ahora cuando mires, ya no hay nada.

Abrió un ojo, después otro y la jodida sombra no desaparecía.

—Mierda —resopló.

Lentamente, se acercó a su casa. Y pudo distinguir de quién se trataba.

—Otra vez alucinando —gimió, desesperado ya.

Solo que esa vez era diferente, esa vez no desaparecía. Cuanto más se acercaba a ella, más nítida la veía.

Adele mordió su labio inferior al verlo. Se le notaba cansado. Realmente agotado.

—Hola, Seth.

Seth levantó la mano. Ahora, además de tener visiones, también la oía. ¡De puta madre!

—Loco, estoy loco —suspiró. Continuó mirándola, esa vez fijamente. Levantó una mano y, lentamente, rozó su mejilla—. Joder, eres real.

Adele sonrió, avergonzada.

—Lo siento, yo...

—Maldita sea, ¿qué haces aquí? —iba a perder la cabeza.

Es ahora o nunca, Adele, pensó ella.

—No quiero el divorcio.

Capítulo 26

Seth tuvo que sentarse, temiendo que las piernas le flaqueasen. ¡Porque no entendía nada!

Con un gesto, hizo que Adele se callase cuando fue a decir algo más. Abrió la puerta de su casa rápidamente y entró, dejándose caer en el sofá.

Joder, sentía que iba a perder la razón. Ya no sabía si nada de aquello era real.

Adele lo miraba, culpable. Porque lo era.

Y si no lo entendéis, os llevaré unas horas atrás...

Cuando Seth dejó de beber después de la inauguración del salón de belleza la noche anterior y acompañó a su padre hasta su casa, se despidió de él en la esquina. Como siempre, él continuó su camino, ignorando que alguien estaba esperando a Phillip en la puerta de su casa.

El pobre hombre casi se cae de espaldas también por el susto.

—Adele, ¿qué haces aquí?

—Phil... ¿Crees que aún podríamos tener una oportunidad?

El padre de Seth sonrió y la invitó a pasar. Un par de tazas de té y una larga conversación marcaron el inicio de toda esa locura.

Adele le había explicado lo que descubrió de su padre y de su tía. Lo que ocurrió con Jack. Todo, no se guardó nada.

—Lo siento mucho por ti, Adele —Phillip le dio un apretón en la mano, muestra de afecto—. No merecías algo así.

—Tal vez sí, por lo que le hice a Seth.

—Bah, deja eso atrás, chica. Tanto tú como él tenéis que mirar al futuro. El pasado ya os hizo mucho daño.

—¿Crees que es posible un futuro para los dos? ¿Crees que él...? —tragó saliva, nerviosa— Ni siquiera sé si me quiere —Phillip puso los ojos en blanco, era consciente de eso. Como lo era de que su hijo era un tremendo idiota—. Pero yo sí lo quiero. Y necesito demostrárselo. Pero no sé cómo.

Con una gran sonrisa, Phillip la aconsejó.

—Solo sé tú. Te aseguro que él no querría nada más. Y dime, ¿vas a ir a verlo a estas horas?

—No, tengo que estar preparada. Ahora no sabría qué decir.

—Entiendo. ¿Y dónde piensas dormir?

La respuesta os la imagináis, pero la reacción de Phillip fue muy diferente al saber que ella pensó en su coche.

Le preparó la cama de invitados y la escuchó hasta que se quedó dormida.

Durmió poco, antes de que el gallo cantara, volvía a estar hablando con Phil. Pensando en cómo acercarse a Seth.

Y por esto, casi vuelven loco al pobre.

Porque a Adele se le ocurrió esperarlo en la cocina. Y ese fantasma que Seth creyó ver no era tal. Pero claro, como él pasó de largo, ella salió corriendo y se escondió tras la puerta, el único lugar en el que Seth no miró cuando dio un par de pasos atrás.

Phillip, que estaba viéndolo todo desde la ventana, volvió a su puesto en la puerta y siguió llamando porque ¡Operación cancelada! Mientras Seth abría, Adele salía de la casa por la puerta trasera.

Después fue la ventana, un despiste de Adele que mientras le hacía señales a Phillip, no imaginó que Seth se daría cuenta.

Tuvo que desaparecer, también, cual fantasma. Porque no iba a hablarle desde ahí ni a saludarlo como si nada, ¿no?

Y las otras dos pilladas también fueron causalidades.

Y casi dejan al pobre chico más loco de lo que ya estaba de por sí.

El día había pasado y Adele no había encontrado el momento de enfrentarse a Seth, así que casi obligada ya por Phil, esperó a Seth en el porche.

Tenía que plantarle cara al asunto.

Y con esta aclaración, podemos volver a la historia.

Retomando...

Capítulo 27

Seth estaba sentado en el sofá de su casa, intentaba centrar su mente.

Ella está aquí, pensó.

Y no quiere el divorcio.

Lo más normal del mundo, vamos, dijo la voz de su cabeza, en plan irónico.

—No quieres el divorcio —repitió, incrédulo.

—No —dijo ella con seguridad.

—Ah.

Seth se calló unos segundos más. A ver si así entendía la frase, porque para todo lo sencilla que era, a él le estaba costando la vida.

Levantó los ojos hasta Adele. Estaba de pie, frente a él. Se retorció las manos por culpa de los nervios.

Y es que, como la vez anterior, la estaba cagando.

Todo esto te pasa por no hacerme caso, dijo la voz que tenía en su cabeza que hablaba como Alisha. Y es que eso sería, precisamente, lo que le diría su amiga.

Porque lo habían ensayado unas pocas de veces, ¿eh? ¡Como decenas! Con todos los escenarios posibles para usar todas las frases factibles. Pues ya os digo yo que de las decenas que usaron, ninguna era esa.

Y así estaba Adele, esperando a que Seth dijese algo para improvisar de nuevo.

¡A ver si alguna vez me echas cuenta y sigues el jodido guion!, exclamó su voz interior. Hasta los ovarios estaba ya de esa loca.

—Y se puede saber, Adele —Seth empezó calmado, pero...—, ¿qué demonios significa eso?!

Gritó. Sí, gritó. Y mucho. Levantándose de un salto y perdiendo por completo el control.

—Seth —la advertencia en la voz de Adele, que no le iba a aguantar el humor.

—Que no quiere el divorcio, dice. Ahora me viene con que no quiere el divorcio —Seth iba a tirarse de los pelos—. ¿Qué, por el amor de Dios, quiere decir eso?

—Seth —repitió ella.

—Una mierda para mí, Adele. Una mierda. ¡Te juro que me vas a volver loco! ¿Quieres ir a la

cárcel? ¿Es eso? ¡Porque es lo que va a pasar si te casas estando casada! No, espera —se pasó las manos por el pelo—. ¿Qué demonios haces aquí? ¿Cuándo es la jodida boda?

Sí, había perdido el control, necesitaba soltar toda la tensión y los nervios y...

Adele, suspirando, se sentó. Como si ella no estuviese suficientemente nerviosa con la parte que le tocaba, iba a esperar a que a ese zumbado se le pasase la vena majarona y la dejase hablar.

Si es que la dejaba.

Si es que ella podía explicarse también, claro.

—¿Y bien? ¿No vas a decirme nada? —Seth alucinaba el doble viéndola allí, sentada tan tranquila — ¡Adele, joder!

—Si dejas de gritar como el energúmeno neandertal en el que te convertiste, quizás pueda.

Seth apretó los dientes, si era así, era por su culpa.

—Está bien —intentó calmarse y se sentó frente a ella.

—¿Ya has dejado de gritar? ¿No necesitas soltar más?

—Créeme, necesito soltar mucho más, pero puedo manejarlo —las aletas de la nariz abiertas, el corazón a mil por horas. Él intentando respirar.

Y eso mismo hacía Adele.

—No sé cómo decirte esto.

—¿Cómo decirme qué, Adele? Porque créeme, nada me sorprendería ya viniendo de ti.

—Seth, a veces eres idiota.

—Gracias.

Adele resopló, qué difícil era aquello. Así que no dijo nada. Sacó un sobre doblado del bolso y se lo dio. Él lo cogió y lo abrió. Frunció el ceño mientras lo miraba, hasta que se dio cuenta de qué era.

—¿Por qué nunca me dijiste que ya firmaste una vez el divorcio?

Seth cerró los ojos. *Joder*, pensó y volvió a abrirlos.

—Porque no es relevante.

—Oh, créeme, lo es. Para mí lo es. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me dijiste que vino a verte?

Era evidente a quién se refería.

—Hablaste varias veces de anulación, supuse que no sabías nada de la visita que me hizo tu padre. Sufrirías al saberlo y no quiero eso.

—Tenemos mucho de lo que hablar, Seth.

—No, Adele. No tanto. Yo ya no quiero saber mucho más del pasado. Estoy cansado de eso.

—¿Qué quieres decir?

—Me destrozó todo aquello. Yo me destrocé a mí mismo también. Me está matando el tenerte y perderte de nuevo —se levantó y fue hasta la ventana, dándole la espalda a ella—. No quiero sufrir más. Y el pasado me hace sufrir. No más mirar atrás, Adele.

Había pensado mucho y meditado mucho para llegar a esa conclusión y a ese compromiso consigo mismo.

—¿Entonces me borras de tu vida? ¿Es eso?

—No —él se dio la vuelta y la miró—. Siempre serás una parte de mí, Adele. Borro lo malo que vivimos, necesito borrar el dolor y mirar adelante. ¿No lo entiendes?

—No sé, Seth, no sé si lo entiendo. Porque yo... Yo vine a pedirte algo y ahora no sé si debo.

—¿El qué? —preguntó Seth. Adele cogió aire y llenó sus pulmones— ¿Qué necesitas de mí?

—A ti —dijo ella sin dudar. Seth sintió que se quedaba sin aire, Adele no pudo evitar soltar una lágrima—. Te quiero a ti —susurró.

—No entiendo —o no quería hacerlo por si había oído mal o por si imaginaba de más o por si ya se había quedado loco del todo y alucinaba de más.

—Seguimos casados —dijo ella—. No entregué los papeles —Seth no se esperaba eso—. Y yo no sé cómo porque mi vida es un caos, tengo muchas decisiones que tomar, un negocio en el que pensar, ¡miles de cosas, Seth! Tu vida está aquí. No sé cómo podríamos hacerlo. No sé, ni siquiera, si podrías dejar de odiarme de verdad. ¡Ni siquiera sé si sientes algo por mí! —estaba atacada y llorando de puro nervio y hablaba atropelladamente— Pero tengo que intentarlo. Te lo debo. ¡Me lo debo! Porque te quiero, te quise siempre y yo... Yo no sé si podrías darme una oportunidad.

Ahora sí, pensó Seth, ¡ahora sí que de esta me quedo loco!

Joder, ¿eso ha sido de verdad?

—¿Estás queriendo decir...?

—Que quiero ser tu mujer.

En eso se resumía todo, claro y conciso.

La última frase que Seth iba a escuchar en su vida porque le iba a dar un jodido infarto. ¡Señor!

Seth no podía hablar, ni moverse, ni pestañear, ¡ni respirar!

Adele esperó a que dijera algo, pero ni un sonido salió de su boca. Y eso no era un buen augurio, ¿verdad? Quizás, como le dijo a Phillip y después de lo que Seth le había dicho, ella tenía razón y ya no había oportunidad que valiera.

—Si llego tarde...

Seth la calló. Lo hizo abalanzándose sobre ella y devorándole esa boca dulce con la que tanto había soñado.

—Dios, mi niña —volvió a besarla, bebiendo de ella, haciéndolos perder la cordura a los dos—. Dilo.

—¿El qué?

—Lo que dijiste y que quiero volver a escuchar —Seth mordió su labio.

—Dije muchas cosas.

Eso era verdad.

Seth cogió la cara entre sus manos y la miró a los ojos. Ella los tenía brillantes por llorar. Él también porque iba a hacerlo.

—Te quiero, Adele. Lo hice siempre y nunca dejaré de hacerlo —juró.

—Yo también te quiero —dijo ella, emocionada.

Con una sonrisa, Seth atacó, de nuevo, sus temblorosos labios. Las manos entre ese denso pelo, su boca devorando la de ella.

Sabía a esperanza.

Sabía a oportunidad.

Sabía a amor.

—Estás segura, ¿verdad? —ella asintió con la cabeza, Seth la alzó y la cogió en brazos— No te vas a arrepentir, ¿no?

—No —prometió ella, riendo, agarrándose al cuello de Seth con fuerza.

—Bien. Porque te voy a meter en mi cama, te voy a follar toda la noche y te juro por Dios, Adele —la bajó cuando llegó al dormitorio, sus ojos mirándola, quemándola—, que nunca más querrás abandonarme.

—Seth —fue ella, en esa ocasión, quien cogió la cara de él entre sus manos—. Perdóname —él negó con la cabeza, no tenía que hacerlo—. Y créeme cuando te digo que jamás lo haré.

—No quería un perdón, fui un bocazas —él la besó—. Dejemos el pasado atrás, amor, miremos solo al futuro.

—Nuestras vidas son muy distintas, no será fácil.

Él sonrió.

—Lo haremos fácil —le prometió.

La desnudó lentamente y la tumbó en la cama. Vestido, se puso a horcadas a la altura de sus caderas. Con sus dedos, comenzó a acariciarla.

La estaba poniendo tan nerviosa como excitada.

Seth se dedicó a recordar cada rincón de su cuerpo. Con sus dedos. Con su boca. Con su lengua.

Sus pechos, llenos, perfectos, deseosos de la atención que él les estaba dando con su boca mientras con sus dedos jugaba con su sexo.

Y la hacía temblar de placer.

Una vez.

Y una segunda de regalo, pero esa vez terminando en su boca.

—Seth, por Dios —gimió ella, agotada por los orgasmos.

—Toda la noche, amor, toda la noche.

Y toda la vida, pensaron los dos.

Eso era lo que querían, porque toda una vida era lo que habían tenido que esperar para poder tener una oportunidad.

—Deja de jugar —Adele cogió las riendas en esa ocasión, hizo que Seth se tumbase sobre su espalda y se sentó a horcajadas sobre él.

—No tienes paciencia.

—Menos que tú, que ya es decir.

Seth rio y la hizo tumbarse sobre él para besarla. Adele se movió un poco, refregando su sexo con el miembro de Seth, haciéndolo gemir.

Adele volvió a levantarse, cogió el miembro de Seth y lo puso en la abertura de su sexo. Y bajó.

Seth creyó morir de placer.

Adele no fue menos y gritó.

—Dios —Seth agarró el trasero de ella y comenzó a marcarle el ritmo hasta que ella siguió el suyo, para su propio placer.

El orgasmo estaba a punto de llegar, el pecho en boca de Seth y Adele explotó en mil pedazos, quedando completamente desfallecida.

Seth aumentó el ritmo de sus embestidas, el cuerpo de Adele sobre él y no tardó en llegar al orgasmo.

Esa vez no hubo pesadilla que despertara a Seth. Porque esa vez lo que tenía junto a Adele sabía que no lo tenía que hacer temer.

Se querían y si habían llegado hasta ahí, podrían con lo que el mundo les deparase.

Capítulo 28

—Buenos días —Adele sonrió al ver a Seth entrar en la cocina.

Él había abierto los ojos y vio que no estaba. Pero sabía dónde sí.

Y no se equivocó.

Fue hasta el sofá de la cocina y la besó.

—Ahora sí lo son —dijo cuando magulló sus labios—. ¿Otro café?

—Y más de ti —la picardía en su voz.

—Tanto no, mi niña, podrías cansarte de mí.

—Son catorce años casados ya, Seth. Si llegamos hasta aquí... —bromeó ella.

Seth soltó una carcajada, Adele le guiñó un ojo.

—Muy graciosa eres tú —volvió a besarla y fue a servirlo—. ¿Diseñando?

—Sí —esa vez no lo negó. Esa vez no quería hacerlo—. ¿Quieres verlo? —incluso preguntó.

Para Seth significaba mucho que ella le confiase sus sueños.

—Sabes que sí —siempre lo había hecho. Con las dos tazas de café ya en la mesa, hizo que Adele le dejase un sitio en el sofá y se sentó—. A ver.

Adele, un poco nerviosa, le mostró los dibujos.

—Solo son bocetos, ideas tontas.

—Deja las estupideces —le advirtió él—. Eres buena y lo sabes.

—Gracias.

—No tienes que darlas es la verdad —al poner el cuaderno sobre la mesa, vio la foto que había estado buscando todo ese tiempo. Miró a Adele y ella se encogió de hombros.

—Lo siento, me ha ayudado a poder estar separada de ti.

—Dios, amor —Seth volvió a besarla, cuánto la entendía. Se separó de ella y sonrió—. ¿Eso significa que vas a diseñar?

—Aún no sé qué hacer, Seth. Tenemos que hablar de eso, porque no quiero separarme de ti.

—Yo tampoco de ti, mi niña. Pero tendremos que hacerlo mientras organizamos todo. Y primero tenemos que ver qué hay que organizar.

—La empresa de mi padre, el proyecto que tengo en mente —ella comenzó a enumerar con los dedos—, el tema de la casa. Tendremos que decidir si viviremos juntos, el tema del divorcio...

—Creo que eso está decidido ya.

—Ah, ¿sí?

—Sí. No hay duda de que no pienso dormir solo a no ser que sea estrictamente necesario porque tengamos que estar unos días arreglando cosas, pero aquí o en Pekín, que vives conmigo ya te lo digo yo. Y lo del divorcio, no será oficial, pero sí lo quiero.

—¿Quieres el divorcio?

—Pues sí, pero no legalmente.

—¿Y eso por qué?

—Porque así podremos volver a casarnos —Adele sonrió al oír eso—. Quiero que esta vez tengas la boda de tus sueños. No una como la que tuvimos como dos rebeldes para que tu padre me aceptara.

—Yo no necesito lujos, Seth. Vengo de eso y no me hace feliz.

—No se trata de lujos, Adele. Si no de que organices tu boda tú. ¿O no quieres casarte otra vez conmigo?

¡Claro que sí!

¿Cómo ese hombre entendía tan bien lo que ella necesitaba sin tener que decírselo?

—Joder, cómo te quiero —Adele se tiró sobre él y lo besó.

Seth le devolvió el beso, riendo por su impulsividad.

—¿Aunque sea un neandertal?

—Hmmm... —Adele sonrió con picardía— Solo si el neandertal me hace gritar de placer.

La voz le salió ronca. Seth gimió. Su erección saludando, hola a la tienda de campaña abierta.

—Joder, Adele, vas a gritar como nunca —juró él.

Y cumplió su promesa, medio barrio podía dar fe de ello.

Capítulo 29

—Creo que será el primer día desde que tengo el restaurante que llegaré tarde —Seth salió de la ducha, Adele estaba delante del lavabo, maquillándose. O haciéndose un desastre, mejor dicho, porque se quedó embobada mirándolo y a la mierda el eyeliner—. Si sigues mirándome así, te vuelvo a meter en la cama y no abro —le advirtió Seth—. Si no te saltas un ojo antes, claro —rio al ver lo que se había hecho.

—Idiota —se quejó ella, mirándose también.

Seth la abrazó por detrás, sin que a ella le importase lo más mínimo que él le mojase la ropa.

Y por cosas así, era la mujer perfecta.

—Te quiero —le dijo mirándola a través del espejo y le dio un beso en la mejilla.

Adele suspiró, ella también lo adoraba.

Unos minutos después, los dos estaban arreglados, dispuestos a marcharse cuando el móvil de Adele sonó.

—Hola, Ali.

—¡Adele! Por Dios, cuéntame, ¿¿¿qué ha pasado?!!! —con una señal de silencio a Seth, Adele puso el manos libres— ¿El maromo te ha perdonado o no? Y si es que sí, ¿¿¿me puedes decir por qué no lo sé yo ya ni tengo una foto de él para poder juzgar?!!!

—Espera —dijo Adele y le mandó una foto de Seth sin camiseta que le había hecho esa mañana—. Mira los mensajes.

No se escuchó nada por unos segundos y entonces...

—Madre del amor hermoso, ¿¿¿estás casada con semejante elemento?!!! Me cago en todo, Adele, recuerda que somos mejores amigas casi hermanas y que ¿¿¿en esta vida hay que compartir!!!

Seth no pudo evitar soltar una carcajada al conocer, aunque fuera de esa manera, a la mejor amiga de su mujer.

Qué bien sonaba poder usar esas palabras.

—¿Es él quien se ríe? —preguntó Ali.

—Hola, Alisha —habló Seth.

—Oh, señor. Seth, te juro por Dios que ahora entiendo que Adele dejase a ese estirado. Lo que no sé es cómo mierda pudo estar con algo así después de ti.

Adele puso los ojos en blanco y Seth volvió a reír a carcajadas.

—Ali, te juro que esta te la devuelvo.

—A mí como si quieres devolverme orgasmos dados por él, ¡lo recibo todo!

Y así, entre risas, fue como Alisha se convirtió en la incondicional de Seth. Llegó a quererlo como quería a Adele porque por fin veía a su amiga feliz.

Lo era porque luchaba por sus sueños, luchaba por lo que quería. Y tenía al lado a un hombre que la apoyaría hasta el final y que le demostraba, cada día, que ella era perfecta de cualquier manera y que con él podía seguir sintiéndose libre.

Porque él también se ponía las alas y la acompañaba a volar. Dónde, cómo, cuándo y cada vez que ella quisiese.

Y si se caía, él le tendía la mano para ayudarla a levantarse.

Y si ella no quería, se tumbaba con ella.

Habían llegado a eso después de muchos años de sufrimiento, hasta que el amor cogió las riendas de todo y el sufrir terminó.

Porque amar no es pasarlo mal, amar es ser feliz.

Epílogo

Un año después, Seth no podía apartar la mirada de la mujer que, del brazo de su padre, caminó hasta él en el decorado altar que habían preparado para la ceremonia donde ahora estaba a punto de dar el “Sí, quiero”.

Una lágrima cayó por la mejilla de Seth al darse cuenta de que el vestido que ella llevaba, era el que había diseñado aquella vez en la libreta que tenía en casa.

Lo había dibujado pensando en ellos. Era el vestido de sus sueños.

Y ella el amor de su vida.

Cada día, Seth intentaba demostrarle que estaba ahí. Al principio las cosas no fueron fáciles, Adele tenía que arreglar muchas cosas en la ciudad y pasaron separados más tiempo del que querían. Pero, al lado de lo que habían pasado, eso solo era un bache.

Adele logró dejar la empresa en buenas manos y se encargaba de gestionarlo todo sin tener que estar presente. Con ir un par de veces al mes, era suficiente y Seth, estando organizado también el restaurante con la ayuda de Mario, podía acompañarla. Además, así le sobraba tiempo a Adele para su otro proyecto, los diseños. Algo que levantaría mucho más su negocio.

Lograron la estabilidad que necesitaban y la paz que ambos querían.

No fue fácil, pero ahí estaban los dos, pronunciando el “Sí, quiero” y comiéndose a besos cuando el funcionario se lo permitió.

Como se comieron a besos cada vez que podían durante el maravilloso banquete que habían preparado para casi todo el pueblo.

—¿Y tú cuándo? —le preguntó Seth a Mario. El hombre se atragantó con la cerveza, le salió espuma hasta por la nariz.

—Joder, Seth, no mentes desgracias —resopló, pero ambos sabían que bromeaba. La relación de Mario y Sarah iba sobre ruedas y los dos tortolitos ya habían empezado a pensar en boda—.

Estamos barajando fechas. No te preocupes, te tocará preparar el catering, así que te enterarás de los primeros.

—¿Y tú vas a preparar la comida? —rio Seth.

—Claro. ¿Cómo voy a dejar que alguien más cocine en mi día?

Sarah, que había pasado por el lado de su chico, puso los ojos en blanco.

—Lo que hay que escuchar —bufó.

—Es que es así, amor, ¡obvio! —exclamó él, siguiéndola.

Seth, riendo de nuevo, negó con la cabeza, ¡vaya dos!

Buscó a su mujer con la mirada y sonrió al encontrarla. Estaba bailando con su padre, riendo, feliz.

Como siempre quería verla.

Su padre había llorado al volver a verlos juntos y era para Adele la figura paterna que le faltaba. Seth no tendría vida para agradecerle el cariño y el apoyo que siempre les había brindado a los dos.

En definitiva, como en toda boda, todo el mundo estaba contento. La tía de Adele, Karen, también estaba allí. Su sobrina aplicó con ella el “no mirar más atrás” y la perdonó.

Como perdonó a su padre.

Alisha bailando como loca, haciendo reír a muchos.

Cada tonto con su tema, pensó Seth, divertido.

Y él...

—¿Puedo robarte a mi mujer?

Su padre sonrió y le ofreció la mano de su nuera, no sin antes darle un beso en ella.

—Hazla feliz —le guiñó un ojo a su hijo.

Adele se abrazó a su marido y suspiró. Todo era perfecto en aquel día. Pero... Tenían que hablar.

—Amor —ella levantó la cabeza y lo miró.

—Hmmm... —Seth la besó.

—Si me besas así, se me va a olvidar qué iba a decirte.

Seth sonrió.

—Te besaré hasta que ya no tengas dientes.

—Qué asco, Seth —él soltó una carcajada con la cara de asco que puso Adele—. Aunque lo de los dientes me va a servir.

—¿Te va a servir para qué?

—Para hablarte de una cosa que nos atañe.

—Dispara, pues, no hay miedo.

—Bueno, yo no estaría tan segura de eso.

Seth frunció el ceño.

—¿Debo preocuparme?

—Digamos que, por ahora, hay que tomarlo con calma.

—Aha. ¿Y después?

—Después no lo sé, Seth, soy tan nueva en esto como tú. Pero por lo que dicen por ahí entre las náuseas, los dolores, las noches sin dormir, el peso, ¡el parto! Y piensa cuando el pobre crezca y le salgan los dientes, ¡con lo que duele eso!

Blanco, ¡se había quedado blanco! En shock, sin aire en los pulmones. El blanco iba a comenzar a convertirse en morado si no empezaba a respirar pronto, ¡pero cómo si no había aire!

—Seth —lo llamó Adele.

Pero Seth no estaba ahí en ese momento, Seth luchaba por respirar y por centrar su mente que, otra vez, le estaba mostrando una mala jugada porque solo veía niños por todos lados.

Un bebé en un carrito.

Un niño comiendo chocolate en brazos de su padre.

¡¿Eso era una mujer con un pañal sucio?!

¿Pero cuántos niños había en el pueblo que él nunca se había dado cuenta? ¡Él no tenía menú para niños, por Dios!

—Seth, por Dios, sé que no lo planeamos, pero...

Pero nada, pensó él y sin siquiera respirar, la besó.

—Te quiero, mi niña. No sabes cuánto te quiero —dijo él emocionado.

En ese momento era el hombre más feliz del mundo.

—Y yo a ti —lloró ella.

—¿Puedo decirlo?

—Yo esperaré...

—¡¡¡Voy a ser padre!!! —gritó a los cuatro vientos.

Adele suspiró, si es que él sí que la volvería loca un día de esos.

Y por eso mismo era el amor de su vida.

Por cierto, por si alguien se lo está preguntando, la respuesta es NO.

Seth nunca supo que aquellas alucinaciones que casi lo dejan medio zumbado, no fueron tal.

¿No era él el que decía que no había que mirar atrás? Pues Adele se lo tomó al pie de la letra con ese tema. ??